OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS

DESCENDIENTES DE LA ABADIA.

OBRA ESCRITA EN INGLES

POR

MISS REGINA-MARIA ROCHE.

PUESTA EN CASTELLANO

POR

D. CÁRLOS JOSÉ MELCIOR.

TOMO V.

CON LICENCIA.

Barcelona, POR JUAN DORCA,
AÑO 1819.

OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS

DESCENDIENTES DE LA ABADIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Y bien, hija mia, dijo Mistriss Macpherson, quereis tomar alguna cosa? con mucho gusto, señora, dijo Amanda, un poco de té. Ah! para el té, acabo yo de tomar el mio, y las tazas estan lavadas y puestas en su lugar; pero si quereis una corteza de pan con una poca de agua y rom, se os puede dar. Amanda le contestó que no.

Yo no os insto, dijo Mistriss Macpherson, porque vamos luego á cenar: y miéntras lo esperaban dijo á Amanda que tomase una silla á su lado, y comenzó á incomodarla con preguntas menudas relativas á ella, á las religiosas y

á toda la vecindad de Santa Catalina. Amanda le dijo en pocas palabras que su Padre habia sido militar; que diferentes desgracias le habian arruinado, y que al tiempo de su muerte, que habia sucedido en la vecindad de Santa Catalina, las religiosas la habian recogido por compasion, hasta que pudiese encontrar una colocacion.

Y bien, yo os aseguro que habeis encontrado una de buena. Si no estais bien aquí, será culpa vuestra. Quiero, añadió, enseñaros la casa y sus dependencias. En verdad que era cómoda, pues consistía toda entera en una sala y dos gabinetes contiguos, y la cocina al último del pasadizo. Las dependencias eran un pequeño jardin plantado de coles y el resto del terreno cubierto de cardos. Buen establecimientillo, decia la vieja apoyándose sobre su baston con pomo de marfil, echando la vista por todo el rededor, y meneando la cabeza con un aire de satisfaccion. Ella hacia admirar al mismo tiempo á Amanda la hermosa vista que tenian delante de la puerta, y llamando á una criada de pelo rojo, con las piernas desnudas, le dijo que cortase algunos cardos, y los pusiese al fuego para apresurar á que hirviese la marmita.

Vueltas á la sala la vieja abrió un armario, y sacó un par de sábanas á fin de ponerlas al aire para que se acabasen de secar; ella se acostaba en uno de los gabinetes, y la cama de Amanda estaba en el otro, sin cortinas, y con un cobertor roto. El gabinete solo tenia una pequeña ventana que daba al jardin, y por muebles una silla medio rota, y un pedazo de espejo emplastrado con yeso á la pared.

La cena al fin se sirvió: consistia en algunas coles, pan de avena, un poco de agua, y una redomita medio llena de una especie de aguardiente, del que Amanda no quiso probar, y que Mistriss Macpherson se alegró mucho; estaban alumbradas por una pequeña vela que la vieja cortó en dos pedazos para dar la mitad á Amanda, cuando se separaron para acostarse.

Amanda encontró algun alivio en hallarse sola; y pudo entónces llorar sin restriccion, y abandonarse á sus tristes reflexiones, que la conducian á creer que ella no gustaria jamas de ninguna satisfaccion viviendo con una persona tan desagradable, y de un carácter tan grosero; pero por penosa que fuese su situacion, se resignaba á ella con la idea de

que allí tendria mas ocasiones de tener noticias de Santa Catalina que en ningun otro parage, y saber por este conducto alguna cosa de lord Mortimer; los detalles mas indiferentes en apariencia, eran para ella un manantial de placeres melancólicos, los solos que podia quitar separada de él para siempre.

Esta esperanza endulzaba y al mismo tiempo daba pábulo á su melancolía. Disminuyéndosele la violencia de su dolor, llevaba á su alma una dulce tristeza, la mas agradable de las delicias que le quedaban, despues de haber perdido aquellas que hubiera esperimentado si sus votos se hubiesen verificado. Ella gustaba con una especie de placer de este dolor virtuoso, cuya amargura le templaba el testimonio de una conciencia pura.

Fatigada por todas las conmociones de este dia como por las reliquias del marco que habia sufrido, Amanda se acostó sobre su cama de borra, y se durmió profundamente hasta la mañana, en que la agria voz de Mistriss Macpherson vino á sus oidos. »Vamos, vamos, Fran»cisca, ya es tiempo de levantarse!"

Dispertándose Amanda sobresaltada, desde luego no se acordó ni del nombre que habia tomado, ni del lugar en que es-

taba; pero un nuevo aviso la volvió en sí. Ella se levantó, y se vistió en poco tiempo. La vieja estaba ya tomando el té, y en lugar de volverle los buenos dias que Amanda le deseaba, le dijo que por motivo de la fatiga del dia anterior, le escusaba el haberse levantado tan tarde, que eran las ocho, y que en lo sucesivo era preciso que se levantase á las seis en verano, y á las siete en invierno, añadiendo que no teniendo campanilla, picaria á la puerta todas las mañanas.

Amanda le aseguró que gustaba de levantarse temprano, que ya estaba acostumbrada á ello. Derramáron el té en los vasos, que era de la peor calidad. Solo habia el coguchо, pan de avena, y nada de manteca. No estando Amanda acostumbrada á un desayuno tan malo, despues de haber tragado algunos bocados con dificultad, dijo con alguna cortedad, que ella preferiria un poco de leche. Mistriss Macpherson se puso de muy mal humor á esta proposicion; y despues de haber guardado un momento de silencio, le contestó que ella habia hecho té para dos personas, y que no era amiga de hacer desperdicios; que su casa estaba arreglada, y que no podia alterar

este órden por nadie. En fin, añadió que ella no se alimentaba de vaca, ni tomaba leche todos los dias, sino el que era necesario para su té y para su viejo gato.

Amanda contestó que pasaria con ello, sobre lo que la vieja murmuró entre dientes algunas palabras sobre las gentes que querian darse un tono que no les convenia. Antes de las nueve se abrió la escuela: se componia de cerca treinta muchachillas de las casas de labradores de las cercanías. Habiendo Mistriss Macpherson introducido á Amanda en la sala, le dijo que empezase la instruccion delante de ella, á fin de que pudiese juzgar de su método; tarea muy desagradable para una jóven, cuyo espíritu y cuerpo sufria tanto; el uno la inquietud, y el otro la fatiga. Sin embargo, como lo habia emprendido, resolvió desempeñarlo lo mejor que pudo, y fué su desempeño á satisfaccion de Macpherson, que solo le encontró el defecto de demasiada dulzura, con la que le dijo que las niñas no la temerian. La escuela se acabó á las dos, y Amanda tan feliz como las niñas de recobrar su libertad, corria al jardin para ver si el aire la aliviaría de un violento dolor

de cabeza, cuado la llamaron para que pusiese en órden los bancos y demas muebles de la escuela. Ella se puso colorada y permaneció algun tiempo sin moverse; pero reflexionando luego que si rehusaba obedecer en esto á Mistriss Macpherson, se seguiria de aquí una querella que tendria consecuencias pesadas para sí, vistas las circunstancias en que se hallaba, se puso á ejecutar la órden que acababan de darle. Sirvieron la comida. Esta fué tan frugal como la de un bracman. Cuando fué acabada, Mistriss Macpherson se recostó en su gran silla de brazos para tomar allí el sueño, sin hacer á Amanda especie alguna de apología.

Libre Amanda habria ido á pasearse al jardin, pero llovia y tenia al rededor de sí todo el error de la tristeza y desconsuelo. Desde la ventana veia el mar que estaba agitado, y oia el sordo y melancólico ruido de las olas que venian á deshacerse contra las rocas.

La criada que limpiaba los platos, cantaba una cancion escocesa muy triste, de modo que todo conspiraba á sumergir á Amanda en un abatimiento mayor que nunca. Toda esperanza estaba muerta para ella. Los lázos que la unian

con la sociedad estaban rotos, y parecia que no se le habian de volver á unir; ya no tenia padre, amigo, ni amante que pudiese endulzar sus penas.

Como un árbol jóven trasplantado del suelo que lo ha visto nacer, estaba espuesta al viento de la adversidad; sus lágrimas corrian sobre sus descoloridas mejillas, y suspiraba pensando en su Padre. O! el mas querido y el mejor de los hombres, ésclamaba; si vos vivieseis aun, no seria yo tan desgraciada; me quedaria vnestro consuelo y vuestra piedad. Una gruta bajo las rocas que veo, habria sido un asilo soportable si lo hubiese partido con vos; pero yo soy demasiado personal en mis sentimientos, pues habeis dejado esta mansion de penas, por la de una paz eterna, en donde estais reunido con vuestra querida Malvina.

Ella pensaba tambien que lord Mortimer estaba ocupado con ella en este momento; pero no podia detenerse en esta idea, convencida como estaba de que despues de las apariencias no podia ménos de creerla culpable. Sacaba el retrato de su seno, lo miraba con ternura, y lo apretaba contra sus labios. En su ocupacion fué interrumpida por

haberse dispertado Mistriss Macpherson. Ella enjugó prontamente sus lágrimas, y ocultó el retrato. La noche se pasó con igual desagrado. Mistriss Macpherson la fatigó con conversaciones fastidiosas, y preguntas indiscretas, de modo que era tan pesado escucharla como responderla. Amanda vió felizmente acercarse la hora de acostarse, y sustraerse así de esta fatigosa esclavitud.

CAPÍTULO II.

Así pasó Amanda su primer dia en su nueva habitacion, y del mismo modo se pasó una semana entera á escepcion del domingo en que no habia escuela, y en el que Amanda fué á la iglesia con Mistriss Macpherson. Al fin de la semana se encontró de tal modo cansada de la fatiga, y de la vida sedentaria que estaba obligada á llevar (no permitiéndole Mistriss Macpherson salir, porque decia que estas correrías no eran buenas para nada) que ella le declaró que la dejaria, á ménos que se le diese la libertad de hacer todas las tardes un poco de ejercicio necesario á su salud. Mistriss Macpherson se perturbó un poco y murmuró entre dientes;

pero como Amanda le habia hablado con un modo firme, se espantó de la amenaza, y al fin le dijo que despues de comer podia hacer tanto ejercicio como quisiese.

Amanda se aprovechó de este permiso. Ella visitó todos las sitios de las cercanías; pero sobre todo frecuentaba los caminos que conducian al mar. Gustaba de pasearse á lo largo de la ribera, cuando se hallaba fatigada, descansaba sobre una roca, y contemplaba la costa opuesta. En vano procuraba descubrir los objetos que conocia. No podia distinguirse Carberry-Castle; pero sabia su situacian, y hallaba gusto en fijar sus miradas á este lado.

En estos solitarios paseos podia ella dejar correr libremente sus lágrimas, y fijar sus ojos sobre el retrato de lord Mortimer, pues no temia ser observada. Las rocas de la costa formaban, por decirlo así, una muralla á su alrededor, y en el camino que conducia al mar, raras veces encontraba persona humana.

Quince dias se pasaron así, y ya empezaba á estar sorprehendida é inquieta de no tener noticia alguna de Mistriss Dermont. Ella estaba resuelta á escribirle, no pudiendo sufrir mas el tormento

que le causaba la ignorancia en que estaba del efecto que habia podido producir sobre lord Mortimer su fuga. En la mañana del dia que habia resuelto escribir, vió venir á un marinero hácia la casa, é imaginando que le traeria alguna carta, olvidó toda reserva, y salio del aposento con precipitacion. Ella detuvo al marinero á algunos pasos de la casa, y conociéndole por ser del bastimento que la habia conducido, le dijo: me figuro que traeis alguna carta para mí. El hombre le hizo señal que sí, y registrando su seno sacó de él un grande pliego, que Amanda cogió vivamente, y sabiendo que no podia hacerle dar en la casa refresco alguno, le dió un duro para que fuese á beber á otra parte. Entónces se volvió á la sala, é iba á retirarse á su pequeño cuarto, cuando Mistriss Macpherson la detuvo: Qué hay pues? preguntó ella: qué significa todo este movimiento? Se puede creer que habeis recibido alguna carta de amor, tanta es vuestra prisa en leerla.

Sin embargo, le dijo Amanda, puedo aseguraros que no es nada. Y de quién es? insistió Mistriss Macpherson. Juzgando Amanda que si ella decia que era de Mistriss Dermont, la enfadaria con cien

preguntas impertinentes, respondió que era de una íntima amiga.

De una amiga íntima! repitió Mistriss Macpherson; suponiendo que no se trata de la vida ó de la muerte de nadie, podeis diferir la lectura de la carta hasta despues de haber comido y dado leccion á las niñas. Este momento fué penoso para Amanda. Titubeó un momento si obedecería; pero considerando despues que si empezaba esta lectura seria interrumpida, determinó diferirlo hasta despues de comer. Al fin llegó el momento del sueño de Mistriss Macpherson, y Amanda se apresuró á irse á uno de sus retretes ordinarios entre las rocas. Allí se sentó y rompió la nema. El pliego encerraba dos cartas; la primera sobre que puso los ojos era de lord Cherbury, y contenía lo que sigue.

A Miss Fitzalan.

»En vano, Señora, os resistis á recibir socorro alguno pecuniario de mí. »No sois vos quien contraeria por ello »una obligacion; soy yo quien os debe»ria un eterno reconocimiento, si ce»deis á mis instancias. Acabo de llegar »á Lóndres, y he encargado á mi pro»curador que os dirigiese un contrato

»de trescientas libras esterlinas cada año, »y yo lo enviaré sin falta á la superio- »ra, como he hecho con esta carta. Es- »toy bien persuadido que no puedo ja- »mas pagar el generoso sacrificio que »habeis hecho por mí, el cual me es- »cita unos sentimientos que no puedo »describir, pues son mas allá de to- »da espresion; pero vos podeis conce- »bir con qué ojos miraré al Ser que me »ha salvado del deshonor y de la des- »truccion. Sé que lord Mortimer ha de- »jado la Irlanda, y lo espero aquí de »un dia á otro. Tengo entre tanto la »esperanza que cederá á mis deseos. »Vos misma imagino que quedaréis sa- »tisfecha de saber que el sacrificio que »habeis hecho no ha sido en vano, y »que ha tenido las felices consecuencias »que yo esperaba. Yo podré gustar al- »guna dicha, cuando estaré seguro de »que vos sois feliz; ¡y quién tiene mas »derecho á serlo que vos, cuya virtud »es tan pura, cuya alma es tan noble, »y cuya generosidad es tan heroica que »sois sobre todas las mugeres que ha- »ya jamas conocido!

»Pueda este mundo y el otro daros »vuestra recompensa! Este es el voto »ardiente y síncero de aquel que tiene

»el honor de titularse vuestro muy re-
»conocido y obediente servidor.

Cherbury.

Hombre insensible! esclamó Amanda, cuán poco siente en su corazon todo cuanto me escribe! Qué poco conoce el precio del sacrificio que he hecho! Con qué crueldad me presenta sus esperanzas realizadas con la destruccion de todas las mias! No, ántes pediré de puerta en puerta el pan de limosna, que deber cosa alguna á la ostentacion de su reconocimiento, á aquel cuya vil pasion ha destruido toda mi felicidad. Volvió á cerrar la carta la puso en la bolsa, y tomó la otra cuyo sobrescrito era de la mano de Mistriss Dermot.

A Miss Donald.

»Ay mi querida hija! por qué me ha-
»beis exigido la promesa de escribiros
»en detall todo lo que sucederia conse-
»cuente á vuestra partida? En efecto no
»puedo escusarme á llenar una promesa
»dada tan solemnemente; pero es con
»la mayor pena, persuadida de que lo
»que tengo que deciros no hará mas
»que agravar vuestros dolores. Con to-
»do me parece que os oigo decir: Cien-

»tamente, mi querida Mistriss Dermot, »me conoceis bastante para creer que »recibiré lo que me diréis con valor y »resignacion. Pues bien, mi querida, em »plead uno y otro, y empiezo sin mas »preparativos.

»Os podeis acordar que me dejasteis »como á las tres de la mañana. Yo me »metí en cama, pero no pude hallar »reposo alguno en ella, y me levanté »tan fatigada como lo estaba al acostar»me. Despues me trasladé á la sala, en »donde la atencion sostenida de sor Ma»ría lo habia preparado todo para vues»tro desayuno y el de lord Mortimer. »Yo envié á decir á las hermanas que »no viniesen, que no se les llamase. »Lord Mortimer llegó prontamente ale»gre, su cara risueña y sus ojos anima»dos. Jamas he visto á la felicidad ma»nifestarse de un modo mas señalado »con su fisonomía. Tenia el aire del »amor que va á recibir el premio de »su constancia. Él me preguntó si os »habia visto ya. A lo que contesté que »no. Luego manifestó su impaciencia. »Dijo que erais una muchacha perezosa, »y que temia que no fueseis una mala »viajadora. Él llamó y suplicó á la cria»da que fuese á deciros que os espera»

»ban. O mi querida hija! á este momen-
»to mi corazon estuvo á pique de des-
»fallecerse. Yo volví la cabeza hácia el
»jardin para ocultar mi turbacion. La
»criada volvió un momento despues, y
»dijo que vos no estabais arriba. Ella
»está seguramente, dijo lord Mortimer,
»en algun otro aposento; os suplico que
»la busqueis y le supliqueis que baje.
»Algunos minutos despues entró sor
»María, pálida, desecha, y respirándo á
»penas, y precipitándose en el aposen-
»to gritó: O cielos! no se encuentra á
»Miss Fitzalan, pero aquí hay dos car-
»tas que he encontrado sobre su mesa,
»una para vos, señora, y otra para lord
»Mortimer. Yo no sé qué impresion se
»dejó ver entónces en el semblante de
»lord Mortimer; pues mi conciencia me
»quitó el valor de levantar los ojos há-
»cia él. Tomé mi carta en silencio, la
»abrí, pero no tuve fuerzas para leerla.
»Sor María estaba á mi lado, torciéndo-
»se las manos y llorando. Qué es esto?
»qué os dice? Yo no podia ni respon-
»derle ni hacer movimiento alguno, cuan-
»do un profundo suspiro, ó mas bien un
»gemido doloroso de lord Mortimer me
»sacó de este estado. Yo me levanté, y
»le ví pálido é inmóvil, teniendo en sus

»manos la carta sobre la cual tenia sus »ojos fijos. Abrí la puerta del jardin pa»ra que recibiese el aire, y con esto »volvió un poco en sí. Reponeos, My»lord, le dije. Él sacudió la cabeza tris»temente, y haciéndome señal con la ma»no de que no le siguiese, pasó al jar»din. Buen Dios! me dijo sor María, qué »os dice pues? Yo le respondí dándole »vuestra carta, y rogándole que la leye»se alto; pues las lágrimas que derra»maba al aspecto de la cruel situacion »de lord Mortimer, habian obscurecido »del todo mi vista. La alarma que te»níamos sobre vos, se hizo luego gene»ral. Todas las religiosas corrieron, y »el dolor y la consternacion estaban pin»tados en todos sus semblantes. Cerca de »media hora despues, vi á lord Morti»mer volver á entrar á la sala; yo des»pedí á las hermanas. Habia él hecho »sus esfuerzos para componerse, pero »no lo habia conseguido. Estaba trému»lo, pálido como un muerto, y su vóz »casi estinguida. Me dió á leer vuestra »carta, y yo le entregué la que era di»rigida para mí. Y bien, Mylord, le di»je despues de haber leido, debemos te»ner mas lástima de ella, que conde»narla.

»Ah! dijo Mylord, tengo lástima de »ella de todo mi corazon. Tengo lásti- »ma de una criatura tal como Amanda »Fitzalan, hecha esclava y víctima del »vicio. Pero ha sido cruel; ella me ha »engañado, inhumanamente engañado, y »ha destruido mi felicidad para siempre.

»Ah Mylord! le dije yo, aun que las »apariencias sean contra ella, yo no la »creeré jamas culpada. La que ha lle- »nado todos los deberes de una hija, »como lo ha hecho Amanda; la que he »visto resignada á una vida pobre y la- »boriosa, no puede ser esclava del vi- »cio.

»No me hableis mas de ella, me di- »jo. Su nombre proferido es una puña- »lada para mi corazon. Las sospechas »que tenia algunos dias hace, y que »me desesperaba de haber concebido, »estan ahora confirmadas. Ellas se ha- »bian levantado en mi imaginacion por »haber visto á Belgrave errante por es- »tos alrededores, y haberla encontra- »do á ella en estas ruinas al anoche- »cer. O cielos! despues de haber visto »su turbacion, con qué facilidad mi co- »razon prevenido en su favor hasta la »ceguedad ha procurado escusarla! Des- »afortunada muchacha! vuestro destino

»es en efecto bien triste y bien digno »de lástima! Puede ser que un pron»to arrepentimiento la arrancará de las »manos del malvado, que en el dia »triunfa de su ruina; pero aun entón»ces despues de haber sido separados »así, jamas podrémos reunirnos. Estoy »persuadido, añadió, que su pasion por »Belgrave ha sido la causa de su hui»da, y yo no me tomaré la pena de in»dagar en qué ha parado. Yo quise de»cir algo en vuestro favor, pero me im»puso silencio. Le insté á que se de»sayunase, pero no pudo tomar nada. »Me dijo que iba á volverse al momen»to á Carberry-Castle, pero que volve»ria á verme durante el dia. Yo le se»guí hasta la puerta. Al aspecto de vues»tras maletas que habian quedado en »el vestíbulo, se estremeció, con la im»presion que hace la vista de un obje»to que recuerda el amigo que ha per»dido. Ocultó su conmocion llevando su »pañuelo á la cara, y subió á su co»che que estaba á la puerta.

»Os confieso que estuve tentada mu»chas veces en el discurso de la con»versacion de decirle todo lo que sabia »de vos, pero la promesa que os ha»bia hecho se presentaba á mi imagi-

»nacion, y sentia no poderla violar. Con »todo, mi querida hija, es cruel para »mí oir levantar contra vos tales impu»taciones sin poderos defender. Ni vos »ni yo podemos vituperar á lord Morti»mer unas sospechas injuriosas á las cua»les tan naturalmente ha dado lugar »vuestra conducta. Ciertamente, hija mia, »aunque no podais aclarar enteramente »el misterio que os ha separado de él, »no podeis perder el derecho de jus»tificaros; es demasiado el sacrificar á un »mismo tiempo vuestra dicha y vuestro »honor. Pesad bien lo que os digo, y »autorizadme si es posible á decir á lord »Mortimer que sé el lugar de vuestro »retiro; que no habeis ido á buscar un »amante ni amigos, sino la indigencia »y obscuridad, llevada de una fatal ne»cesidad, de la cual vos no podeis ma»nifestar los lázos, que es la circunstan»cia mas cruel de vuestra situacion. Él »dará alguna confianza á mis palabras, »y él se penetrará de lástima en lugar »de condenaros. Cuanto mas reflexio»no sobre esta inesplicable separacion, »mas me pierdo en mis conjeturas, mas »convencida estoy de la fragilidad de la »humana dicha, que pasa como la rapi»dez de una nube despues de haber bri-

»llado un momento. Cerca de dos ho-
»ras habia que lord Mortimer habia de-
»jado el convento, cuando llegaron sus
»criados para despedir la silla de pos-
»ta y los postillones. Yo fuí á hablar-
»les y á preguntarles noticias de su se-
»ñor. Está muy malo, señora, me dijo
»uno de ellos, y hemos pasado una ma-
»ñana muy triste. Jamas, mi querida Miss
»Fitzalan, jamas yo ni mis hermanas
»hemos pasado un dia tan cruel. Hácia
»las cinco de la tarde lord Mortimer
»volvió; yo estaba sola en la sala, cuan-
»do entró con el aire de la mas pro-
»funda tristeza. Llevaba un brazo en ca-
»bestrillo. Yo me espanté temiendo que
»no se hubiese batido con Belgrave. Él
»adivinó mi pensamiento, y me dijo que
»hallándose incomodado al volver á su
»casa, se habia echo sangrar. Me dijo
»que iba á partir á Dublin, donde con-
»taba embarcarse para Inglaterra, pero
»añadió: yo no he querido dejaros, mi
»querida y buena señora, sin despedir-
»me, y sin aseguraros que todas las pro-
»mesas que la desgraciada muchacha ha
»hecho en mi nombre me serán sagra-
»das. Yo ví que queria hablar de las
»cincuenta libras esterlinas que él os en-
»cargó que me noticiaseis de su parte,

»como debiendo ser pagadas á nuestra »casa anualmente. Yo le dije que ha»bíamos sido recompensadas mas allá de »los cuidados que habíamos hecho por »Miss Fitzalan; pero no pude alterar »su generosa resolucion. Yo debo de»ciros á esta ocasion, que la suma que »me dejasteis sin yo saberlo es dema»siado considerable, y que nosotras no »podemos mirar sino como un préstamo. Pero volviendo á un asunto mas »importante, lord Mortimer parecia dé»bil y fatigado. Le propuse tomar el »té, lo que aceptó; yo salí un momen»to para dar algunas órdenes, y cuan»do volví á entrar le encontré á la ven»tana que da sobre el jardin de tal mo»do absorto en sus pensamientos, que »no conoció que volvia á entrar, y oí »que decia: cruel Amanda! así pagais »todo cuanto he sufrido por vos! Yo »me retiré por temor que no conocie»se que lo habia oido, y no volví si»no con la muchacha que traia con que »hacer el té.

»Cuando se levantó para partir, me »pareció agitado, incierto, y como va»cilando á decir alguna cosa que no »tenia valor de proferir. Al fin con una »voz conmovida, con una palidez mor-

»tal, la que dió lugar á un encarna-
»do muy vivo, me dijo: Yo os he deja-
»do la carta de Miss Fitzalan.

»Ay hija mia! jamas hombre algu-
»no ha amado á una muger como él
»os ha amado, y os ama aun. Saqué
»la carta de mi bolsa y se la di, y él
»se la metió en su seno con una es-
»trema conmocion. Yo creí encontrar
»una ocasion favorable para decir una
»palabra en vuestro favor; le supliqué
»pusiese los ojos sobre vuestra vida pa-
»sada, y juzgase por ella si podiais ser
»culpacle. Él me atajó sin decir mas, y
»me suplicó que dejase un asunto que
»le era demasiado penoso de tratar; y
»añadió que si él hubiese sido ménos
»crédulo, hubiera sido mas feliz. Y en-
»tónces apretándome la mano, me dijo
»á Dios, con un tono y una mirada
»que me hizo saltar las lágrimas de los
»ojos. Ah! mi querida señora, me di-
»jo, cuando ha comenzado el dia poco
»preveia yo el modo con que habia de
»terminar!

»Yo le acompañé hasta su coche, y
»se vió obligado á apoyarse sobre el
»brazo de su criado para subir en él,
»y me dejó con el aire de ser pro-
»fundamente desgraciado. Yo he envia-

»do muchas veces á Carberry-Castle pa-
»ra saber algunas noticias suyas; me
»han respondido que no las tendrian
»hasta que llegase el nuevo procurador
»de lord Cherbury, que seria ántes de
»tres meses.

»Supe que habia hecho mucho bien
»en la vecindad. Verdaderamente tiene
»un alma benéfica y bienechora. Ha si-
»dò para nuestra comunidad un bene-
»factor generoso, y así rogamos todos
»los dias por él. Entre sus buenas ac-
»ciones sabemos que, hace cerca de tres
»meses, habia mandado hacer á Dublin
»un monumento de mármol en memo-
»ria del capitan Fitzalan, el que ha si-
»do colocado despues de vuestra parti-
»da en la iglesia de la parroquia don-
»de está enterrado. Yo envié allá á sor
»María y otra religiosa para verle, y
»me han hecho la descripcion de él.
»Es una urna adornada con un ramo
»de laurel, en mármol blanco, puesta
»sobre un pedestal de mármol gris, don-
»de se halla escrito el nombre del di-
»funto, y sobre el cual se leen tambien
»estas palabras: AQUEL, CUYA MEMORIA
»SE CONSERVA AQUI, HA CUMPLIDO LOS
»DEBERES DE MILITAR Y DE CRISTIANO CON
»UN ZELO QUE NOS HACE ESPERAR QUE
»ESTÁ DE ELLO RECOMPENSADO.

»Yo creo que esta señal del respe-
»to de Mortimer por la memoria de
»vuestro Padre os hará una viva im-
»presion; pero he creido no deber omi-
»tir instruiros de ello, pues aunque os
»afecte fuertemente, os dará gusto. Lo
»que ha pasado aquí, nos ha sumergi-
»do á todas en el mayor abatimiento.
»Sor María está mas ocupada en orar
»que nunca. Bien puedo yo decirle que
»solo es buena para esto; ella contes-
»ta que este mundo es demasiado mal-
»vado para que uno no esté mas á su
»gusto, comunicando con él lo ménos
»que pueda.

»Espero con impaciencia noticias
»vuestras. Decidme cómo habeis halla-
»do á Mistriss Macpherson, pues des-
»de su juventud que no la he visto. Los
»años mudan el carácter y el semblan-
»te. Vuestra actual situacion es dema-
»siado obscura y desagradable para que
»permanezcais mucho tiempo. Cuando
»estará vuestra salud un poco restable-
»cida, y vuestra alma un poco calma-
»da, buscarémos donde colocaros mejor.
»Espero que me escribiréis á menudo;
»pero os prevengo que en cuanto á mí
»no podré responderos con grande exac-
»titud, pues he perdido la costumbre

»de escribir, y mi vista está muy de-
»bilitada; esta carta ha sido obra de
»muchos dias. Por otra parte no ten-
»dré en adelante cosas interesantes que
»comunicaros; si tengo algunas no per-
»deré un momento en noticiároslas.

»La muger que habíamos detenido
»para vuestro viage á Inglaterra, os da
»gracias por las cinco guineas; lord
»Mortimer añadió otras cinco, de suer-
»te que ella se encuentra muy gene-
»rosamente recompensada y pagada de
»su trabajo. Cuando tengais necesidad
»de alguna parte de vuestro equipage,
»no teneis mas que escribir; pues sa-
»beis que el capitan del barco lo te-
»nemos siempre á nuestras órdenes. Él
»habla de vos con el mayor interes, y
»dice: que es gran lástima ver á una
»persona tan jóven y tan bella sumer-
»gida en una tal melancolía. Quiera el
»cielo endulzarla, ya que no quiera des-
»truirla.

»Yo tambien desearia que me per-
»mitieseis escribir á lord Mortimer pa-
»ra alejar de su imaginacion las inju-
»riosas sospechas que ha concebido. Es-
»toy segura que me creerá, y puedo
»desengañarle sin descubrir el lugar de
»vuestro retiro. A Dios, mi querida hi-

»ja. Os encomiendo á la proteccion del »cielo, y os ruego creais que sois y se»réis siempre amada de

Elisabeth Dermot.

La pobre Amanda regó con lágrimas esta carta. He destruido la felicidad de Mortimer, esclamaba, y ahora me detesta. O lord Cherbury! cómo sufro cruelmente por vuestros vicios! Algunas veces pensaba que habia hecho un sacrificio demasiado grande y heroico á la virtud; pero esta era una idea pasagera; y acordándose de las disposiciones en que habia visto á lord Cherbury, estaba convencida que la publicidad de su secreto le hubiera infaliblemente conducido á darse la muerte, y por grande que fuese su desgracia presente, ella la miraba como ligera comparándola con la de haber concurrido á un suicidio. Ella á la verdad bebia hasta su fondo la copa de la desgracia, pero el testimonio de su conciencia mitigaba su amargura. Por este motivo resolvió exigir de Mistriss Dermot que en adelante no hiciese mension alguna de ella á lord Mortimer; estaba convencida que nada creería de cuanto la superiora pudiese decir en su

favor; y aun cuando fuese justificada en el concepto de Mortimer, de qué serviria? Su union era impedida por un obstáculo insuperable; y si él descubria su retiro, seria para ella un manantial de nuevos disgustos, y puede ser de alguna terrible catástrofe. Estamos separados para siempre en este mundo, esclamaba juntando las manos, y no nos podemos reunir sino en el cielo.

Absorta en las reflexiones y el dolor que le habia originado esta carta, permanecia en el sitio en que se habia sentado, cuando la criada vino á decirle que Mistriss Macpherson habia hecho el té y se admiraba de que no viniese.

Amanda se levantó, y volvióse á casa en donde encontró á la buena vieja de muy mal humor, murmurando mucho de haber estado Amanda tanto tiempo fuera, y observando que tenia los ojos hinchados y encarnados, dijo; creo en efecto que tenia razon de decir que era una carta de amor, la que habiais recibido. Amanda nada respondió, y la noche se pasó en mal humor por una parte, y en silencio por otra.

La circunstancia que hasta entónces habia hecho soportable á Amanda su situacion, habia acabado; habiéndole Mis-

triss Dermot noticiado que no le escribiria sino raras veces, y no teniendo nada en efecto de interesante que escribirle despues de la partida de Mortimer, ella habria dejado al momento á Mistriss Macpherson; pero no sabia donde ir. Resolvió pues ántes que entrase el invierno suplicar á Mistriss Dermot le buscase otra colocacion; pues como la superiora tenia conocimiento en Escocia, podia colocarla como aya, ó para trabajar labores de muger en casa de alguna señorita en alguna otra casa.

Al dia siguiente se levantó mas temprano de lo ordinario, y escribió sus intenciones á la superiora, y envió la carta en la estafeta de la ciudad vecina por un hombre pobre á quien pagó generosamente su trabajo.

CAPÍTULO III.

Entre las educandas de Mistriss Macpherson se hallaban dos hermosas niñas, á las cuales Amanda se habia aficionado; su padre de quien traian aun luto, habia muerto en el mar, y su madre padecia y era desgraciada desde este fatal momento. Las niñas estaban reconocidas á la dulzura con que las trataba Aman-

da, y que las penetraba tanto mas, cuanto era el contraste que hacia con la aspereza y austeridad de Mistriss Macpherson. Una mañana dijéron al oido de Amanda que su madre vendria aquel dia á ver á la buena Francisca Donald.

La madre vino en efecto; esta era una jóven de agradable figura. Su luto y su abatimiento la hacian mas interesante. Ella se sentó al lado de Amanda, y aprovechó un momento en que Mistriss Macpherson estaba ocupada con algunas niñas, para decirle que le tenia grandes obligaciones por los cuidados y bondad que manifestaba á sus pequeñas hijas. Que ella misma se habia ocupado en su instruccion hasta el momento en que el decaimiento de su salud, y el abatimiento de su espíritu no le habian dejado fuerzas para llenar este deber. Amanda le aseguró que era un placer instruir á niñas tan amables y tan dóciles. Mistriss Duncar la suplicó, como igualmente á Mistriss Macpherson, que viniese á tomar el té por la tarde en su casa: esta proposicion fué aceptada vivamente por Mistriss Macpherson, que amaba mucho la sociedad en cualquier otra parte que no fuese su casa. La de Mistriss Duncar no estaba léjos, y era muy propia y cómoda,

Habia tambien convidado á una vieja de la vecindad para entretener á Mistriss Macpherson, miéntras que ella conversase mas libremente con Amanda. Notando la delicadeza de las facciones de Amanda, le dijo que no la creia en estado de poder soportar las fatigas del empleo que ocupaba en casa Mistriss Macpherson. Ella le confesó que llevaba tambien una vida muy solitaria y muy triste: que seria feliz de tener una compañera, y le manifestó el vivo placer que tendria de disfrutar á menudo de su sociedad. Amanda le dijo que esto seria difícil, porque disgustaria á Mistriss Macpherson, en lo que tambien convino Mistriss Duncan. Esta preguntó en seguida á Amanda, si ella se paseaba y en qué parage. Amanda contestó que sí, y que casi siempre iba por las orillas del mar.

Mistriss Duncan suspiró, sus ojos se llenáron de lágrimas y dijo: tambien en la orilla del mar es donde me paseo, y entónces ella le contó la historia de su pérdida. Mr. Duncar, decia, era el mejor y el mas dulce de los maridos. Nuestros bienes habian estado algo enredados en los primeros años de nuestro matrimonio; pero se habian bastante aumentado cuando pereció mi marido en el mar en

un dia de placer con otros amigos suyos. Habiendo sido arrojado su cuerpo por las olas á la orilla, tuve el triste consuelo de hacerle las últimas exequias, y vengo á menudo al sitio que me recuerda mi pérdida.

Una mutua simpatía unia á la jóven viuda y á Amanda, y se aficionaron una á otra. Despues de este momento se daban la cita casi todas las tardes á la orilla del mar para conversar y llorar su pasada felicidad, que no podia volver ya. Mistriss Duncan era demasiado discreta para querer saber de Amanda cuál habia sido su primera situacion; pero veia que habia sido diferente de lo que era en la actualidad. Amanda le contó lo mismo que habia dicho á Mistriss Macpherson. Mistriss Duncan compadecia sus infortunios, bendiciendo el feliz acaso que la habia conducido á sus inmediaciones, y le habia procurado la dicha de conocerla.

De esta manera habia pasado un mes, cuando Mistriss Duncan dijo un dia á Amanda, que iba á dejar el pais prontamente. Amanda se puso pálida y sobresaltada á esta triste noticia; ella no habia recibido respuesta alguna de Mistriss Dermot á su última carta, y temia ha-

llarse obligada á pasar el invierno donde estaba, lo que le seria del todo insoportable cuando habria perdido la sociedad de Mistriss Duncan.

Querida amiga, le dijo Mistriss Duncan paseándose con ella en las orillas del mar, una tia que ha sido siempre muy buena para mí, y que me ha socorrido en el tiempo del disturbio de mis bienes, me propone ir á vivir con ella. Habita cerca de diez millas de aquí en un lugar que se llama la Abadía de Dunreath, y tiene el encargo de la administracion de todas sus tierras. ¿Habeis oido hablar de este sitio? La agitacion de Amanda fué grande al oir nombrar la casa donde habia nacido su desgraciada Madre; ella se turbó, mudó de color, y contestó sin saber lo que se decia; en fin vuelta en sí, dijo que en efecto habia oido hablar de ella.

Pues bien, querida, continuó Mistriss Duncan, mi tia, como os he dicho ya, vive allí con grandes conveniencias; ella dispone de todo, pues nadie de la familia habita allí desde la muerte del conde de Dunreath. Mi tia se fastidia de la vida solitaria que lleva, y en una carta que he recibido esta mañana me propone ir á vivir con ella, prometiéndome que si

acepto su proposicion dejará á mí y á mis hijas todo cuanto posee, que no es poco; pues se trata muy bien, y debe haber hecho grandes ahorros. Este ofrecimiento tienta mucho, y os confieso que no vacilo sino por el temor de privar á mis hijas de las ventajas de la educacion que pueden tener aquì.

Porque? dijo Amanda, ellas pueden aprender en todas partes todo lo que les enseñará Mistriss Macpherson.

Yo quiero hablar, dijo Mistriss Duncan, de su educacion en uno ó dos años, para cuyo fin me propongo ir á establecerme con ellas en alguna ciudad vecina; pero es preciso que abandone esta idea si acepto el ofrecimiento de mi tia; pues jamas las enviaré á pension, no teniendo ánimo de soportar esta separacion. Lo que desearia, seria encontrar una persona que fuese para mí de una sociedad agradable, y que llenase con ellas las funciones de una buena aya; con esto la soledad de la Abadía Dunreath, léjos de espantarme, me seria agradable.

Hablando así, fijaba sus ojos sobre Amanda con grande atencion; en una palabra, querida amiga, continuó ella, para esplicarme claramente, vos sois precisamente la persona que necesito; vuestra

sociedad mitigará mis disgustos, y daréis á mis hijas la instruccion que deseo que posean.

Amanda le respondió que ella estaba no solo lisongeada de la ventajosa opinion que debia á Mistriss Duncan, sino tambien se hallaba feliz por ella, y que de consiguiente iria con mucho gusto á vivir en su compañía.

Yo estoy contentísima, continuó Mistriss Duncan, que las dos nos convengamos; pero debo deciros que mi tia tiene gran repugnancia á recibir estrangeros en su casa. En cuanto á la razon de esta conducta yo no puedo imaginar otra que las órdenes espresas de sus amos, y ella me dice en su carta que si acepto su ofrecimiento no debo decir á nadie donde voy. Yo pues no me atrevo á llevaros conmigo sin su permiso, pero le escribiré al momento para pedírselo, y tendré respuesta dentro de dos dias. Miéntras esperamos, no digais nada á Mistriss Macpherson de nuestro proyecto por temor de que no ponga obstáculo. Amanda le prometió el secreto, y se separaron.

Vuelta Amanda en sí, esperimentó una grande agitacion al pensar que iba á volver á ver la casa de sus antepasados. Esta esperanza la lisongeaba, y temia que

no se le frustrase. La nueva situacion que se le ofrecia, seria infinitamente mejor que todas las que habia esperado un momento ántes. El segundo dia de esta conversacion al llegar á las orillas del mar á su ordinario paseo, vió á Mistriss Duncan que venia con una carta abierta á la mano y la sonrisa de la satisfaccion en el semblante. Tenia el permiso de llevarse á Amanda con ella á la Abadía, con la condicion de que no diria á nadie el lugar donde iba. Mistriss Duncan le dijo que tenia algunas cosas que arreglar ántes de partir, lo que la ocuparia algunos dias, y que entónces tendria un carruage que le enviaria su tia; que Amanda instruiria á Mistriss Macpherson de su cercana partida para ir á vivir con Mistriss Duncan que dejaba el pais, y á ser aya de sus dos hijas.

Entónces Mistriss Duncan habló á Amanda del tratamiento pecuniario que podia hacerle. Amanda contestó que esta consideracion no tenia importancia alguna para con ella; pero la jóven viuda le dijo que aun entre amigos era preciso que estas cosas se arreglasen con exactitud. Convenidas así, se separaron. Al dia siguiente, acabada la escuela, Aman-

da notició á Mistriss Macpherson su cercana partida. Herida la vieja como de un rayo permaneció mucho tiempo sin decirle cosa alguna. Al fin recobró la palabra para manifestar su indignacion contra Amanda, contra Mistriss Duncan y contra la superiora. La primera la dejaba, la segunda le quitaba un útil socorro, y la tercera le habia enviado una persona capaz de un tan mal proceder. Cuando hubo disminuido su cólera, Amanda emprendió justificar á todas las acusaciones, diciéndole que ella habia ya resuelto dejarla ántes que Mistris Duncan le hiciese proposicion alguna; pues que su ocupacion era demasiado penosa para ella: que Mistriss Macpherson no sufriria ningun inconveniente por su partida, y tendria lugar de proporcionarse otra en su lugar. Pero la verdad salió entónces de la boca de Mistriss Macpherson en el acceso de su cólera, pues dijo que no encontraria jamas una persona que le conviniese tanto; y comenzó á echarle en cara amargamente el que la dejase.

Amanda no se ofendió, y conservando toda su sangre fria procuró apaciguarla, y tomó para esto el medio mas eficaz, declarándole que no pretendia

recibir salario alguno por el tiempo que habia pasado con ella, y que si le daba su permiso escribiria al momento á Mistriss Dermot por una muger que habia visto en Santa Catalina, y que le parecia convenir á Mistriss Macpherson. Era està la muger que la debia seguir á Inglaterra. Al fin Mistriss Macpherson le encargó de escribir así, y su cólera se apaciguó poco á poco luego que Amanda le hubo manifestado que no queria salario. En efecto Amanda escribió é instruyó á la superiora de la mudanza feliz de su situacion, del descontento de Mistriss Macpherson, y del deseo que tenia de tener otra persona que la reemplazase. Ella le proponia que enviase la muger de que acabamos de hablar; pero exigia que si esta muger consentia en venir, no la enviasen hasta que ella hubiese dejado la casa de Mistriss Macpherson, para que permaneciese siempre incógnito el lugar donde se retiraba. Ya no pensó mas en los penosos dias que acababa de pasar; pues la diligencia que Mistriss Duncan ponia en preparar su partida, le hacia esperar una vida mas agradable. Ella recibió contestacion de Irlanda mucho ántes de lo que esperaba. Mistriss Der-

mot la felicitaba de haber encontrado tan buena amiga como Mistriss Duncan. La muger que debia reemplazar á Amanda aceeptaba los ofrecimientos de Mistriss Macpherson, y solo aceptaria despues de haber salido Amanda. La superiora acababa la carta diciendo que no tenia noticias de lord Mortimer. Mistriss Macpherson estuvo muy satisfecha de ver que Amanda seria reemplazada luego. Dos dias despues de haber recibido esta carta, Mistriss Duncan dijo á Amanda que su partida estaba aplazada para el dia siguiente, y le rogó que aquella misma noche fuese á dormir con ella. Amanda consintió. Despues de comer se despidió de Mistriss Macpherson, que le dió su á Dios entre dientes, dándole á entender que ella podria muy bien arrepentirse de haberla dejado; pues estaba tan enfadada la vieja, por no haber podido saber á donde Mistriss Duncan iba con Amanda, que le volvió todo el mal humor. Amanda dejó esta triste mansion con un placer que tuvo mucha dificultad de disimular, y acompañada de un hombre que llevaba su maleta, se trasladó con la mayor prontitud á casa de Mistriss Duncan, en donde fué recibida con las

mayores muestras de alegría y amistad. La velada la pasaron muy agradablemente. Se levantaron temprano, y al acabar el desayuno llegó el carruage que enviaban de la Abadía de Dunreath. El equipage de Mistriss Duncan habia salido el dia ántes, de manera que nada las detenia.

Mistriss Duncan hizo subir á Amanda y sus hijas en el carruage ántes que ella; y detenida por una dolorosa conmocion, permaneció algun tiempo despues de ellos en el umbral de la puerta, no pudiendo despedirse de una habitacion en que habia vivido tan feliz con un hombre á quien amaba, sin derramar un torrente de lágrimas que manifestaban el profundo dolor de su corazon. Amanda conocia demasiado los sentimientos de esta especie para querer combatirlos; pero las niñas impacientes de ponerse en camino llamaban á su Madre con grandes gritos. Esta cedió á sus deseos; y cuando ellas manifestaron su disgusto de ver sus mejillas mojadas de lágrimas, las abrazó tiernamente, procuró recobrar su serenidad, y en poco rato estuvo en estado de conversar con Amanda. El tiempo era bueno, y viajaban lentamente, pues los ca-

ballos no eran jóvenes, y así les dejaba tiempo de disfrutar las escenas deliciosas y pintorescas que el camino presentaba por ámbos lados. La mudanza de objetos, el pensamiento de que se alejaba de un sitio desagradable, la del parage en que se trasladaba, todo contribuia á reanimar el espíritu de Amanda; y se halló mas tranquila de lo que habia estado despues de su separacion con lord Mortimer

CAPÍTULO IV.

Mi querida Fany, dijo Mistriss Duncan llamando á Amanda con el supuesto nombre que habia tomado, si teneis inclinacion á la supersticion, os aviso que vais á habitar un sitio capaz de dispertarla en vos. La Abadía de Dunreath es un edificio gótico y sombrío que recuerda todas las historias que se han hecho de casas infestadas de espectros y apariciones. El abandono en que la han dejado los dueños, ha acelerado su destruccion, no habiéndose reparado sino la parte del castillo que habitaban los criados. Con todo esta destruccion del edificio es nada en comparacion de la revolucion acaecida en la fortuna de la que tenia

la esperanza de ser algun dia su dueña. La hija mayor del primer matrimonio del conde Dunreath (así lo he oido contar) era célebre por su belleza, y tan buena como hermosa; pero una mala madrastra se conjuró contra su dicha, y la obligó á buscar un asilo en los brazos de un hombre dotado de todas las cualidades y dones, escepto los de la fortuna, sin los cuales no podia gustar á lord Dunreath.

Despues de haber sufrido la pobreza con él durante muchos años, habia encontrado medio para introducirse en el corazon de su Padre; pero la vil madrastra impidió el efecto de este retorno feliz de sentimientos paternales. Sin embargo ha corrido el rumor de que contra la última voluntad del conde Dunreath y por un detestable artificio de Lady Dunreath, su hija Malvina y los hijos de esta habian sido despojados de todos los bienes á que les daba derecho su nacimiento. Este rumor se disipó insensiblemente como otros muchos. Puede ser que no haya llegado á oidos de Malvina y su marido, los solos que tenian interes en hacer investigaciones sobre este asunto. Pero, si es verdad que hayan urdido una trama tan pérfida, desgraciado del que

sea culpable de tan grande crímen; pues la riqueza de que se ha apoderado en perjuicio del legítimo dueño, no puede apaciguar los remordimientos de su conciencia. Yo preferiria cien veces mas, añadió poniendo sus manos sobre la cabeza de sus hijas, que mis hijas mendigasen el pan de puerta en puerta, que verlas vivir en abundancia con la herencia que su nacimiento aseguraba al huérfano.

Si es cierto que Lady Dunreath haya cometido el crímen de que se la acusa, ha sido bien castigada. Despues de la muerte del Conde, manifestó una grande pasion por un hombre de clase muy inferior á la suya y sin bienes, pasion que se decia haber tenido orígen durante la vida de su marido. Ella se habria casado con él, si la marquesa de Rosline, su hija, no se hubiese opuesto á este casamiento por medios tan violentos y estraordinarios. Llena de orgullo, de ambicion y avaricia, con la ayuda del Marques cuyas pasiones y miras convenian con las suyas, se apoderaron de la persona de la desgraciada Madre, y haciéndola pasar á Francia la encerráron en un convento. Yo no sé si vive aun, y creo que nadie lo sabe, ni se toma la pena

de quererlo saber, pues era aborrecida por su altiva insolencia. Yo he hecho algunas preguntas á mi tia sobre este asunto, pero ella jamas ha querido satisfacer mi curiosidad. Ha sido educada con la familia de Dunreath, y se cree con obligacion de guardar su secreto.

Ella vive en la Abadía en la comodidad y abundancia, y dueña absoluta de la casa y de los pocos criados que la habitan; pero os prevengo que os tengais cuenta con estas gentes, que si las escuchais llenarán vuestra cabeza de historias espantosas, cuyos cuentos, á pesar de la razon, son capaces de hacer impresiones sobre imaginaciones dispuestas á temores supersticiosos. Ellos pretenden que la primera muger del conde Dunreath frecuente la Abadía dando gemidos espantosos, que atribuyen á su dolor por el infeliz destino de su hija y sus nietos, despojados de su herencia por su injusta madrastra.

Con todo os confesaré con franqueza que hallándome en la Abadía algunos años ha que duraba aun el desarreglo de los bienes de mi marido, una tarde al anochecer paseándome por una galería oí un ruido muy estraño. Yo se lo dije á mi tia, y se enfadó mucho conmigo por los ter-

rores involuntarios que yo le manifesté, y me aseguró que lo que habia oido no era otra cosa que el ruido del viento en los corredores contiguos. Pero, mi querida Fany, dijo continuando á hablarle al oido de Amanda por motivo de sus hijas, qué todo esto quede entre nosotras; pues mi tia no me perdonaria jamas el haber hablado de mis temores, y mucho ménos de los de sus criados á ningun viviente.

Amanda escuchó en silencio el discurso de Mistriss Duncan, con el temor de que si hablaba no le vendiese su conmocion.

Ellas al fin entraron en la garganta de las montañas entre las cuales está situada la Abadía. El aspecto es imponente y triste. El valle está cerrado por todas partes, escepto una abertura entre dos montañas que deja ver el mar. Algunas de estas montañas estaban matizadas y escarpadas; otras rodeadas en su base de un ribete de árboles, estan revestidas de un hermoso verdor, y coronadas de ginestas con flores blancas y amarillas. Unas estan cubiertas de árboles, escepto alguna parte que estan claros, y otras en fin de arbustos con sus flores de púrpura. Muchos riachuelos cor-

ren por la montaña; unos como hilos de plata dan la frescura y la vida á los terrenos que riegan; otros caen como de cascadas de roca en roca con un agradable murmullo para ir á formar al último del valle un vasto estanque sombreado por árboles tan antiguos como el edificio.

Al pié de estas montañas se conocen restos de los inmensos jardines, que parecian haber sido huertas que abastecian de todas las producciones vegetales que se consumian en la Abadía; pero los edificios que habitaban los que las consumian, estaban en decadencia, y los terrenos que se empleaban para ello estaban cubiertos de zarzas y espinas por el descuido de los actuales posesores.

La misma Abadía era uno de los edificios mas respetables por su antiguedad que Amanda hubiese visto jamas, pero no presentaba mas que tristes restos de su pasada grandeza; los dias de su gloria ya no existian. Unas masas medio destruidas anunciaban la próxima caida de lo restante; y para emplear el hermoso lenguage de Hutchinson »su orgullo estaba abatido, su magnificencia sepultada en el polvo; la desolacion habia tomado el lugar de la hospitalidad, la risa es-

trepitosa del alegre huésped á la vista de la copa del espirituoso licor, estaba reemplazada por el silencio y la soledad, y por los gritos melancólicos de la ave nocturna que habita las ruinas de las torres antiguas."

El corazon de Amanda estaba en este momento lleno de un tierno recuerdo de sus antepasados. Cuán propio es, se decia á sí misma, el espectáculo de la vicisitud de las cosas humanas para curar el corazon del hombre de la vanidad que saca de un nombre ilustre, y de la antigüedad de su linage!

Los orgullosos posesores de esta grande abitacion, en el seno de la abundancia y de las diversiones, no pensaban que fuese posible que una de sus hijas llegase un dia á esta mansion de sus antepasados, no solo sin la pompa y el fausto que les era propio, sino humilde y abatida hasta una especie de servidumbre; no para ser acogida en ella con la sonrisa del amor ó de la amistad, y abrazar sus tiernos parientes, sino incógnita, afligida, y satisfecha de encontrar un asilo y el pan de la dependencia.

Por fortuna Mistriss Duncan no reparó en la conmocion de Amanda á la vista de la Abadía pues estaba ocupada

en responder á las preguntas de sus hijas.

Llegado el carruage á la puerta de la Abadía encontráron en ella á Mistriss Bruce para recibirlas. Esta era una viejecita llena de vivacidad, y manifestó el mayor gusto de ver á su sobrina y á sus hijas. Cuando la presentáron á Amanda, despues de haberla mirado por algun tiempo esclamó: hé aquí una cosa bien estraña! aunque veo por la primera vez á esta jóven, no me es nueva su cara.

El vestíbulo en que entraron era grande y sombrío y enlosado de mármol negro. La bóbeda estaba sostenida por colunas de lo mismo, y se veian en él muchas puertas que conducian á diferentes aposentos. Los intrumentos de la caza y de la guerra del uso de los antiguos caledonios, estaban colgados y colocados á lo largo de las paredes. En seguida Mistriss Bruce las condujo á un gran recibidor, y de allí á una grande y hermosa sala, que les dijo que en otro tiempo servia de comedor. Los muebles aunque viejos manifestaban aun su antigua magnificencia, y las ventanas góticas habiéndose engrandecido considerablemente mas allá de sus primitivas dimensiones, daban una vista es-

tendida y agradable á las posesiones y heredades.

¿Sabeis, dijo Mistriss Duncan, que este aposento, aunque uno de los mas agradables por la vista, me inspira constantemente ideas melancólicas? En el momento que entro en él, pienso en las fiestas y diversiones que se han dado aquí en otro tiempo, y viéndole ahora desierto y silencioso me acuerdo que aquellos que entónces eran partícipes de estos placeres, en el dia estan sepultados todos en el polvo. Su tia se puso á reir de la reflexion, y dijo que su sobrina era verdaderamente romancesca.

El estilo antiguo y solemne del sitió que habitaba Amanda, era muy propio á exaltar la disposion de ánimo que ella habia llevado. No se oia otro ruido que el de las sólidas puertas gruñendo sobre sus goznes, y cerrándose cuando los criados pasaban de un aposento á otro para servir. Mistriss Duncan fué llevada por su tia á un rincon del aposento donde se entretenian con voz baja en sus asuntos domésticos, miéntras que las niñas corrian por la sala haciendo preguntas sobre todo lo que veian.

Quedándose sola Amanda, cayó en una especie de languidez dulce, ocasio-

nada por la fatiga y estenuacion. El ruido de las aguas que caian de la montaña, el susurro de los insectos alados que se agitaban con los rayos del sol, suspendian, por decirlo así, á su alma, y la entretenian en una especie de calma pensativa.

¿Estoy realmente, se decia á sí misma, en la casa que han habitado mis antepasados, donde ha nacido mi Madre, y donde dió la mano á mi Padre? Quiera el cielo á lo ménos que yo encuentre en ella un asilo contra el crímen y los peligros que me persiguen! Pueda yo calmar mi alma; y si no puedo sufocar sus afectos, consiga á lo ménos reprimir sus mormullos por la pérdida de los objetos que me eran tan queridos.

Sus reflexiones se suspendiéron á la hora de comer. Durante la comida procuró superar su abatimiento, y en ella fué la conversacion si no alegre, á lo ménos animada. Despues de la comida Mistriss Duncan que conocia el gusto de Amanda por los edificios antiguos, pidió permiso á su tia para enseñarle la Abadía. Mistriss Bruce dijo que ella misma queria acompañarla. Se veian un en muchas de sus estancias, ras-

gos de la magnificencia con que habian sido amuebladas. Yo no entiendo, dijo Mistriss Duncan, cómo una habitacion tan magnífica, está abandonada de sus dueños.

El castillo de Rosline, dijo Mistriss Bruce, está construido por un estilo mas moderno, y por esta razon lo prefieren á este. Luego este, replicó Mistriss Duncan, no es mas que un monumento de familia, que solo subsiste para transmitir á la posteridad el nombre de la Marquesa.

Cuánto dista, preguntó Amanda, esta casa de la del marques de Rosline? Cerca de doce millas, contestó Mistriss Bruce, que parecia no gustar de la conversacion de la sobrina. En seguida las condujo á una larga galería adornada con los retratos de la familia. Amanda tenia ya idea de ella por la descripcion que le habia hecho su Padre, contándole que allí se habia detenido á contemplar el retrato de Malvina, y tenia grande impaciencia de verlo.

Mistriss Bruce les nombró todas las personas que estaban retratadas. Aquella, dijo, es la marquesa de Rosline, cuando no era mas que Lady Augusta Dunreath. Amanda reconoció el carácter

sabervio de la Marquesa, y observó que el cuadro del retrato inmediato estaba vacío.

El retrato de Lady Malvina Dunreath estaba allí, dijo Mistriss Bruce, pero despues de su desgraciado casamiento lo quitáron. Y lo destruyeron? preguntó Amanda. No, contestó Mistriss Bruce; lo han arrinconado con los muebles viejos en la antigua capilla que hace muchos años que está cerrada. Se podria ver? preguntó Amanda. Eso es imposible, respondió Mistriss Bruce. La capilla y toda la parte del Este de la Abadía se halla en tal estado de ruina, que ha sido necesario cerrar todas las entradas por temor de que sucediesen desgracias.

Allí es, dijo Mistriss Duncan al oido de Amanda, la galería donde oí el ruido estraordinario; pero chiton.

Amanda apénas pudo ocultar su sentimiento de no poder ver el retrato de Malvina. Ella habria pedido que le abriesen la capilla, si no hubiese temido dispertar algunas sospechas.

Volviéron de la galería á la sala, y en el discurso de la conversacion supo Amanda diferentes anécdotas de la historia de sus antepasados que Mistriss

Bruce sabia. Esta tambien habló de Malvina con unos elogios que hiciéron casi olvidar á Amanda que acababan de llamar trasto viejo al retrato de su Madre. Ella se retiró á su aposento consolada y animada por lo que acababa de oir de sus virtudes: y la invocó, como igualmente á su Padre, suplicándoles bendijesen á su hija, sostuviesen su valor en los senderos difíciles de la vida, y velasen sobre ella hasta que la Providencia los juntase.

CAPÍTULO V.

La situacion de Amanda llegó á ser aun mejor de lo que habia esperado: Mistriss Duncan era la amiga mas atenta que podia encontrar; Mistriss Bruce obsequiosa y política, y las niñas dóciles y reconocidas. Si ella hubiese podido olvidar lo pasado, hubiera sido feliz; pero sus memorias estaban demasiado profundamente gravadas, para borrarse con tanta facilidad. Ellas se mezclaban en los sueños de la noche, en las ocupaciones del dia, en sus meditaciones solitarias, y le arrancaban incesantemente suspiros de sentimiento y ternura. Las mañanas las empleaba en sus

educandas. Despues de comer, unas veces se paseaba con Mistriss Duncan, otras leia alto delante de la tia y sobrina, cuando estas estaban ocupadas en labores de muger; pero luego que se ponian á hablar de sus negocios ó á jugar á los cientos, que era lo mas ordinario (pues Mistriss Bruce no gustaba de trabajar ni pasear), ella aprovechaba este momento para retirarse á su aposento, ó recorrer las obscuras revueltas de la Abadía y los paseos de las cercanías. Ella suspiraba siempre que pasaba por delante de la capilla en que se hallaba el retrato de su Madre. Esta parte del edificio estaba en muy mal estado, y oculto la mayor parte por la yedra y el box que entapizaban las paredes, y manifestaban su decadencia. Las ventanas estaban rotas en muchas partes, pero á demasiada altura para poder entrar por allá, y la puerta estaba cerrada por dentro con grandes barras de hierro. Todas las de la parte oriental de la casa estaban tambien barreadas.

Quince dias se pasáron así en la Abadía, sin que nada turbase la tranquilidad que en ella reinaba. Nadie se acercaba allí sino algunos pobres, y to-

dos cuantos la habitaban parecian estar contentos de llevar esta vida retirada. Amanda conformándose con los deseos de Mistriss Duncan, habia pedido á Mistriss Dermot, que le dirigiese sus cartas á la vecina poblacion que distaba de la Abadía cerca de cinco millas. Un hombre iba y venia todos los dias, y nunca llevaba carta para Amanda.

¿Porqué, se decia á sí misma, esta inquietud por una carta y este disgusto de no recibirla, cuando no tengo nada de interesante ni de agradable que saber? Mistriss Dermot me ha dicho ya que no tenia medio alguno para tener noticias de lord Mortimer, y aun cuando pudiese dármelas, porqué deseo tenerlas, separada como estoy de él para siempre?

Al fin de la tercera semana un incidente turbó el reposo de Amanda. Mistriss Bruce entró una mañana precipitadamente en el aposento en que estaba con Mistriss Duncan y sus hijas, y las rogó que no saliesen hasta que el Concerge del castillo de Rosline que estaba abajo, se hubiese marchado; porque les dijo, si él sabia que vosotras residiais en la Abadía no faltaria á decirlo al Marques, lo que la es-

pondria á un disgusto. Ellas le asegurà-ron que no saldrian del aposento, y se retiró, dejándolas muy sorprehendidas de la grande agitacion que manifestaba.

Dos horas despues volvió á libertar-las de su encierro. El agente de nego-cios del Marques se habia vuelto, el cual le trajo una noticia que no espe-raba. El Marques y su familia llegaban á Rosline-Castle; la estacion estaba de-masiado adelantada para que yo imagi-nase, les dijo ella, que viniesen ántes del vereno próximo, y pues me he en-gañado, en esto no hay otro partido que tomar sino enviaros á la cercana poblacion á pasar el tiempo que la fa-milia permanecerá en la vecindad; pues durante su mansion seguramente ven-dria alguno de la casa, y si sabian que viviais aquí, tendria este descubrimiento consecuencias funestas para mí.

Mistriss Duncan suplicó á su tia que no se espusiese por su amor á ningun inconveniente, y le propuso dejar la Abadía aquel mismo dia. Mistriss Bru-ce le dijo que no era necesario, y que podia permanecer aun algunos dias; pues, añadió ella, la familia no llega hasta el fin de la semana próxima á Rosli-ne-Castle para celebrar las bodas de la

hija del marques Lady Eufrasia Sutherland.

Las bodas de Lady Eufrasia! esclamó Amanda con una voz turbada y olvidando su situacion: ¿y con quién se casa? Con lord Mortimer, respondió Mistriss Bruce, hijo único de lord Cherbury y jóven muy agradable; tiempo hace que se hablaba de este casamiento; pero.... Aquí fué interrumpida por un profudo suspiro ó mas bien por un gemido involuntario de Amanda, la cual conmovida en estremo y temiendo hacerse traicion, tuvo bastante fuerza y presencia de espíritu para pretestar un aturdimiento, y retirarse á su cuarto. Ella tenia razon de temer que no le escapase el secreto; pues Mistriss Duncan sospechaba de mucho tiempo ha que Amanda habia esperimentado los disgustos del amor, y las niñas habian dicho á su Madre que ellas habian visto llorar á Amanda mirando un retrato. Pero como Mistriss Duncan tenia toda la delicadeza que da la verdadera sensibilidad, no dejaba descubrir sus conjeturas, bien persuadida por otra parte que los disgustos no dimanaban de defecto alguno en su conducta.

Vuelta Amanda á su aposento dejó

correr sus lágrimas, y aun llorando se las reprendia. ¿No sabia yá, se decia á sí misma, que el sacrificio que hacia á lord Cherbury tendria las consecuencias de un suceso que me espanta? Es verdad que ella lo habia previsto; pero todas las veces que la idea se presentaba á su imaginacion, siempre la habia apartado cuidadosamente, de manera que cuando volvia era con la misma fuerza que la primera vez. En este instante le parecia que su desgracia habria sido menor, si lord Mortimer se hubiera casado con cualquiera otra muger que Lady Eufrasia. O Mortimer! decia ella, yo que os amo con tanta ternura, si os unieseis con una muger que conociese lo que valeis y fuese digna de vos, se templarian mis trabajos con la certeza de que erais feliz; pero qué union la de dos seres tan diferentes, y tan poco hechos uno para el otro! Ah! no es bastante mi desgracia; es preciso que me la aumente la vuestra.

Pero puede ser, añadió ella, que los males que temo no sucederán; puede ser que el cielo templará el corazon de Eufrasia, y dándole á Mortimer le hará conocer el precio de tan grande beneficio. Puede ser que la hará capaz no solo de

inspirar, sino de sentir el amor. Ah! quiera Dios que ella sea para con él lo que habria sido Amanda, una amiga, una fiel y tierna compañera! Ojalá que ella sea feliz si contribuye á que lo sea Mortimer! ojalá que la felicidad de él sea tan grande como sus virtudes y beneficencia! y finalmente, ojalá que el conocimiento que tendré de ello mitigue las penas de mi corazon!

Este movimiento de generosidad reanimó su espíritu abatido; pero esto fué solamente por poco tiempo, pues el color encendido que se habia difundido en sus mejillas, cedió su lugar á las lágrimas que corrieron de nuevo. Ah! decia, dentro de pocos dias seré criminal en pensar en lord Mortimer, como he hecho hasta ahora, y me avergonzaré de mirar este retrato cuando el original será esposo de Lady Eufrasia.

La campana de aviso para comer y un golpe á la puerta la encontráron aun absorta en sus reflexiones. Ella pensó que si se dejaba llevar del abatimiento como habia hecho hasta entónces, despertaria las sospechas de las mugeres que vivian con ella. Este pensamiento le hizo viva impresion: enjugó sus lágrimas, y abrió la puerta á Mistriss Dun-

can que venia á buscarla para comer. Ella consiguió calmarse y permaneció en sosiego hasta despues del té; y cuando trajéron los naipes, salió para irse á pasear, y se fué al lado de la capilla vieja, y sentándose contra la pared apoyó su cabeza en la tapicería de la yedra y arbustos que la cubrian. Pocos minutos habia estado en esta situacion, cuando oyó detras de sí que caian algunas piedras, y aun habria caido ella tambien si no hubiese sido sostenida por las ramas que entapizaban la pared. Ella se levantó, y vió que acaba de hacer una abertura bastante capaz para entrar en la capilla, y observó que la brecha estaba encubierta por los arbustos. Este descubrimiento le dió grande placer, pues concibió la esperanza de ver el retrato de su Madre, que Mistriss Bruce le habia dicho que estaba retirado en este sitio. Ella separó la yedra y las matas con tiento para no maltratarlas mucho, y despues de haber saltado algunos escombros que cubrian el suelo, se encontró en medio de la capilla. El dia declinaba, pero se podian aun distinguir los objetos. Se oian ya los gritos lúgubres de los mochuelos que habitaban en las arruinadas paredes, y

los graznidos de los cuervos que iban á recogerse á los árboles inmediatos para pasar allí la noche. Las banderas de los antiguos señores, cubiertas de polvo, estaban colgadas en las paredes. Se veian tambien palos de lánzas, corazas y cascos tomados del orin, sobre los cuales pasaba Amanda con paso tímido.

Ella solo buscaba el retrato de su Madre, y en efecto vió uno apoyado contra la pared cerca del altar. Le quitó el polvo y reconoció aun aquella misma de quien su Padre le habia hecho tantas veces la descripcion. El dia estaba demasiado obscurecido para que pudiesen distinguirse sus facciones, pero resolvió volver al dia siguiente mas temprano despues de comer. Al verle se apoderó de ella un respeto religioso; se acordó del modo patético con que su Padre le habia pintado su conmocion á la vista de esta imágen querida, y sus lágrimas corrian por el desgraciado destino de sus Padres y el suyo. Sentada sobre las gradas del altar donde Fitzalan y Malvina se habian unido con los votos solemnes, una mano apoyada sobre la balaustrada y los ojos fijos sobre el retrato, parecia creer que su Madre veia sus penas y tenia lásti-

ma de ellas. Entónces oyó la campana de la Abadia que le advertia que era tiempo de entrar. Antes de volver hácia la abertura por la cual habia entrado, habia divisado una pequeña puerta abierta al lado opuesto. Como sabia por Mistriss Bruce que el aposento de Lady Malvina estaba en esta parte del castillo, resolvió procurar verle al dia siguiente ántes de dejar la Abadía con Mistriss Duncan, con el temor de que durante su ausencia no descubriesen la brecha y la reparasen. Volvió pues á entrar en la sala ántes que las señoras hubiesen acabado el juego, y al dia siguiente despues de comer las dejó jugando, y volvió á la capilla. Un momento ántes de entrar se detuvo para asegurarse que nadie la observaba, y entró como el dia anterior. El dia estaba bastante claro para examinar de nuevo el retrato; y aun que estaba un poco echado á perder por la humedad, halló en él las gracias y la belleza del original que habia oido describir á su Padre con tanta sensibilidad. Ella lo contempló como el dia anterior con los sentimientos de reverencia, amor y compasion; su conmocion le escitó aun sus lágrimas, y le parecian ménos amargas

derramadas delante la imágen de su Madre. Pronunciaba los nombres de sus Padres y se llamaba á sí misma : *Huérfana desgraciada, estraña en la casa de sus antepasados.* Articuló el nombre de Mortimer con el acento apasionado de la ternura y del dolor. Miéntras se abandonaba así á las lágrimas y quejas, oyó un ligero ruido como de pasos de una persona á poca distancia de ella. Entónces se levantó de la posicion en que estaba, pues se hallaba de rodillas delante del retrato de su Madre, por temor de que se hubiese descubierto que habia penetrado á la capilla, lo que daria mucho disgusto á Mistriss Bruce, aunque Amanda no imaginaba el porqué. Ella escuchó temblando algunos minutos, y estando todo tranquilo creyó haberse engañado, y volvió en compañía de las damas, determinada á volver al dia siguiente y visitar el aposento que habia ocupado su Madre, á pesar del miedo que acababa de tener.

CAPÍTULO VI.

Al dia siguiente despues de comer, considerando que le quedaba poco tiempo ántes de su partida para satisfacer

su curiosidad, dijo que tenia deseos de dar un paseo mas largo de lo acostumbrado. Mistriss Bruce le advirtió que tuviese cuidado de no resfriarse; y Mistriss Duncan la reprendió por gustar demasiado de la soledad. Ella pues tomó su camino hácia la capilla, y se fué derecho á la pequeña puerta que habia observado en su última visita. Despues de abierta se encontró con un vestíbulo elevado al pié de una grande escalera á quien daba luz por arriba una ventana gótica. Subió las gradas amedrentándose ella misma del ruido de sus pisadas, las cuales repetidas por los ecos en este grande espacio añadian temor á la impresion que produce la soledad. Al último de la escalera encontró dos puertas de dos hojas ambas cerradas. Abrió la de la izquierda, y divisó una larga galería que imaginaba, despues de lo que habia oido decir á su Padre, que conducia al aposento que buscaba.

El dia iba declinando, y su resolucion titubeó un poco; pero avergonzada de ceder á un temor supersticioso, y de retroceder sin satisfacer su curiosidad despues de haber adelantado tanto, prosiguio su camino por la galería. La puer-

ta que ella abandonó se cerró por sí misma con tanto ruido, que hizo temblar todo lo del rededor. La galería tenia á un lado una porcion de puertas cimbradas, y al otro lado otras tantas ventanas, pero pequeñas y colocadas tan altas que solo daban una sombría luz. Latia fuertemente el corazon de Amanda, y encontraba la galería de una interminable longitud. En fin llegó á una puerta que hacia frente á la otra por la cual habia entrado. Estaba esta entreabierta, é impeliéndola poco á poco se encontró en un grande aposento, que segun todas las congeturas habia sido el de su Madre. Yendo adelante vió á la otra estremidad alguna cosa blanca, cuya forma no podia distinguir bien; pero su terror fué á lo sumo cuando conoció que era una muger. Ella creyó ver un espectro, y dando un terrible grito de un brinco se puso fuera del aposento hasta la galería. Corria con tanta violencia, que llegando á la puerta por donde habia entrado y que se habia cerrado, dió un violento golpe y cayó. Ella estuvo algun tiempo sin poderse levantar; pero miéntras se hallaba en este estado oyó que alguno se le acercaba. El terror la reanimó un momento, y procuró abrir la puerta, pero sus es-

fuerzos fuéron vanos. Dios mio! dijo; protejedme, y en este momento sintió una mano fria sobre la suya, y una voz dolorosa que le decia: No huyais de mí, alejad temores supersticiosos; no creais ver en mí un ser fantástico que habita al otro mundo. Soy una muger desgraciada, culpable y arrepentida.

A estas palabras se disminuyó el terror de Amanda; pero su sorpresa fué tan grande como lo habia sido su temor. Ella pudo entónces mirar á la persona que le hablaba, de la que apartaba los ojos, y escucharla en silencio.

Si mi vista, dijo la muger blanca, y lo que he oido de vuestra misma boca no me engaña, sois descendiente de la familia Dunreath. Yo os oí ayer tarde llamaros una desgraciada huérfana, hija de Lady Malvina Fitzalan. Yo soy en efecto su hija, contestó Amanda.

Decidme pues, continuó la muger, cómo os hallais aquí como vos misma decis, estraña y dependiente en la casa de vuestros antepasados?

Yo soy uno y otro, dijo Amanda. Aquí no me conocen bajo mi verdadero nombre, pues circunstancias particulares me han obligado á ocultarlo, y he sido conducida á la Abadía como aya de dos ni-

ñas, parientes de la persona que gobierna la casa.

En fin, esclamó la muger blanca levantando al cielo sus ojos hundidos y sus secas manos, en fin mis oraciones han llegado hasta el trono del Dios de las misericordias, y ya no puedo dudar de que ha aceptado mi arrepentimiento, pues que me da el medio de reparar la injusticia de que me he hecho culpable.

O vos! continuó, cuya presencia me recuerda la juventud y belleza de Lady Malvina que yo he marchitado ántes de tiempo, si vuestra alma es semejante á la de vuestra desgraciada Madre como vuestras facciones se parecen á las suyas, por piedad y por mis largos sufrimientos no me echeis en cara mi crímen. Vos veis en mí la culpable y arrepentida viuda del conde Dunreath.

O Dios! esclamó Amanda, es posible? No os han enseñado desde pequeña á pronunciar mi nombre sino con horror? preguntó la infeliz muger. Oh! no, respondió Amanda. No? repitió Lady Dunreath con admiracion. Ah! es porque vuestra Madre era un ángel! Pero ¿no ha dejado un hijo? Sí, dijo Amanda. Y vive aun? Ah! no lo sé, respondió Amanda. La desgracia nos ha sepa-

rado, y él ignora mi destino como yo el suyo.

Yo soy, esclamó Lady Dunreath, yo soy, pobre y dulce Malvina, quien ha sido la causa de las desgracias de vuestros hijos; pero bendita sea la mano de la Providencia, que por medios solo de ella conocidos me pone en estado de reparar los males causados por mi crueldad y mi injusticia! Veo, continuó ella, que el acaso os ha conducido aquí, y temo deteneros mas tiempo por temor de que seais descubierta. Si sabian que me habiais visto, no podria ejecutar mis intenciones. Guardad el mas profundo secreto, os ruego, no tanto por vos como por mí, y que Mistriss Bruce no pueda tener el menor indicio de lo que ha pasabo entre nosotras. Volved mañana á la tarde, y recibiréis de mí un depósito sagrado, con el cual entraréis en posesion de los bienes de vuestros antepasados, y recobraréis á lo ménos toda la felicidad que puede dar la riqueza. Os suplico que pongais en un papel una relacion abreviada de vuestra vida, y las aventuras que os han conducido á la Abadía, para llenar de un modo tan estraordinario las miras de la Providencia.

Amanda le prometió ejecutar todo cuanto deseaba, y la infeliz señora se retiró por la galería, miéntras que Amanda bajó la escalera y salió por la brecha llena de admiracion, de compasion y de esperanzas. Entró en la sala donde Mistriss Bruce y Mistriss Duncan acababan de dejar el juego. La palidez de Amanda y la turbacion que manifestaba aun en sus ojos, hiciéron viva impresion á las dos señoras. Acordándose Amanda de lo peligroso que le era ser el objeto de una sospecha, les dijo que habia hecho un paseo demasiado lárgo, que estaba cansada y pedia permiso para retirarse á su aposento. Mistriss Duncan la acompañó, y se habria quedado con ella hasta que se hubiese puesto en cama, si Amanda no se hubiera opuesto á ello. Pero no era la intencion de Amanda acostarse tan pronto. El descubrimiento que acababa de hacer tan estraño y tan interesante, la agitaba tan fuertemente, que tuvo mucha dificultad á calmarse lo suficiente para poner por escrito la relacion que le habia pedido Lady Dunreath. Ella le hizo en bosquejo, pero de un modo bastante fuerte para interesar á toda alma sensible. No habló en ella de su amor,

sino solo de los infortunios de su Padre y de los suyos, y de los acaecimientos que la habian conducido á la Abadía. Despues de algunas horas de descanso, continuó por la mañana la relacion que apénas habia comenzado: cuando la hubo acabado, Mistriss Duncan la llamó para hacer sus paquetes para el viaje. La tarde estaba ya adelantada, cuando pudo ir á la capilla donde encontró á Lady Dunreath en la actitud de una profunda melancolía, apoyada contra la barandilla del Altar.

Su palidéz, su fisonomía abatida por la desgracia, su falta de carnes, su situacion abandonada, todo inspiraba á Amanda una tierna lástima. Ella mojó con sus lágrimas la descarnada mano que la señora le presentó al acercarse. Yo no merezco, dijo Lady Dunreath, las lágrimas de vuestra compasion. No obstante es un grande consuelo para mí, encontrar un ser que siente mis penas; pero los momentos son preciosos. Entónces condujo á Amanda al altar, y le suplicó que le ayudase á levantar una pequeña losa de mármol semejante al del pavimento del pié del altar. Levantada la piedra con alguna dificultad, vió Amanda un pequeño cofre de hierro que

ayudó tambien á Lady Dunreath á levantarlo. Entónces esta sacó una llave de su seno, abrió el cofre y sacó de él un pergamino sellado. Recibid, dijo á Amanda, el testamento de vuestro abuelo, depósito sagrado que os confió para entregar á vuestro hermano, legítimo heredero del conde Dunreath. Quiera el cielo que la restitucion que os hago de él, junto con mi arrepentimiento sincero, espíe el crímen que he cometido deteniéndolo y ocultándolo tanto tiempo! Pueda la fortuna que se os vuelve á los dos, traeros la felicidad!

Amanda trémula recibió el pergamino. Gran Dios! dijo ella, es posible, es verdad que tengo en las manos el testamento de mi abuelo y con él los bienes de fortuna restituidos á mi hermano? O Providencia, qué ocultos y misteriosos son tus caminos! O Oscar! querido hermano (pues ella en este momento se olvidaba de sí misma), si tu hermana hubiera podido creer que los disgustos que ha sufrido la habian de conducir á tal descubrimiento, no habrian tenido para ella la mitad de la amargura! Sí, Padre mio, á lo ménos uno de tus hijos podrá ser feliz, y el espectáculo de su dicha mitigará y en-

dulzará la miseria del otro. Miéntras hablaba así, sus lágrimas corrian en abundancia, y aliviaban su corazon agitado por tan fuertes conmociones.

O! no me hableis, dijo Lady Dunreath con un profundo gemido, no me hableis de vuestras desgracias si no quereis arrojarme á la última desesperacion; pues yo sola debo acusarme de haber causado todos los infortunios de Lady Malvina y de sus hijos.

Escusadme, esclamó Amanda enjugándose sus lágrimas, escusadme estos dolorosos recuerdos; yo seria ingrata con el cielo y con vos misma si me detenia mas sobre mis pasadas desgracias; pero permitidme no dejar escapar esta ocasion para preguntaros si puedo serviros en alguna cosa; si teneis algun amigo á quien pueda dirigirme en vuestro nombre, para haceros librar de la cruel é injusta prision en que os veo detenida.

No, dijo Lady Dunreath, yo no ten amigo alguno; no me los he grangeado cuando me hallaba en estado de adquirirlos, y si alguno en el mundo se acuerda de mí, solo es con desprecio y con horror. Las leyes de mi pais me darian pronto la libertad, ya lo sé; pe-

ro si las cosas giran como yo espero, ninguna necesidad tendré de invocar las leyes, y una gestion de esta naturaleza podria tener para mí y mis opresores consecuencias que quiero evitar. Vuestra felicidad y mi seguridad exigen aun durante algun tiempo un profundo secreto. En este papel encontraréis las razones que tengo para pedíroslo, y al mismo tiempo le entregó un papel que sacó de su seno, en cambio del cual Amanda le dió la relacion que le habia prometido. En seguida volviéron á colocar el cofrecillo de hierro y el mármol en su repectivo puesto, y se sentaron sobre las gradas del altar. Amanda notició á Lady Dunreath que ella partia al dia siguiente, y el por qué. Lady Dunreath manifestó la mayor impaciencia que todo se pusiese en obra prontamente para hacer reconocer la autenticidad del testamento. Qué yo vea, decia ella, al heredero legítimo en posesion de la Abadía, mi alma recobrará alguna calma hasta que abandone su cuerpo mortal, momento que yo espero no estará léjos. Lágrimas de compasion cayeron de nuevo de los ojos de Amanda, y se horrorizó pensando que la desgraciada podia morir abando-

nada, y privada de todo consuelo y socorro. Ella la volvió á instar que le indicase algun medio para procurarle al instante su libertad, y Lady Dunreath le repitió que esto era imposible ántes que Amanda hubiese hecho del testamento el uso que debia.

Llevadas por la dulce y melancólica simpatía que une á los desgraciados, una y otra olvidaban el peligro de ser descubiertas, cuando la campana del castillo les advirtió la hora que era. Idos, gritó Lady Dunreath con el mayor espanto, sino somos ámbas perdidas. Amanda le apretó la mano en silencio, y salió de la capilla. Ella se detuvo á fuéra para escuchar; pues siendo ya de noche el oido solo podia advertirle el peligro de ser sorprendida. Solo se oian el ruido de los vientos en las cimas de los árboles del valle y el murmullo de las aguas que caian de la montaña. Ella buscaba á tientas, por el largo de las paredes de la capilla, un sendero que conducia á la puerta de la Abadía, cuando oyó la voz de Mistriss Duncan que la llamaba, y que le dijo que ya comenzaba á estar inquieta de no verla volver, y que iba en su busca con un criado.

Este incidente hizo temer á Amanda que la hubiesen descubierto, y esta idea la turbó cruelmente, pero prontamente se convenció por el tono y modo de Mistriss Duncan, que habia escapado de este peligro.

Ella tenia muchas ganas de retirarse á su aposento y no cenar, y temiendo hacerse sospechosa se quedó en la sala, tan ocupada su imaginacion del acaecimiento de la tarde, que no sabia lo que decia, ni lo que hacia. Al fin la sacó de esta meditacion un nombre querido de su corazon que tenia el poder de alejarle toda otra idea. Mistriss Bruce hablaba de las próximas bodas de lord Mortimer. Amanda la miraba tristemente, y á su pesar dejaba escapar algunas lágrimas. Ella se ponia alternativamente ya colorada, ya pálida. Ah! decia, qué me importan las riquezas miéntras he perdido la felicidad! Con todo en seguida desechaba este pensamiento y se preguntaba. ¿Qué es despreciable la independencia, y el poder de hacer bien? Qué no merecen estas ventajas el mas vivo y tierno reconocimiento de los que la poseen hácia la Providencia que las ha concedido? Sin duda, se decia á sí misma, y en este

momento pagó en silencio este tributo al autor y dispensador de todos los bienes.

Era ya tarde cuando las damas se separaron, y Amanda habiendo cerrado su aposento por dentro, sacó del seno los papeles que tenia allí ocultos, y se puso á leer la relacion de Lady Dunreath.

CAPÍTULO VII.

»Adorando el Poder que me ha dado los medios de reparar la injusticia que he cometido, voy á haceros patente, hija amable de la desgraciada Malvina, un corazon que la memoria de sus faltas y sus dolores pasados y actuales atormentan desde mucho tiempo. Yo estoy convencida, que dotada de la bondad de vuestra Madre como se le pareceis en la belleza, condenando al culpable tendréis piedad del penitente, y obtendréis del cielo mi perdon, pues las plegarias de la inocencia son muy poderosas para con él. Mi prision dura hace algunos años, y mi esperanza de reparar mi injusticia con Lady Malvina comenzaba á disminuirse, aunque el deseo que de ello tenia no me dejaba desesperar enteramente de conseguirlo.

»Ah! buena Malvina, la suerte me habia condenado á no oir mas mi perdon pronunciado por vuestra boca; pero esperaba obtenerlo algun dia de vuestros hijos; y si de la alta mansion dichosa en que disfrutais de la felicidad prometida á los buenos, es permitido á las almas saber lo que pasa en la tierra, estoy segura que miraréis con ojos benignos y compasivos á la desgraciada, que ella misma se cubre de oprobio y verguenza, confesando su crímen, para espiar aquel de que se ha hecho culpable con vos.

»Pero yo debo detener las efusiones de mi corazon para no perder el tiempo que tengo para haceros lo que yo llamo mi confesion, é instruiros de algunas circunstancias que debeis saber.

»Mi crueldad y mi insolencia con Lady Malvina no os deben ser desconocidas. Yo habia olvidado los beneficios que habia recibido de vuestra madre, cuya proteccion y amistad habian hecho los cimientos de mi fortuna. Me alegraba mucho de su casamiento con el capitan Fitzalan, como un paso que le atraeria el perder la gracia de su Padre, y que reduciéndola á la pobreza, eclipsaria sus atractivos que yo detesta-

ba, por que obscurecian los de mi hija. El resentimiento del Conde al principio fué violento, pero ví con sorpresa y disgusto que se mitigaba poco á poco. Las consecuencias irreparables de un testamento en que su hija quedaba desheredada, la consideracion de que no tenia necesidad de un marido que tuviese bienes de fortuna, la nobleza de Fitzalan, las gracias y virtudes de que estaba dotado, y que le hacian digno de los mejores y mas ricos partidos, volvian á menudo á la consideracion del Conde, y abogaban fuertemente en favor de su hija. Con el temor de que mis proyectos contra ella no se frustrasen enteramente, me ocupé, como el espíritu maligno, en atizar el resentimiento de su Padre. Personas ganadas por mí le representaban sin cesar el atrevido desprecio que Lady Malvina habia hecho de la amistad de su Padre, y que perdonándola tan facilmente, habria que temer en su otra hija una conducta semejante, y algun casamiento con una persona mas pobre, si era posible, y teniendo aun ménos mérito qne Fitzalan. Esta última consideracion tuvo todo el efecto que habia esperado, y Lady Malvina fué declarada enteramente estraña de su familia.

»Entónces esperé que las miras ambiciosas que tenia por mi hija, se realizarian. Mucho tiempo hace que deseaba casarla con el marques de Rosline; pero habia sido algunos años ántes el adorador de Malvina, y estaba tan fuertemente apasionado por ella, que á la nueva de su casamiento se habia ido á viajar. Entónces probé todos los medios de inducir al Conde á hacer un testamento en favor de Lady Augusta, pero no pude conseguirlo; y vivia en una cruel aprension de que si moria intestado, no entrase Malvina en la posesion de la parte de los bienes de su padre, de los cuales yo la habia querido despojar. Queriendo procurar á todo precio un grande establecimiento para mi hija, hacia correr por todo, que no se dudaba que Augusta seria la única heredera del Conde. Tres años despues volvió el Marques á su patria. Su pasion desgraciada por Malvina estaba estinguida. La opinion que habia hecho esparcir de la disposicion que el Conde haria de sus bienes le fué insinuada, y él tomó parte. Llevado de la avaricia pidió la mano de mi hija que le fué concedida. El Conde le dió en dote una grande suma de dinero de contado; pe-

ro á pesar de mis esfuerzos no quiso darle tierra alguna viviendo él. Yo siempre esperaba, como igualmente el Marques, que muriendo le dejaria todos los bienes. El casamiento de mi hija acrecentó mi altanería natural, y se me hizo mas vivo en mí el amor á los placeres, proporcionándome en casa del Marques las ocasiones de entregarme á ellos. La vida disipada que llevaba, me hizo olvidar del Conde, cuyas enfermedades le confinaban á la Abadía, y fué abandonado á la soledad y á los cuidados de sus criados. Vos sin duda os admiraréis de un descuido tan impolítico con un marido que tenia tanto interes de contemporizar; pero la Providencia ha dispuesto sabiamente que el vicio sea enemigo de sí mismo. Si yo hubiese continuado á manifestar al Conde la misma ternura, y tener por él los mismos cuidados, no puedo dudar que no le hubiese determinado al fin á hacer lo que deseaba; pero embriagada con el placer y la vanidad, mi prudencia (si no es prostituir esta palabra sirviéndome aquí de ella) me abandonó. En un cuerpo víctima de las enfermedades y de la edad conservaba toda la fuerza de su espíritu. Él conoció muy bien mi negligen-

cia, y se resintió vivamente de ella. Esta le fué tanto mas sensible, cuanto mas contrastaba con las tiernas y respetuosas atenciones que habia tenido por él la infeliz Malvina que habia desterrado de su presencia, y el resentimiento que habia atizado cuidadosamente se apaciguó de nuevo; de manera que estaba muy favorablemente dispuesto á oir la inocencia del niño y abogar la causa de la madre. Mi terror y mi sorpresa fuéron estremos cuando encontré al pequeño Oscar á las rodillas de su abuelo. Las lágrimas que el viejo derramaba sobre las mejillas del amable niño, manifestaban el afecto que conservaba á la madre, y el pesar de haberla tratado con tanto rigor. Yo distinguí aun en las miradas que arrojaba sobre el niño, un sentimiento de satisfaccion y de alegría, y creí ver que se decia á sí misma: este niño será aun el apoyo, el adorno y engrandecimiento de mi antigua casa; y diferentes circunstancias que se siguiéron me diéron pruebas que habia interpretado bien sus miradas. Yo retiré al niño de su presencia con un movimiento de rabia. El Conde se conmovió mucho. Conocia la violencia de mi carácter; y débil para sostener una querella conmigo, juntó todo lo que le

quedaba de fuerza y cabeza para arreglar sus negocios, y pareció ceder callando á mi voluntad, pero sin mudar de resolucion. Vos seguramente estaréis instruida del modo con que impedí á vuestro jóven hermano que se presentase de nuevo á su abuelo, y como despedí á vuestra Madre, cuando vino á presentarse ella misma para hacer el último esfuerzo. Justo Dios! Los remordimientos me despedazan aun despues de tantos años, cuando me acuerdo de la noche que la arrojé de la casa paternal, de esta mansion en que su benéfica madre me habia acogido en mis primeros años, poniéndome á cubierto de la tormenta de la adversidad. O negra y baja ingratitud! cruel correspondencia á los beneficios que habia recibido! Pero apénas fué cometido el crímen, que ella fué vengada. Ninguna lengua puede esprimir los tormentos que me hiciéron sufrir mis remordimientos en el momento mismo que acababa de cometer esta barbarie. Terrores involuntarios se apoderaron de mí, y los mas ligeros ruidos me espantaban. Cada rafaga de viento en aquella noche de horrorosa tempestad me hacia estremecer, y parecia anunciarme el divino castigo que venia á herir á mi

culpable cabeza. Temblaba al pensar en mi oculto crímen, que la justicia de los hombres no podia alcanzar. Yo sabia que el Conde esperaba volver á ver á vuestra madre, ó recibir de ella alguna nueva solicitud. Él ignoraba el modo con que yo la habia recibido y tratado, y tomé todas las precauciones posibles para mantenerle en esta ignorancia. Luego que estuve asegurada que Lady Malvina habia dejado las inmediaciones de la Abadía, hize escribir en nombre del capitan Fitzalan una carta al Conde, donde le hacia las mas insolentes y amargas reconvenciones por su conducta hácia su hija. Yo esperaba que esta carta irritaria mi marido, y le volveria á conducir á las disposiciones en que queria verlo; pero se engañó mi esperanza. Sea que él conociese que la carta era supuesta, sea que estuviese determinado á no castigar los hijos por la falta del Padre, envió á buscar un abogado muy hábil á la vecina poblacion que le aconsejaba en sus negocios. Este hombre acababa de morir; pero su hijo educado en la misma profesion vino á la Abadía en lugar de su Padre. Yo habia temido su llegada; pero al verle esperimenté una conmocion muy diferente. Una ardiente

pasion se apoderó de mi corazon al ver á este jóven en la flor de la edad, dotado de todas las gracias y talentos. Yo misma casada, jóven, habiéndo oido decir siempre que era hermosa, y creyéndome tal, estaba segura que haria sobre su corazon la misma impresion que él habia hecho sobre el mio. Si yo lo conseguia, podria fácilmente con su ayuda impedir los efectos de las favorables disposiciones que el Conde volvia á tomar cada dia por Malvina, y creí que el amor le llevaria á hacerme todos los sacrificios que exigiria de él. Habia á la verdad un testamento hecho; pero despues del nuevo proyecto ya no me daba cuidado. Melross continuaba á venir á la Abadía mas frecuentemente que lo pedian los negocios, y sus ausencias eran cortas. Las dependencias y asuntos del Conde eran el pretesto de sus largas y frecuentes visitas; pero prontamente me declaró su verdadero motivo, animado con la inclinacion que le manifestaba. Yo no me detendré sobre esta parte de mi historia. En fin colmé mi crímen violando la fe conyugal, y prometiéndonos mutuamente, Melross y yo, unirnos luego que seria libre por la muerte de mi marido, que no podia tar-

dar mucho tiempo visto el estado de enfermedad en que se hallaba. A consecuencia de esta promesa Melross consintió á poner en mis manos el testamento del Conde que le habia sido confiado. Este era en favor de Lady Malvina y sus hijos. Los testigos que lo habian firmado eran amigos de Melross, y estaba seguro de poder comprar su silencio. Vos os admiraréis de que teniendo el testamento en mis manos no lo quemase en seguida; pero esto no quiere hacerlo jamas, pues tenia mis motivos para ello. Conservándole, me daba un poder sobre mi hija que no pude obtener ni de su afecto. Yo no dudaba que violenta, imperiosa y altanera como era, así como el Marques, que en esto se parecian, se opondrian con todas sus fuerzas á mi casamiento con Melross, que ofendia al mismo tiempo su orgullo y sus intereses; pero que si sabian que estaba en mi poder el castigarles severamente su oposicion, obtendria fácilmente su consentimiento, y los respetos que mi orgullo y tranquilidad pedian por Melross. El Conde habia encargado á Melross saber el paradero de Malvina, y este habia prometido hacer las indagaciones; pero no es necesario decir que no lle-

nó jamas su promesa. Mi marido murió cerca de un año despues del principio de mi pasion por Melross, y la Marquesa heredó sus bienes en virtud de otro testamento que Melross habia fabricado, ignorando ella misma que este era supuesto, aunque por su conducta posterior tengo motivos de creer que no habria hecho escrúpulo alguno de aprovecharse de un tal fraude. Despues de la muerte del Conde, yo dejé la Abadía para irme á establecer á una hacienda que el Conde me habia dejado cerca de quinze millas de aquí; y allí mucho ántes de lo que la decencia prescribia, confesé al marques y á la marquesa de Rosline mi proyecto de casarme con Melross. Las consecuencias de esta confesion fuéron tales como yo me las habia figurado. El descontento del Marques se manifestó mas en su aire que en sus palabras; pero la Marquesa esprimió toda su inpugnacion por verme unir con un hombre tan inferior á mí por el nacimiento y por la fortuna. Esto era un insulto, decia, á la memoria de su Padre, y una degradacion á su ilustre casa: que mi casamiento confirmaria tambien los rumores escandalosos que se habian esparcido sobre mi trato con Mel-

ross ántes de la muerte de mi marido. Sus palabras irritaron toda mi violencia. Yo le hechó en cara su ingratitud con una madre que por enriquecerla habia sofocado la voz de su conciencia. Mis reconvenciones alarmáron á mi hija y su marido, y me pidiéron la esplicacion de ello. Yo no vacilé á dársela, declarándoles al mismo tiempo, que no pretendia sujetar mas tiempo mis sentimientos para complacerlos, y que como no veia en ellos ninguna diferencia por mí, declararia que Lady Malvina Fitzalan era la sola heredera legítima del conde de Dunreath. El Marques y la Marquesa mudaron de color. Ví que temblaban que no pusiese en ejecucion mi amenaza, aunque hiciesen semblante de no creer la existencia del instrumento con que les amenazaba; artificio que ellos emplearon con mucha habilidad para hacerme esplicar aun mas.

»Tened cuidado, les dije, levantándome de mi asiento para dejar el aposento, que no os dé una prueba demasiado convincente de su realidad. Si yo no esperimento de vuestra parte la complacencia y las atenciones que tengo derecho á esperar, no continuaré á resistir á los remordimientos de mi concien-

cia, teniendo oculto el verdadero testamento de mi marido. Dueña de mis acciones, qué otro motivo que el amor de mi hija ha podido conducirme á daros parte de mis intenciones? Vuestra resistencia y vuestra desaprobacion no pueden tener otro objeto que vuestro interes personal. Melross por su estado ni por su mérito puede hacer deshonor á una casa ilustre. Yo me retiré á mi aposento convencida de que habia triunfado de su oposicion, y satisfecha de esta idea; pues creí ver claramente que mi hija y mi yerno estaban persuadidos de que podia privarles de los bienes que acababan de adquirir por la muerte del Conde, y que para conservarlos no vacilarian sacrificar su orgullo á mis deseos. Yo me prometia celebrar mi casamiento con toda la pompa de que siempre habia gustado; y estando satisfechas mi pasion y mi vanidad, me embriagaba en mi felicidad. Algunas horas despues de esta escena, la Marquesa me envió á suplicar le concediese una conferencia. Yo la ví entrar en mi aposento con un aire respetuoso que no le era ordinario, y en seguida me hizo humildes escusas por su conducta. Convino conmigo en que tenia razon de estar ofen-

dida; pero la reflexion la habia convencido de su falta, y ella me daba las gracias, como igualmente su marido, de haberles consultado sobre el paso que queria dar. Me prometiéron tener todos los respetos que podia exigir por un hombre que habia honrado con mi eleccion. Yo no creí que mi hija fuese sincera en todo cuanto me decia; pero la complacencia y los procedimientos esteriores era todo cuanto yo exigia. Yo la acompañé al cuarto del Marques, y se hizo entre nosotros una reconciliacion; les presenté á Melross que acogiéron como yo deseaba.

»Algunos dias despues la Marquesa vino una mañana á mi aposento, y me dijo que tenia una proposicion que hacerme, que esperaba me seria agradable. Este era un proyecto de hacer un viage al continente, y que ella y su marido habian pensado que si Melross y yo queríamos darles el gusto de ser del viage, podia diferir mi casamiento hasta que estuviésemos en Paris, donde contaban ir en derechura; que les parecia que esto les era conveniente aun para mí misma, pues celebrado el matrimonio en Escocia tan pronto despues de la muerte de mi marido, podia chocar mucho á los

amigos del Conde de que estábamos cercados; en lugar de que una vez hecha la ceremonia en pais estrangero, presentarian á Melross á toda su familia y conocidos como un hombre digno por todos respetos de ser admitido en su sociedad.

»Despues de haber deliberado algun tiempo, adopté el plan que me proponian y que no contrariaba el mio. Mi pasion no me impedia tener ganas de no chocar las conveniencias, y no se me podia ocultar que un casamiento celebrado tan cerca de la muerte de mi marido atraeria sobre mí la censura del público que yo evitaba viajando, quedando desde entónces oculta é incierta la época de nuestra union. Melross consintió á todo. Fué pues convenido que él marcharia primero á Paris. Yo le dí todo el dinero necesario para comparecer con grandes conveniencias, y partió muy alegre de ver abrirse delante de él una carrera brillante.

»Contaba Melross con impaciencia los dias esperando en que me juntaria con él; y como lo habíamos arreglado, partímos quinze dias despues. Estábamos en mitad del invierno, y despues de algunas horas la noche era profunda. Cuando nos

detuvimos estaba cansada, fatigada y muerta de frio, y creyendo que tomábamos posada en un albergue, seguí al Marques en un largo pasadizo alumbrado por una escasa luz que nos condujo á una sala bien iluminada, calentada con un buen fuego. Yo me admiré mucho encontrándome en un aposento que creí conocer; y manifesté mi sorpresa al Marques. Vuestros ojos, Señora, no os engañan, me dijo con un cruel émfasis; pues os hallais en la Abadía de Dunreath.

En la Abadía de Dunreath! esclamé. O Cielos! y por qué me conducís aquí? Para ocultar á todo el mundo, me respondió, vuestra locura, vuestra imprudencia y vuestras traiciones; para impediros ejecutar el proyecto indigno de un corazon depravado, y de una imaginacion desarreglada, contrayendo un casamiento vil y criminal; y para eviar á aquellos, cuya alianza con vos os da toda la importancia que teneis, los disgustos que vuestra locura les atraeria.

»Yo no puedo pintar los efectos que me hizo este discurso. Mi furor fué tal, que no hubo violencia á la que no me hubiese dejado conducir, si no hubiese estado destituida de todos los medios de

venganza; mis labios trémulos no pudieron en mucho tiempo esprimir mi rabia.

»Qué! dije al fin, en una tierra de libertad os atreveis á atentar contra la mia! Sí, contestó con una frialdad insultante, por que está visto que no os hallais capaz de usar razonablemente de ella; vos deberiais darme gracias por la indulgencia que me hace atribuir vuestra conducta al desórden de vuestra imaginacion mas bien que á la depravacion; y es menester que en efecto seais muy loca para asegurar que existe un testamento del conde Dunreath en favor de Lady Malvina Fitzalan. Estas palabras me descubrieron el motivo de su conducta conmigo, y me probaron al mismo tiempo que no hay fe entre los malvados. El Marques estaba convencido, despues del conocimiento que tenia de mi carácter, que no faltaria á quererle dominar, caso que tuviese en mis manos el testamento. Temia tambien que la pasion ó el capricho no me llevasen algun dia á vender este importante secreto, y á despojarle de su posesion ilegítima: así el orgullo y la avaricia le determinaron á desembarazarse de sus temores, apoderándose de mi persona, teniéndome en encierro privado.

Ah! esclamé yo, por qué no he reparado ya mi injusticia? Así no habria caido en los lazos de aquellos que se han aprovechado de sus despojos.

Presentad pues ese testamento, dijo él, y disfrutaréis de las ventajas que os prometeis de esta bella accion. Yo le respondí con la rabia y menosprecio en el corazon y en los ojos: No, no; está en manos seguras, y será presentado en el momento que vosotros ménos lo esperaréis, para espiar y reparar mi injusticia, y manifestar la vuestra publicamente haciendo entrar en sus derechos al legítimo propietario. Yo pedí mi libertad, amenazé, supliqué; pero en vano. El Marques me aseguró que haria mejor en calmarme; pues mi suerte estaba decidida.

»Vos sabeis, me dijo con una mirada maligna, que no teneis amigo alguno que se informe de vos, ó que quiera tomar por su cuenta vuestros intereses; y aun cuando los tuvieseis, cuando les aseguraré lo que yo mismo creo, que sois loca, nadie pedirá que os saquen de la prision. Yo pedí ver á mi hija: vos no la veréis jamas, me dijo; ella no quiere ser mas testigo de la criminal pasion que la hace avergonzarse de vos.

»Ah! dije, esto mas bien es que ella no se atreve á encararse con una madre ultrajada. Pero qué no espere escapar de un justo castigo la desgraciada, que ha roto así los lazos de la naturaleza! Sí, mis sufrimientos amontonarán sobre su cabeza un peso enorme, y en el momento que ménos lo esperará; su corazon será víctima de insoportables agonías, y le alcanzará la pena de su crímen.

»Convencida de que estaba enteramente en poder del Marques, y que no tenia nada que esperar ni de él, ni de mi hija; sus injustos y crueles tratamientos llevaron mi rabia é indignacion hasta un verdadero frenesí, que se terminó por fuertes convulsiones. Al volver en mí, me encontré en un aposento que conocí ser el que habia ocupado la difunta Lady Dunreath, á quien habia reemplazado tan indignamente. Mistriss Bruce, que era la conserge aun ántes de casarme, estaba sentada al lado de mi cama. Yo vacilé algun tiempo si me dirigiria á ella como suplicante ó como señora; y siendo esto último mas conforme á mi carácter, le dije con altanería que me ayudase á levantarme, y me procurase un carruage para salir

sin tardanza de la Abadía. Así como daba estas órdenes el Marques entró en mi cuarto. Vuestro destino, me dijo, os lo repito, está fijado. Esta Abadía será en adelante vuestra residencia, y no saldréis de ella. Bendecid á aquellos que os han procurado este asílo á vuestra locura. Tanto la Marquesa como yo no podemos dispensarnos de separar del mundo á una muger que difundiria contra nosotros imputaciones calumniosas, que podrian creerlas aquellos que no nos conocen. Yo me levanté de la cama furiosa y con solos los vestidos que me habian dejado al acostarme. Corrí á la puerta pidiendo mi libertad; pero él me cerró el paso; y escuchando mi demanda con un desprecio insultante, un momento despues salió. Yo quise seguirle, pero él me impelió brutalmente y cerró la puerta. Las convulsiones me repitieron, y en su consecuencia me atacó una violenta calentura con delirio. En esta situacion el Marques y la Marquesa me abandonaron, no dudando que mi enfermedad me arrojaria luego en una prision mas segura aun de la que ellos me habian puesto. Muchas semanas estuve en peligro, y al recobrar mis sentidos creí despertar de un pesa-

do sueño, durante el cual habia sido atormentada de espantosas ideas. El primer objeto que distinguí fué Mistriss Bruce á la cabezera de mi cama, mirándome con inquietud y pareciendo desear mi restablecimiento sin esperarlo.

»Decidme, le pregunté, estoy yo realmente en la Abadía de Dunreath aprisionada por órden de mi hija? Mistriss Bruce suspiró. No os atormenteis vos misma, me dijo, con preguntas inútiles, ni empleeis la razon que acabais de recobrar felizmente, en vanas quejas.

En vanas quejas? repetí dando un suspiro de desesperacion. Despues de haber guardado silencio por largo tiempo, supliqué que me diese un poco de claridad tirando las cortinas de mi cama, y las dos ventanas. Ella consintió en ello, y los rayos del sol brillante penetrando en mi aposento, me manifestáron un objeto que no pude ver sin estremecerme. Este era el retrato de Lady Dunreath mi benefactora, colocado exactamente en frente de mí. Mi carácter se había domado con la enfermedad, y mi alma se habia hecho sensible. Yo creí ver á esta respetable muger delante de mí, escitando los remordimientos en mi conciencia, y el arrepentimiento

en mi corazon. El aire bondadoso y benéfico que hacia el carácter principal de su fisonomía, estaba perfectamente imitado en el retrato, y me recordó con mucha fuerza el momento en que esta escelente persona me habia recibido en sus brazos, y me habia dado su casa por asílo contra los baibenes de la vida. Mi corazon se despedazaba pensando como habia pagado sus beneficios, causando la ruina y la desgracia de sus hijos. O qué suplicio tan cruel fueron para mí estos recuerdos! Con todo luego dejé de quejarme de mis sufrimientos. Yo los miraba como una espiacion de mi crímen, y la resignacion ocupó en mi alma el lugar de la desesperacion. Yo me decia á mi misma gimiendo: justo es que en el mismo sitio en que he desplegado mi injusticia y mi crueldad, y urdido una horrible traicion, reciba la pena debida á mi maldad.

»La mudanza en las disposiciones de mi espíritu produjo otra de la misma naturaleza en mi carácter. Mistriss Bruce me encontró ménos difícil de guardar, de lo que al principio habia imaginado. En vano procuré seducirla para obtener mi libertad; fué inflexible é inalterable en su fidelidad con los que

la emplaban. Procurando recobrar mi libertad no tenia intencion alguna de volver á parecer en el mundo; habria ocultado mi vergüenza en un retiro obscuro; pero tenia un deseo ardiente de reparar el mal que habia hecho á los hijos de Lady Dunreath, y este deseo no me ha abandonado un solo momento. Jamas ha amanecido, ni jamas la noche ha tendido su manto, que no haya suplicado al cielo que me diese los medios de volver su herencia á los huérfanos á quienes despojé de ella. Mistriss Bruce, aunque firme, no ha sido cruel conmigo. Ella me ha manifestado las mayores atenciones hasta que estuvo restablecida mi salud. Ha cesado de verme en el discurso del dia, y solo me ha visitado por la noche; pero no ha dejado faltarme cosa alguna. Ella me ha proveido de libros de religion y de moral, como igualmente de papel, pluma y lacre, de lo que me he servido para compilar los pensamientos que la lectura me sugeria. A estos libros y á estos pequeños trabajos debo el haber soportado con alguna calma mi largo y triste cautiverio. Ellos han elevado mi alma; y engrandeciendo mis ideas del Ser supremo, me han penetrado de sumi-

sion y respeto á su voluntad: ellos me han hecho conocer la grandeza de mis faltas sin arrojarme á la desesperacion, pues que haciéndome sentir el horror del crímen, me han instruido tambien de la eficacia del arrepentimiento. Sin embargo privada como me hallaba de los gozes comunes de la vida, del aire, del ejercicio y de la sociedad, por mas que me dijese á mi misma que mi castigo era ménos que mis crímenes; la naturaleza se quejaba y sufria, y mi salud se menoscababa. Mistriss Bruce me dijo en fin que ella me permitiria pasearme en toda la parte del edificio contigua al aposento único en que hasta entónces habia sido confinada, y en donde tendria ventanas que daban al jardin, si yo le prometia no hacer tentativa alguna para recobrar mi libertad; tentativa que ella me aseguró no podia tener éxito, pues no habia ni en la Abadía ni en sus cercanías sino gentes adictas al Marques, que la entregarían inmediatamente en sus manos; y que si me sorprehendian queriendo huir, tenia ya tomada la resolucion de marcharme á Francia para hacerme encerrar como loca en alguna galera.

»Convencida de que el Marques era

capaz de toda suerte de violencias conmigo, penetrada de la suavisacion que Mistriss Bruce me procuraba en mi cautiverio, y solícita en facilitarme algun desahogo, le dí las seguridades mas solemnes de no intentar escaparme. En consecuencia me ha abierto muchos aposentos que comunicaban con el mio, y ha quitado las barras de hierro que tenian cerrados mis postigos. Con qué mezcla de placer y de pena he visto el espectáculo que la naturaleza ofrecia á mi vista! Viéndome aun privada de disfrutarlo con entera libertad, me he admirado de haberla podido contemplar con ojos indiferentes. Algunas veces me desesperaba de pensar que este bien, comun á todos los hombres, yo solo lo disfrutaba á hurtadillas. No obstante, me decia á mí misma, con justicia á quién debo quejarme de esta privacion sino á mí misma? Estos bellos presentes del cielo eran mios, yo he perdido por mi culpa el libre uso de ellos. Desgraciada! He cedido á la tentacion que me ha asaltado, me he separado del camino de la justicia, y he sido castigada con la pérdida de todos los bienes. Estas escenas de la naturaleza que hasta entónces habia mirado

con indiferencia, las veia con gusto y con una especie de entusiasmo, como si mis sentidos las hubiesen visto por la primera vez. La mudanza de estaciones llevaba una grande diferencia en mi situacion con respecto á esto; pues todas las ventanas estaban cerradas en invierno, escepto las del aposento que yo ocupaba que daban sobre un corral pequeño y sombrío. Era un gran bien para mí la vuelta de la primavera que me volvia la libertad de las ventanas de donde tenia la vista á la campaña. Qué goze tan delicioso para mí, el verdor, las primeras ojas, las primeras flores, el murmullo de las aguas que caian de la montaña y el canto de las aves! Qué frescura en el aire de la primavera! Qué dulzura en el olor de las flores, que un zéfiro benéfico me traia para endulzar mi cautiverio! La obscuridad de las noches me daba tambien sus placeres; y cuando miraba esta bóbeda azul sembrada de estrellas, este escaso, y ligero velo que nos separa de los habitantes de la mansion celeste, un agradable y dulce sentimiento de piedad me hacia olvidar mis desgracias. Pero haciéndoos la historia de mis sentimientos, me separo del objeto que me he propuesto, y

olvido que la persona á quien he hecho tanto mal no puede tomar grande interes en semejantes detalles.

»Yo entregaré esta tarde el testamento en vuestras manos. Os aconsejo, si no descubris á vuestro hermano luego, que lo confieis á una persona hábil y que podais contar con su probidad; pues hasta que hayais encontrado un hombre de esta especie, guardaos que se sepa que estais en posesion de él, por temor de que el Marques, á quien creo capaz de todo, no os quite mi persona, testimonio principal de la validez del auto cuyo testimonio os es tan necesario, y se os dará con tanto gusto; guardad, repito, el mas profundo secreto hasta que todo esté dispuesto para hacer constar vuestros derechos. Pueda su restablecimiento ser para vos y para vuestro hermano un manantial de felicidad! Pueda la riqueza ser en vuestras manos el socorro y consuelo de los desgraciados, y que vuestros corazones gusten, derramándola así, la satisfaccion pura y duradera, que no da cuando se emplea en gastos de un vano lujo y de una miserable vanidad! Yo deseo tanto como será posible, salvar el honor de mi hija; ella no merece de mí este deseo:

pero ha! yo misma soy en parte culpable de su mala conducta. La Providencia la habia confiado á mis cuidados; he olvidado este sagrado deber; jamas he combatido sus nacientes pasiones, ni he cimentado en ella los fundamentos de una sola virtud. Ah! puedan las oraciones de su degraciada Madre obtener perdon para ella! Pueda un síncero arrepentimiento, aunque tardió, entrar en su corazon, y hacerle llorar y espiar sus faltas! Si ella no se hubiese unido á un hombre tan depravado, creo que jamas se habria apartado tan léjos del camino que le trazaban la naturaleza y su deber; pero la criminal personalidad del Marques la ha corrompido, y no le ha dejado ver ni seguir mas que al vil interes.

»Poco tiempo despues de mi detencion, Mistriss Bruce me notició que el Marques habia escrito á Melross diciéndole que habia mudado de pensamiento y que ya no pensaba mas en él, y añadió que creia que se le habia procurado un buen establecimiento en Francia, pues no habia oido hablar mas de él. Ella hizo diferentes tentativas para sacar de mí á quien habia entregado el testamento, pues yo le habia persuadido

que estaba en manos seguras, y he llegado á ocultarlo tan bien, que no le ha sido posible descubrirlo. Hé aquí todo cuanto tengo que deciros. Espero con una inquieta impaciencia la visita vuestra de esta tarde. Espero este momento en que podré reparar mi injusticia con vuestra Madre, este momento en que recibiré la historia de vuestra vida, que vuestras lágrimas, vuestras palabras y vuestro abatimiento me anuncian que será la de vuestras desgracias; pero espero que son unas desgracias que no os ha atraido ninguna falta, cuya memoria se borra con el tiempo y que endulzan la amistad y el testimonio de una conciencia pura.

»Yo no puedo ménos de deciros los sentimientos que esperimenté al oir vuestra voz; esta voz tan semejante á la que yo conocia tan bien, y que mis crueldades han reducido de mucho tiempo al silencio del sepulcro, me penetró de temor. Yo estaba á lo alto de la escalera, y bajaba á la capilla como era mi costumbre á la caida de la tarde. Trémula de espanto permanecí algunos minutos sin poder dar un paso; pero cuando yo me aventuré á acercarme á la puerta y os ví de rodillas delante de la

imágen de aquella que habia perseguido; cuando oí nombraros la desgraciada huérfana de la infeliz Malvina, mi conmocion fué profunda y terrible. Una imponente voz parecia gritar á mis oidos: Hé aquí llegado el tiempo de la restitucion: hé aquí la criatura que la mano de la Providencia ha conducido aquí para recibir la reparacion de la injusticia que has cometido contra su Madre. Adora la mano poderosa que te da un medio de espiar tu crímen. Obedecí: levanté al cielo mis húmedos ojos de lágrimas y mis manos trémulas, y bendecí al Ser poderoso y bueno que habia acogido mi humilde oracion. El camino por el cual os ví salir de la capilla me dió pruebas de que se ignoraba que vinieseis á ella. Yo os esperé al dia siguiente con una impaciencia que fué un verdadero suplicio: cuando me creí engañada en mi esperanza, volví á mi aposento donde entrasteis poco tiempo despues, y donde esperimentasteis tan grande terror: pero el mio no fué menor, pues á la ayuda del dia débil de que el aposento estaba alumbrado creí ver á la misma Malvina, tanto os le pareceis por el talle, el porte y las facciones. Ah! qué sea vuestro destino muy dife-

rente del suyo. Prontamente se os volverá vuestro hermano; si se estremece cuando pronunciaréis mi nombre, obtened de él el perdon que vos me concederéis.

»Descendientes y legítimos herederos de una ilustre casa, indemnizaos por una constante felicidad de las desgracias que hasta ahora habeis esperimentado. Ojolá se borren estas desgracias, ó no permanezcan en vuestra memoria sino para enseñaros la moderacion en la prosperidad y la compasion por los males de vuestros semejantes. Ojalá se aumentasen las virtudes en vosotros al resplandor célebre de vuestros antepasados, y os aseguren en la otra vida una eterna felicidad! Pueda vuestro linage perpetuarse, y con él la felicidad en su seno! Sean llevados vuestros nombres á la posteridad por la voz del reconocimiento, y escitar en otros una noble emulacion de imitaros!

Ah! por qué no puedo formar deseos semejantes por mi desgraciada hija! Pero los haria en vano. Las nobles inclinaciones se han borrado de su alma, los placeres que da la virtud son nada para ella; pues no busca sino los que da el fausto y la vanidad.

Amables hijos de Malvina, si vosotros pudieseis imaginar y sentir las agonías de que mi hija ha sido la causa para mí, os encontrariais mas vengados que todo cuanto os he hecho sufrir.

O Dios! ántes que mi alma deje mi cuerpo mortal, haced que yo sepa el arrepentimiento de mi hija.

»O vosotros, jóven é interesante pareja, que vais á entrar en la posesion peligrosa de una grande riqueza, aprended con mi ejemplo, que su mal uso, y el olvido de los deberes que la Providencia impone á aquellos que la concede, encuentran aun en este mundo su justo castigo.

»Determinada á reparar mi injusticia con todo mi poder y por todos los medios que se me proporcionarán, estoy pronta, luego que seré requirida para ello, á atestiguar con mi testimonio la legitimidad del testamento que os entrego. Quiera el cielo que podais disfrutar luego de las ventajas que os debe llevar! Este es el deseo ardiente y síncero de la que firma este escrito

Anabella Dunreath.

CAPÍTULO VIII.

Las conmociones que sintió Amanda á esta lectura fuéron muy vivas, pero se apaciguáron poco á poco, é hiciéron lugar á una grande compasion por la desgraciada y arrepentida Lady Dunreath, y al gusto de imaginar que iba á volver á su hermano una grande fortuna. En seguida pensó en los medios de hacer valer el testamento que tenia en sus manos, y sobre todo en encontrar, segun el consejo de Lady Dunreath, un amigo inteligente y seguro, á quien pudiese confiar este importante instrumento.

Pero dónde podia encontrar un tal amigo en el estado de abandono que se hallaba? Despues de haber reflexionado largo tiempo, se presentó á su imaginacion la idea de Rusbrook: pues aunque le fuese casi del todo desconocido, él no miraria como indiscreta una demanda que era un homenage tributado á su probidad, á la cual tenia ella sin duda una grande confianza. Revelándole un secreto de esta naturaleza se creia no solamente capaz de resentir vivamente una injusticia, sino aun propia para dar sabios consejos y tomar la defensa del opri-

mido. Él se le representó en su imaginacion como su amigo, su abogado y consejero, y esperaba que tambien le ayudaria á encontrar á Oscar. Tambien se le presentaba el delicioso momento en que despues de haber descubierto á su hermano, le pondria en posesion de una grande fortuna; ó aquel en que estrecharia aun contra su corazon otro corazon interesado en ver á ella feliz. Despues de haber caminado solitaria y triste en los senderos difíciles de la vida, y haberse visto obligada á quedar sola en la tempestad de la adversidad, cuán dulce le seria volver á encontrar unos ojos llenos de ternura fijos sobre los suyos, un oido atento á los acentos de su voz, y un ser sensible endulzando sus penas, siendo partícipe de ellas. Solo á aquellos que han conocido todas las dulzuras de la vida social, y que han llorado como ella su pérdida con todas las agonías del dolor, es dable hacerse, si es posible, la idea de todos los sentimientos que agitaban su corazon. O Oscar! O hermano mio! esclamaba, mojadas sus mejillas de lágrimas, qué momento tan delicioso aquel en que os veré! Qué dulce me es desde ahora pensar que no sufriréis mas las penas de la pobreza, y gustaréis las dul-

zuras que la beneficencia da á todos los que la ejercen! Entónces será cuando se manifestarán con todo su brillo vuestras virtudes; que haréis honor á los antepasados de que descendeis, sirviendo dignamente á vuestra patria, y difundiendo la felicidad al rededor vuestro.

La mañana sorprehendió á Amanda en estas reflexiones. Ella abrió los postigos y vió al sol brillante con toda su gloria que disipaba la niebla que cubria el balle, desplegando poco á poco los tapices del hermoso verdor que contrastaban con la sombra fuerte que trazaban las elevadas montañas. Un viento fresco agitaba las copas de los árboles, pobladas de un número infinito de aves que celebraban con sus conciertos la vuelta del dia, y parecian dar gracias al grande Autor de la luz y de la vida.

La espresion de estos mismos sentimientos se escapaba involuntariamente de los lábios de Amanda; y ella esperimentaba la calma y el dulce placer que gusta una alma religiosa y sensible al aspecto de las bellezas de la naturaleza campestre. Entónces probó de tomar algun descanso, pero sin desnudarse. En efecto tuvo un sueño bastante dulce, y despertó un poco refrigerada

y descansada á la hora del desayuno.

Mistriss Bruce les manifestó el mas grande pesar de separarse de ellas. Esperaba, les dijo, que su ausencia no seria larga, pues estaba segura que el Marques dejaria la escocia inmediatamente despues de las bodas de Lady Eufrasia. Por mas que Amanda procuró sostener esta mencion del casamiento de Eufrasia, su corazon se despedazaba á esta ida. El ánimo que se daba, pensando en la necesidad que tenia de todas sus fuerzas para el importante negocio que iba á entablar, la abandonaba.

Ellas no dejaron la Abadía hasta despues de haber comido y tomado el té. La idea de que pronto vería á su hermano dueño de esta habitacion, dió á Amanda un momento de placer; pero este placer pasaba luego que pensaba que ántes de esta época Lord Mortimer sería esposo de Eufrasia. Entónces caia en una profunda melancolía, olvidaba su situacion, no pensaba que estaba en camino, ni notaba objeto alguno. La confusion la sacó de sus meditaciones; y se avergonzó al pensar que su modo de estar debia dar muchas sospechas á Mistris Duncan, cuyas mi-

radas le manifestaban que en efecto habia adivinado mas de la mitad de los sentimientos que ocupaban á su jóven compañera. Entónces buscó, aunque con algun embarazo, cómo entrar en conversacion, y Mistriss Duncan se prestó á ella con la mayor complacencia y alegría. El carruage habia llegado á la estremidad del valle, y Amanda sacó la cabeza á la puertezuela, para arrojar la última mirada sobre la Abadía. El sol estaba ya á su ocaso, pero aun inflamaba con sus rayos que, iluminando la parte superior del edificio hacian contraste con la obscuridad difundida en el fondo del valle por las estendidas sombras de las montañas. Estos objetos y las cercanías de la noche condujéron á nuestros viajantes á la meditacion, y á ideas análogas á la escena melancólica que tenian á la vista; lo restante del viaje lo hiciéron en silencio. Su posada estaba á la entrada de la poblacion, en donde Mistriss Bruce habia tenido cuidado de hacer encontrar todo cuanto pudiesen necesitar. La dueña de la posada les habia tenido dispuesta una buena cena que se les sirvió á su llegada. Despues de la cena Mistriss Duncan, asistida de Amanda, acostó á sus

hijas, las que acostumbradas á una y otra no habrian querido recibir los servicios de la criada. Amanda y Mistriss Duncan no teniendo ganas de dormir, se fuéron á pasear sobre un terrado contiguo á su aposento. La luna estaba clara. El terrado dominaba un valle que se estendia á lo largo del mar, y la cadena de rocas que le servian de límites estaba coronada de las ruinas de un antiguo castillo, cuyas almenas estaban alumbradas por la claridad de la luna. Desde allí veian las olas esparcirse formando una especie de mantel de plata, y las oian estrellarse contra las rocas.

Amanda y Mistriss Duncan unas veces disfrutaban en silencio de esta apacible escena, y otras alababan sus atractivos. Miéntras se paseaban por este terrado, oyéron á lo léjos una caja de guerra que tocaba la retreta; y Mistriss Duncan, que conocia el pais, dijo á Amanda que este ruido venia de una fortaleza inmediata á la poblacion. Algunos momentos despues oyéron una música militar tocando una marcha compuesta por Fitzalan admirada de los profesores.

Una multitud de memorias viniéron á asaltar á Amanda. Ella se acordó del

tiempo en que ella tocaba esta marcha para su Padre, miéntras que él sentado á su lado la miraba con unos ojos que respiraban ternura y placer. Lloraba por estos tristes recuerdos, y lloraba oyendo estos mismos sones que tan á menudo habian escitado en ella sentimientos de alegría y placer.

Al fin cuando estuviéron convencidos que la música se habia acabado por toda la noche, se retiráron.

Habiendo Amanda formado su plan relativo al testamento, estaba determinada á ponerlo en ejecucion sin tardanza. Ella habia hablado muchas veces á Mistriss Duncan de sus inquietudes por su hermano que, decia, era la causa de toda su melancolía, y resolvió decirle que este mismo motivo la llevaba á hacer un viage á Lóndres, donde buscaría medios de saber donde se hallaba. A la mañana siguiente instruyó de su proyecto á Mistriss Duncan, la cual no solamente se sorprendió, sino que se afligió, y se esforzó á apartarla de él, representándole del modo mas fuerte los peligros de un viage tan largo para una jóven sin esperiencia y sin proteccion.

Amanda convino en todo; pero le dijo que el temor de los peligros y de

los inconvenientes de un tal viage era ménos penoso para ella que los tormentos que le causaba la incertidumbre sobre su hermano.

Mistriss Duncan, que en su interior no podia vituperar la resolucion de Amanda, la instó que no hiciese en Lóndres mas larga mansion de lo que le fuese necesario, y le manifestó todo el pesar que tendria de perderla.

Amanda le dió gracias por estas señales de amistad, y le dijo que esperaba poder pasar con ella aun algunos dias felices. Ella se proponia viajar en una silla de alquiler hasta la frontera de Inglaterra, y desde allí tomar la diligencia. La dueña de la posada fué á alquilar una para el dia siguiente por la mañana, y Mistriss Duncan pasó el resto del dia á llorar la pérdida que tenia, y á suplicar á Amanda que volviese lo mas pronto posible. Hasta este momento no habian conocido estas dos mugeres la fuerza de su mutua inclinacion. Mistriss Duncan le ofreció su bolsillo con las instancias mas eficaces suplicándole usase de él como haria con una hermana, y de tomar todo cuanto podia serle necesario para un viaje tan largo, y por una ausencia, cuya duracion era incierta.

Amanda, que no era amiga de contraer obligaciones de esta naturaleza siempre que podia evitarlas, no quiso aceptar este ofrecimiento, pero le manifestó todo su reconocimiento por ello, asegurándola por otra parte, como era verdad, que tenia suficiente dinero para hacer su camino, y que todo cuanto podia aceptar era lo que Mistriss Duncan le habia ofrecido del salario que habian convenido.

Mistriss Duncan le suplicó que tomase una carta para una familia, cuya casa era inmediata al lugar que debia terminar la primera jornada de su viaje. Eran, le dijo, parientes de su difunto marido que constantemente habian usado muchas bondades con él, y aun con ella, y habia tenido una correspondencia seguida con ellos hasta el momento en que se habia trasladado á la Abadía de Dunreath, desde dónde habia cesado de escribirles por temor de descubrir el lugar de su retiro: pero que ella no podia despreciar una ocasion que se le habia proporcionado por una persona segura que podia satisfacer á todas sus preguntas; y añadió que era la casa mas agradable y de mas hospitalidad del mundo; que ellos seguramente no

sufririan que Amanda se acostase á la posada, y que sin duda querrian tenerla algunos dias, y acompañarla una gran parte de su camino.

Amanda, á quien el estado de su alma le producia indiferencia por una sociedad no conocida, dijo que ella se encargaba de la carta, pero que no prometia entregarla por sí misma. Dió gracias á Mistriss Duncan por sus tiernos cuidados, y añadió que por una noche era pequeño inconveniente para ella acostarse en una posada; y que en cuanto á retardar su viage por una mansion en casa de las personas á quienes Mistriss Duncan le dirigia, que no podia consentir en ello. Mistriss Duncan la riñó por el gusto que tenia á la soledad; pero no la instó mas sobre este punto, y escribió su carta.

Como la silla debia venir muy temprano, se despidiéron y separáron muy tarde. Al estrechar Mistriss Duncan en sus brazos á Amanda, le rogó de nuevo que volviese prontamente, declarándole que ni ella, ni sus hijas serian felices hasta su vuelta.

Amanda partió muy de mañana, y ántes de subir al carruage no pudo ménos de arrojar una mirada en un pun-

to de vista léjos, dónde le habian enseñado un grande bosque de abetos, en medio del cual estaba situado el castillo de Rosline. Su corazon estaba oprimido al pensar en el suceso que habia habido ó habria en este castillo. Estaba atemorizada con la idea de un largo y penoso viage, y con las dificultades que emprendia vencer. Viendo á los habitantes del campo volver alegramente á sus labores diarias, comparando su situacion con la suya, se encontraba solitaria y abandonada. Qué dulces me serian, se decia á sí misma, sus ocupaciones mas penosas, si podia entregarme á ellas en medio de una familia y de los consuelos de la vida doméstica! Nuevos temores se levantaban en su imaginacion. Rusbrook podia estar ausente de Lóndres ó no llenar sus esperanzas; pero luego se reprehendia su inquieta prevision que le hacia nacer así fantasmas de inciertas desgracias, miéntras que esperimentaba ya demasiado de reales. Ella procuró distraerse de estos pensamientos con la vista de los objetos que se le presentaban, y en parte lo consiguió. Eran cerca las cinco de la tarde cuando el conductor de la silla se detuvo en la posada donde de-

bia pasar la noche; pues la cortedad de los dias en otoño no le habria permitido hacer mas larga jornada, aun cuando sus caballos la hubiesen podido conducir mas léjos. Ellos se detuviéron en la posada que Mistriss Duncan le habia dicho que bajase. Esta era una casa pequeña, pero cómoda y propia, y en una situacion verdaderamente pintoresca, al pié de una ladera plantada de viejos abetos, á lo alto de la cual se veian restos de un antiguo edificio religioso. Un riachuelo descendia de lo alto, cuyo murmullo se dejaba oir sin que se viese, pues estaba oculto por el bosque bajo del cual corria, hasta que, despues de haber rodeado la casa, iba serpenteando á regar un largo valle. Al centro de este valle y en medio de las habitaciones de que estaba sembrado, se elevaba una casa, cuya grandeza y alrededores manifestaban ser habitacion de un rico proprietario. Habiendo Amanda rogado al huésped que hiciese poner en manos de Mr. Macqueen la carta que Mistriss Duncan le habia entregado; le dijéron que su habitacion era aquella, y la mas principal de toda aquella tierra. En la posada solo habia Amanda de viajeros, y la tranquilidad de la casa, como igual-

mente la buena acogida de los huéspedes ya ancianos, calmaban su agitacion. Su pequeña comida se la sirviéron luego. Cuando hubo acabado, y que la dejáron sola, todas las ideas tristes que habia conseguido desviar en parte por la mañana observando los objetos que se le ofrecian en el camino, volviéron á asaltarla en grupo y con mucha mayor fuerza. Los libros, este remedio de la alma afligida, le faltaban; ella ninguno se habia llevado consigo, ni los que se encontraban en una mesita de su aposento parecia que le pudiesen fijar su atencion, y disipar su melancolía. Aunque el tiempo era malo, prefirió dar un paseo que quedar sola entregada á sus tristes pensamientos; y despues de haber ordenado que le tuviesen dispuesto el té para cuando volviese, y convidado á la huéspeda á tomarlo con ella, se hizo acompañar al jardin de la posada, desde donde subió la ladera por unos senderos y revueltas difíciles; pues estaban embarazadas de malas hierbas y zarzas. El viento era frio, y la obscuridad de la tarde se aumentaba con las nubes negras y espesas. Sabia que en las montañas que se veian á lo léjos estaba el castillo de Rosline, y de

lo alto de la colina en donde se hallaba, las miraba con los mismos ojos que el amigo ó amante, solitarios despues de la pérdida del objeto querido de su corazon, miran el sepulcro que encierran sus tristes restos. Olvidando que en su paseo habia tenido por objeto distraerse, se sentó sobre una piedra entregándose á su melancolía de tal manera, que no oyó los pasos de algunas personas que se acercaban, ni observó que la buscaban, sino á la voz de su huesped que llegó á sus oidos. Ella se levantó y reconoció al dueño de la posada acompañado de dos señores que le dijo eran Mistriss y Miss Macqueen. Ellas saludáron á Amanda, y despues de los cumplimientos de estilo Mistriss Macqueen la tomó de la mano, y con una mirada llena de bondad y cordialidad la convidó á pasar la noche en su casa, asegurándola que el placer que habia tenido de recibir una carta de Mistriss Duncan se habia aumentado con el de hacer conocimiento con una persona que Mistriss le decia que era su amiga. Miss Macqueen se juntó con su madre para instar á Amanda, y le dijo que luego de leida la carta habian salido para empeñarla á venir con ellas á su casa.

Qué! dijo el huesped riendo, es así señoras que me robais los parroquianos; será menester que me desaloje y aleje de vosotras si no quiero ser arruinado. Amanda estaba convencida de que en el abatimiento en que se hallaba, no estaria en estado de disfrutar los placeres de la conversacion y de la sociedad, y así se escusó algun tiempo alegando su resolucion de ponerse en camino al dia siguiente al amanecer.

Mistriss Macqueen le dijo que seria dueña de partir al dia siguiente á la hora que quisiese, y tanto ella como su hija renováron sus instancias con tanto calor, que Amanda no pudo resistir mas. Ellas la acompañáron á la posada, en donde Amanda solo se detuvo el tiempo necesario para pagar al huesped, y dar órden al postillon de venir á tomarla al dia siguiente, luego que se habria levantado alguno de la casa. Entónces volvió con ellos á su casa, que se puede llamar el templo de la hospitalidad. La familia Macqueen consistia en cuatro hijos y seis hijas que todos tenian casi la edad de la infancia, y unidos con los lazos de la amistad tanto como con los del parentesco.

Mr. y madama Macqueen despues de

haber pasado muchos años en Edimbourg para instruir á sus hijos, habian vuelto á su tierra, donde empleaban sus grandes bienes en disfrutar de los halagos de la sociedad, y hacer bien á todos los que los cercaban. Mistriss Macqueen informó á Amanda de que tenian al presente junta toda su familia, pues sus hijos que tenian empleos y profesiones en diferentes partes del reino, se habian hecho una ley de visitarles todos los otoños. Cuando llegáron á casa era ya la noche cerrada, y el viento era frio y penetrante, de modo que Amanda se halló feliz de encontrarse en un salon bien iluminado y caliente; buenas cortinas, espesos tapices, y un buen fuego desafiaban al viento que soplaba de la montaña con violencia por afuera, y hacian el gozo del interior mas dulce por el contraste. En el salon se juntáron Mr. Macqueen, dos de sus hijas, cinco ó seis hombres y mugeres, á quienes Amanda fué presentada. Ella encontró en Mr. Macqueen este aire benéfico y bueno, que habia hallado en su esposa. Ámbos eran iguales en edad, pero la declinacion era mas perceptible en él. De algun tiempo á esta parte habia caido tan enfermo, que no podia ca-

minar sin la ayuda de alguno; pero su gusto por la sociedad era siempre el mismo, y en su silla de brazos y sus piernas envueltas con flanela tenia como siempre alegre toda la casa, y veia con el mismo placer las danzas de los hijos á las que él no se podia mezclar. Mistriss Macqueen parecia ser la hermana mayor de todas sus hijas, las cuales tenian todas un mismo y admirable aire de familia. Eran grandes y bien hechas, aunque eran poco fuertes; mas hermosas por una fisonomía animada y vivos colores, que por sus regulares facciones, y sobre todo adornadas de gran cantidad de cabellos castaños abandonados á sí mismos cayendo en largos anillos sobre sus espaldas, y rizados sobre una blanca y pulida frente con una elegante simplicidad.

Y bien! dijo Mistriss Macqueen dirigiéndose á una de sus hijas, los jóvenes y vuestras hermanas no han venido aun; yo temo que no se hayan aventurado á ir demasiado léjos para el tiempo que hace. Apénas habia acabado de hablar, que se oyó bajo las ventanas una numerosa compañía riendo y conversando, y subiendo luego con una alegría tumultuosa. Abriéron la puer-

ta del salon, y se vió entrar á una muger con un aire noble é imponente, y de una cierta edad, seguida de muchas jóvenes y muchos hombres.

Pero qué fué de Amanda, qué sentimientos esperimentó, cuando en esta concurrencia distinguió á Lord Mortimer y á su hermana Araminta Dormer? Esto es lo que yo no me lisongeo poder describir. Turbada y confundida llevó sobre ellos una mirada incierta como si con ella hubiera esperado descubrir que lo que veia solo era una ilusion, y se volvió como para no ser vista, aunque ella no pudo persuadirse que pudiese escapar á su observacion. Jamas se habia hallado en situacion tan terrible. Volver á ver á Lord Mortimer cuando sabia que habia perdido toda su estimacion; volverle á ver cuando iba á unirse con otra muger, era un tormento horrible, una verdadera agonía. Inútilmente pensaba que no habia merecido la pérdida de su estimacion: este testimonio de su conciencia no era suficiente para reanimar su valor. Su corazon parecia quererse despedazar; su seno estaba agitado; todo su cuerpo temblaba, y ella se ponia alternativamente ya encarnada de vergüenza, y ya ela-

da de espanto, previendo que iba á sufrir las reconvenciones mudas y espresivas de los ojos de Mortimer, por los agravios de que él la creia falsamente culpable, y todo el desprecio de su tia (que era la muger que habia entrado la primera en el salon) y de su hermana.

CAPÍTULO IX.

Amanda sintió amargamente haberse dejado sacar de su posada, y hubiera perdonado de muy buena gana al destino la mitad de sus infortunios, para poder escapar del salon sin ser vista. La compañía que acababa de entrar, ocupada al principio en hablar á las primeras personas que se presentaban á sus ojos en el salon, riendo y haciendo la relacion de su paseo, y de los pequeños accidentes que les sucediéron, estuvo algun tiempo sin observar á Amanda; pero pronto, y demasiado pronto para ella, Mistriss Macqueen se acercó para presentarle aquellos hijos que acababan de entrar.

Amanda vió que el momento fatal habia llegado, y no quiso que su misma confusion la hiciese parecer culpable á los ojos de aquellos que la po-

dian creer tal. Ella procuró animarse á sí misma, y se acercó á dos de las mas jóvenes, ocultándose detras de ellas de las miradas que temia mas encontrar. De consiguiente nada respondió á sus cumplimientos sino con una sonrisa, é iba á volverse á sentar, cuando Mistriss Macqueen, tomándola por la mano la presentó á Lady Martha y á Lady Araminta Dormer. El lector se podrá bien acordar que la primera jamas habia visto á Amanda. Ella acogió con una sonrisa obsequiosa á la pretendida Miss Donald, á quien solo habria manifestado un frio desden, si hubiera creido que aquella era Miss Fitzalan. En efecto era dificil ver una figura mas interesante. Su vestido de luto hacia resaltar toda la alegría de su figura, la belleza de su color, y la delicadeza de sus rasgos miéntras que la tristeza gravada en todas sus facciones, indicaba un dolor profundo oculto en el fondo de su corazon. Sus grandes ojos azules estaban medio cerrados por sus largos párpados; pero las miradas que se le escapaban estaban llenas de dulzura y sensibilidad. Sus hermosos cabellos desordenados por el movimiento del carruage, y por el viento que habia sufrido en el paseo,

caian en bucles naturales acompañando á su cara y su cuello, y resaltaban los encantos de su figura por una amable negligencia. La mirada que recibió de Lady Araminta fué muy diferente del de Lady Martha. Los ojos de aquella jóven esprimieron la cólera, la sorpresa y el desprecio. Sus miradas animadas y penetrantes traspasaban el corazon de Amanda, la cual la oyó repetir con desden el nombre de Miss Donald. Con este nombre prestado le era horrible darse entender, pues que justificaba las sospechas, de que era el objeto. Ah! ¿porque, se decia á sí misma, me he dejado llevar de este disimulo? Por qué no he guardado mi nombre á pesar de los peligros que me haría correr, ántes que tomar uno de fingido, que me acusa de engaño á los ojos de aquellos que me conocen bajo el verdadero? Por fortuna de Amanda el tumulto que reinaba en la compañía, y la ocupacion particular de cada uno impedian que se notasen las miradas y las palabras que se le escapaban á Lady Araminta.

Amanda retiró sus manos de las de Mistriss Macqueen para volverse á sentar; pero esta señora con una política obsequiosa en su intencion, y molesta

para la pobre Amanda, la detuvo, interpelando á Lord Mortimer y nombrándola Miss Donald. Amanda levantó la cabeza, pero no los ojos, y no vió ni oyó á Lord Mortimer. El momento que ella habia temido habia ya pasado, y esta idea le trajo algun alivio; pero la mirada desdeñosa de Lady Araminta le quedaba aun en el corazon. Despues que estuvo un poco calmada, ella la buscó con la vista, y vió á Mistriss Macqueen sentada entre ella y Lady Martha hablando en voz baja. El aire y el semblante de estas damas, y sus miradas dirigidas algunas veces sobre ella, le hicieron creer que era el objeto de la conversacion, y que contaban á Mistriss Macqueen su verdadera historia.

Ella desvió sus ojos de este espectáculo para entretenerse con una de las jóvenes Macqueen, quien estando sentada á su lado empezó una conversacion llena del espíritu y vivacidad que caracterizaban á esta familia; pero Amanda estaba demasiado ocupada en sus disgustos para entregarse á ideas estrañas y alegres. Ella apénas sabia lo que decia, y solo respondia por monosílabas. Al fin una pregunta mas precisa la sacó de su distraccion. Ella se avergon-

zó, y viendo que el jóven la miraba con una especie de admiracion, le vino á la memoria por la primera vez la figura tan estraña que iba á hacer en esta sociedad, si no tomaba alguna seguridad y alguna firmeza de espíritu. La familia con quien habia sido introducida, merecia por su hospitalidad toda especie de atenciones y respetos de su parte. Despues de haberse escusado no sin razon, por un gran dolor de cabeza, resolvió tomar algun imperio sobre sí misma.

El jóven Macqueen con un zelo obsequioso dijo que iba á avisar á su madre ó alguna de sus hermanas de su indisposicion, y le ofreció procurarle algun socorro que la aliviase; pero ella le suplicó encarecidamente que no hiciese cosa alguna, que esta indisposicion no era nada, y que se disiparia por sí misma. Entónces se esforzó á sostener la conversacion, y lo conseguia, excepto cuando la voz dulce é insinuante de Mortimer, esplicándose con su gracia é ingenio acostumbrados, venia á sus oidos, y la detenia en medio de su frase; pero su conversacion con el jóven Macqueen fué prontamente interrumpida por el Padre, el cual manifestó á

su hijo que no queria verle mas tiempo apoderarse solo de Miss Donald, y él desearia que tuviese la bondad de acercársele.

El jóven Macqueen obedeció; y tomando á Amanda por la mano la condujo á su Padre; y la hizo sentar á su lado. Al otro lado estaba Lady Martha Dormer. El jóven Macqueen dijo con gracia, que esta era la primera vez que habia obedecido á su Padre con repugnancia, y que esperaba que su pronta sumision seria recompensada con el permiso de renovar prontamente su conversacion con Miss Donald. Amanda hasta entónces habia privado á sus miradas de recorrer el salon, y aunque no pudo impedirles que viesen la persona de Lord Mortimer, ella no habia visto aun su cara ni sus ojos, y continuaba en evitar uno y otro. Macqueen hizo muchas preguntas á Amanda relativas á Mistriss Duncan, y Amanda contestó bastante bien, porque estaba preparada para ello; pero dejando del todo esta materia, preguntó á Amanda de qué rama de los Donalds descendia. A esta inesperada pregunta quedó turbada y confusa. Ella nada respondió hasta que Mr. Macqueen se lo hubo repetido. Entón-

ces con una voz trémula y débil, poniéndose colorada hasta los ojos, y bajando la cabeza hasta el pecho, contestó que no sabia nada.

Macqueen la miró algunos minutos con alguna admiracion, y mudando de discurso le dijo: yo he conocido muchas hermosas; pero jamas he visto alguna que teniendo ojos tan hermosos, tomase tanto cuidado como vos á esconderlos. Es preciso que sepais el mal que pueden hacer, y que sea por piedad á los hombres el que no los manifesteis.

Amanda se puso aun mas colorada viendo que se notaba el cuidado que tenia de conservar los ojos bajos: ella los levantó y puso sobre Mr Macqueen, el cual habiendo respondido á una pregunta de Lady Martha, continuó así. Vos no sabeis de qué rama de los Donalds descendeeis? Puede ser que esto solamente sea olvido de vuestra parte; pero permitidme preguntaros el renombre de vuestro Padre, y con qué muger del condado se casó; pues los Donalds se casan generalmente entre sí.

Entónces conoció Amanda cruel y vivamente cuan penoso y embarazoso es sostener todo engaño, sea cual fuere el motivo que nos lo haga usar, aun que

su alma pura no tuviese necesidad de una nueva prueba de esta verdad. Ella apartó los ojos de Mr. Macqueen y se encontró cou los de Lord Mortimer, que sentado en frente de ella la miraba con la mayor atencion, como si hubiese querido observar cómo saldria del embarazo en que la habia puesto este nombre supuesto.

Mistriss Macqueen atribuyó su embarazo al fastidio que le causaban las preguntas de Mr. Macqueen, de quien sabia que su parte flaca era ocuparse mucho en investigar genealogías. Para sacar á Amanda de esta situacion, propuso un partido de whist, que Mr. Macqueen gustaba, y para el cual estaban ya dispuestas la mesa y cartas delante de él. Al tomar los naipes dijo ella al oido de Amanda, que fuese á la mesa del té.

Amanda no se hizo de rogar, y dando gracias en su corazon á Mistriss Mac queen de haber venido tan á tiempo á su socorro, se colocó en la mesa del té, en donde se habian ya juntado todos los jóvenes. La alegría entre ellos era tan grande, que Miss Macqueen la mayor, personage el mas grave del concurso, llamaba inutilmente á sus herma-

ras que la ayudasen á servir. Ella hizo lugar á Amanda á su lado, y buscando esta alguna ocupacion que pudiese ayudarla á ocultar su embarazo y á evitar las miradas que temia encontrar, se ofreció à servir el café. Estando ocupada en esta funcion, Miss Macqueen le dijo al oido: ¿Sabeis que todas cuantas nos hallamos aqui estamos locas por Lord Mortimer? Es un jóven amable, y sus modales son tan amables como su figura. El no tiene ni la afectacion, ni la vanidad tan comun á los jóvenes que disfrutan de las ventajas que él tiene; solo el conocimiento que tenemos de sus empeños nos impide arrancarnos los ojos unas à otras por él. Vos seguramente habréis oido hablar de Lady Eufrasia Sutherland, hija del marques de Rosline, con quien va à casarse. Ella y el Marques su padre estuvieron aquí hace algunas dias; la hija no puede compararse en manera alguna à Lord Mortimer, pero tiene grandes bienes que es lo que puede hacer pasar por hermosa à cualquiera. Solo se detuviéron aquì para desayunarse, y esperábamos el resto de la sociedad que ha llegado esta mañana, y han consentido quedarse hasta mañana para dejar descansar à Lady

Martha fatigada del viage. Yo me alegro mucho que os hayais encontrado aqui con ellos. Las dos mugeres son amables, y Lady Araminta es tan agradable como su hermano; pero aqui viene, añadió apretando la mano de Amanda, nuestro vencedor. Lord Mortimer se hizo con algun trabajo un poco de lugar en la mesa. Fué menester que Miss Macqueen se acercase á Amanda por hacer tomar un asiento á su lado á Mortimer. Entónces Amanda se volvió al otro lado, donde habia una hermosa muchacha con la cual entró en conversacion; pero Miss Macqueen la quitó este recurso, suplicándole que sirviese café á Lord Mortimer. Amanda obedeció, y él se levantó para recibir la taza que ella le presentó con una mano trémula; y aun que no le miró la cara, vió que su mano no estaba bien asegurada, y observó que ponia la taza sobre la mesa y que tenia los ojos bajos. Oyó que Miss Macqueen le dirigia dos veces la palabra sin recibir respuesta; y cuando respondió, fué tan precipitadamente, que parecia despertarse sobresaltado. Miss Macqueen entónces se olvidó como sus hermanas de servir en la mesa. Acabado el té, oyeron en el aposento vecino un

violin tocando una contradanza inglesa. La música puso en movimiento á todo el mundo, y los jóvenes escogieron sus parejas. El jóven Macqueen, que habia tributado tan asíduos cuidados á Amanda, vino á suplicarla, y la conducia á la sala del baile, como si el bailar fuese una accion comun de la vida, de la que no puede uno dispensarse. Con todo ella se escusó, y le declaró que no bailaria. El se quedó algun tiempo incierto si la instaria, y al fin le suplicó que no le mortificase con tal negativa. Mistriss Macquen juntó sus instancias á las de su hijo, pero Amanda se escusó con su dolor de cabeza.

Mi querida Miss, le dijo Mistriss Macqueen probad una sola contradanza; mis hijas pretenden que es el remedio de todos los males. Era penoso para Amanda denegarse; pero no pudiendo apenas tenerse en pié, no estaba en estado de bailar: aun cuando hubiese tenido fuerzas para ello, no podia soportar el pensamiento de que bailando se acercaria á Lord Mortimer, cuyas miradas no podia encontrar sin una violenta conmocion. Como ella se resistiese siempre, una de las Miss Macqueen vino corriendo al aposento: Qué

haceis ahí, hermano mio? gritó, venid pues; y se marchó.

No os detengaís mas tiempo, dijo Amanda al jóven Macqueen. Este encontrándola inflexible, fué á buscar otra pareja. Mistriss Macqueen propuso entónces á Amanda ir á la sala del baile, donde se divertiria con el espectáculo sin fatigarse. Amanda hubiera querido dispensarse, peró se creyó obligada á ceder. Lord Mortimer acababa de bailar una contradanza, y estaba en pie cerca de la puerta en actitud reflexiva. En el momento en que vió entrar á Amanda se acercó á su bailadora, y continuó con ella una conversacion muy animada. Amanda se sentó al lado de Mistriss Macqueen, cuya conversacion le quitó insensiblemente sus tristes pensamientos. Manifestaba á Amanda el placer que una alma sensible esperimenta al espectáculo de la felicidad doméstica, tal como la disfrutaba ella, diciéndole: tengo que dar muchas gracias al cielo por la felicidad de que os hablo. Vos nos veis ahora en un momento de la mayor satisfaccion, por que mis hijos estan en nuestra compañía, pero jamas estamos tristes. El verano es delicioso para nosotros, pero ni aun en invier-

no conocemos el tedio. Gustamos de la diversion, pero no de la disipacion. Por la mañana nos entregamos á ocupaciones útiles, y por la tarde á nuestros placeres. Todo el manejo y conducta de la casa está en manos de mis hijas, y ellas se trabajan todas sus modas. Con la ayuda de nuestros corteses vecinos con quienes nos reunimos, nos hallamos en setado de variar mucho nuestras diversiones. El baile, el concierto y la comedia se suceden unos á otros. Dos años hace que mis hijos representaron el *Winter's tale*; su pobre Padre no estaba entónces en el estado de enfermedad en que le veis; aqui ella suspiró y se detuvo un momento, y en seguida prosiguió: la edad lleva consigo las enfermedades, pero debo un grande reconocimiento á la Providencia, que de los males á que está sujeta la naturaleza humana, solo me ha hecho sentir aquellos que el tiempo trae consigo. Mr. Macqueen tenia entonces toda su vivacidad. Representaba el papel de Amanda, y yo el de Paulina, y mezclándonos así en las diversiones de nuestros hijos, hemos añadido á su amor y respeto por nosotros la confianza y la estimacion. Ellos no encuentran completos sus placeres si

nosotros no somos partícipes de ellos. Ahora estan ocupados en preparar *the Gentle Shepherd* (el amable Pastor). En estas ocasiones mi hijo mayor es el director de la comparsa, otro hace las decoraciones, y el que os ha pedido para bailar es el apuntador. Esta conversacion que interesaba á Amanda, fué interrumpida; viniéron á decir á Mistriss Macqueen que el último *robber* se habia acabado, y que se necesitaban carlas.

Yo volveré lo mas presto qne podré, dijo Mistriss Macqueen dejaudo el aposento. Si Amanda no hubiera temido las miradas de Lady Martha, tanto como las de Lord Mortimer ó de Lady Araminta, habria seguido á Mistriss Macqueen al salon; ella pues permaneció donde estaba. y se pasó algun tiempo. sin que se percibiese que estaba sola Mis Macqueen se le acercó, y le dijo: vos estais sola y triste, probad de bailar una contradanza; la que ahora tocan es muy hermosa.

Amanda rehusó esta nueva instancias y llamada Miss Macqueen á ocupar su puesto, la dejo otra vez sola. Con todo venia de cuando en cuando, todas las veces que podia dejar el baile, á

decir una palabra á Amanda. Al fin Lord Mortimer la siguio. Amanda bajó los ojos cuando se acercó. Mortimer dijo á Miss Macqueen: Vos nos dejais sin cesar, y creeis que pueda perdonaros vuestrar frecuentes deserciones? O! dijo Miss Macqueen, está tan abandonada Miss Donald! Ved, replicó él vivamente, que vuestra hermana os hace señal de volver; permitidme que os acompañe.

Amanda los miró cuando se alejaban de ella, y conoció que Mortimer volvió la cara; pero al instante que vió que ella lo observaba, cesó de mirarla. Cuando se hubo acabado la contradanza, Miss Macqueen volvio al lado de Amanda con algunos de sus hermanos y hermanas. Se sirvió con profusion vinos, pastas y limonada caliente, y el víolin fué reemplazado con una gaita de las montañas de Escocia, tocada por un criado antiguo de la casa vestido á lo montañés. El ejecutaba una sonata de baile escoces con gran satisfaccion suya y de sus compatriotas. La gaita hizo entrar en danza á dos Miss Macqueen y dos jóvenes de la sociedad que la continuaron hasta que la politica les obligó á hacer tocar otra tocata, en cuyo baile pudiese mezclarse el resto de la

sociedad. El baile continuó así por largo tiempo, y en los intervalos los jóvenes Macqueen manifestaron á Amanda toda suerte de atenciones; y sobre la admiracion que mostraba por la música escocesa, le preguntaron qué tocatas le gustaban mas, y las hicieron tocar; pero ni todas estas complacencias, ni el baile ni la música, ni la vivacidad de la conversacion, pudiéron levantarla de su abatimiento, ni endulzar las penas de su corazon.

La vuelta de Mistriss Macqueen hizo cesar el baile; y quiso que los jóvenes descansasen un poco ántes de ir á cenar. Ella se escusó con Amanda de no habar vuelto, diciéndole que Lady Martha Dormer la habia empeñado en una conversacion que no habia podido interrumpir. Al fin avisaron para la cena. Mr. Macquen fué conducido á la mesa en su misma silla; Lady Martha colocada á su derecha, y Amanda se encontró entre Lord Mortimer y el jóven Macqueen que le habia hecho la corte mas continuamente, y al otro lado de Mortimer Miss Macqueen. Amanda conversaba con el hermano de esta para evitar así entretenerse con Lord Mortimer, el cual por su parte se ocu-

pó con Míss Macqueen por un motivo del todo semejante. La caza de la mañana habia proveido la mesa de sus resultados. La abundancia y el buen gusto se mostraban en servirla, la alegría reinaba en todos, y apenas habia un convidado, á quien no se le escapase alguna agudeza. En el discurso de la cena Lord Mortimer se vió obligado por su turno al ejemplo de todos á beber á la salud de Amanda. Obligada á volver los ojos hácia él, su corazon se oprimió, cuando cogió una espresiva mirada, en el momento que pronunció el nombre de Miss Donald. Incierta si habia contestado segun costumbre á sus cumplimiento, se volvió al jóven Macqueen, y le hizo algunas preguntas, que apenas él pudo entender. Al fin llegaron á las canciones y á los brindis; Mr. Macqueen el Padre dió ejemplo con una cancion escocesa, y convidó á su mas próximo vecino á hacer otro tanto despues de él. Entre las canciones llegaron los brindis; y al fin llego el turno de Lord Mortimer. Amanda cesó de entretenerse con el jóven Macqueen, y vió el vaso de Mortimer todo lleno, y al mismo tiempo le vió pronunciar el nombre de Lady Eufrasia Sutherland. El

sentimiento del orgullo ofendido se apoderó de Amanda, y aunque se puso colorada no bajó los ojos ni la cabeza, como habia hecho ántes tantas veces; ella conoció que las miradas de Lady Martha y Lady Araminta estaban fijas sobre ella con una grande atencion. Puede ser que ellas quisieran, se decia á sí misma, ver en mis ojos la humillacion y el dolor de una esperanza engañada; pero ellas no disfrutaron de este triunfo, si en efecto son capaces de disfrutarlo.

Cuando llegó su turno le rogáron que cantase. Ella se escusó algun tiempo, pero Mr. Macqueen dijo, que á ménos que no asegurase que no sabia cantar, no se podia admitir su escusa, seguridad que ella no podia dar sin agraviar á la verdad. Ella no queria ser ingrata con unos huéspedes tan obsequiosos, ni manifestarse insociable en medio de la general alegría, rehusando hacer una cosa que le decian debia ser agradable á toda la sociedad. Un secreto sentimiento de vanidad la conducia tambien á mostrar alguna serenidad delante de unas personas que la observaban atentamente. Así despues de haber vacilado un poco, comenzó un aria sin-

ple y patética de que su Padre gustaba mucho, y que muchas veces habia cantado á Lord Mortimer. Esta aria convenia particularmente á su voz, cuyos caractéres eran la dulzura y sensibilidad. Ella estaba solo á media copla cuando su voz se debilitó, y volvió trémula. La compañía redobló su atencion, pero fné sin fruto; pues la voz de la cantora se estinguió del todo. Mistriss Macqueen, con su delicada atencion, temiendo aumentar la turbacion de Amanda observándola demasiado, hizo señal á la compañía para obtener un profundo silencio. Amanda bajó los ojos: una mano mal asegurada le presentó un vaso de agua, y era la de Lord Mortimer misma. Ella hizo señal que no lo necesitaba. El jóven Macqueen, hablándole al oido la instó á que acabase su cancion. Ella creyó que tendria algo de afectacion si esperaba que la solicitasen de nuevo; y sonriéndose ella misma de su embarazo, continuó su aria, y cantó con tanto gusto y acentos tan penetrantes, que su voz parecia llevar al oido atento una impresion semejante á la que hace al olfato el aire oloroso que ha pasado sobre un campo de violetas.

Los aplausos que recibió, diéron á

sus mejillas un color de rosa pálida. A ella tocaba requirir á otro convidado que cantase, y por el turno era Lord Mortimer. Tres veces le dijéron que instase á Lord Mortimer ántes que se determinase á ello; al fin ella lo avisó levantando sus ojos hacia él, y vió en su semblante el mismo embarazo que ella acababa de sufrir. Poniéndose pálido, y luego encarnado, parecia buscar y llamar su voz sin poder encontrar el tono. Sus labios se movian sin poder articular palabra; y pareciendo suponer que se habia admitido su escusa, se puso á conversar con su vecina Miss Macqueen.

Vamos, Mylord, dijo Mr. Macqueen, no os podemos dispensar de pagar el tributo. Lord Mortimer probó al principio escusarse chanceándose; pero instando fuertemente el viejo Señor, tomó de repente un aire muy serio, y declaró que verdaderamente le era imposible cantar en este momento. Desde entónces cesáron de instarle. En el discurso de los brindis no se olvidó de hacer dar el suyo á Amanda. Como ella habia escuchado con grande atencion el nombre dado por Mortimer, este á su turno esperaba con inquietud el que ella propondria. Ella titubeó un momen-

to, y nombró á Sir Cárlos Bingley. Despues de los brindis, Miss Macqueen dirigiéndose á Amanda: Sir Cárlos Bingley? O! me acuerdo muy bien de él. Su regimiento estaba de cuartel en la vecindad habrá cosa de dos años, y me acuerdo que en una partida de caza con algunos de sus camaradas, vino aquí á pasar la noche: bailámos toda la velada, y lo hallámos todas muy amable. Le conoceis mucho? Sí y no, respondió Amanda. Ah! esclamó Miss Macqueen, creo que vos sois muy astuta. Os suplico me digais, Mylord, su rubor no la vende?

No es menester juzgar siempre por la fisonomía, respondió Mortimer arrojando sobre Amanda una ojeada penetrante que desvió en seguida. La esperiencia prueba que este medio no es siempre seguro. Amanda se puso á hablar con el jóven Macqueen, para dar á entender que no habia oido las palabras de Mortimer que eran dirigidas únicamente contra ella, y que no era sino una escepcion de lo que él le habia dicho muchas veces, que se leian en las facciones de la cara del hombre los movimientos de sus pasiones.

Miss Macqueen pretendió que la re-

gla era infalible y el medio seguro; y que ella se decidió siempre sobre el carácter de las gentes á la primera ojeada.

La sociedad se separó poco tiempo despues de haber cenado mas que por costumbre, en consideracion á los que viajaban. Habiendo salido del salon todos los forasteros, compareciéron algunas criadas para acompañar á las damas á sus aposentos. Mistriss Macqueen detuvo á Amanda para procurar empeñarla á que pasase dos ó tres dias con ella, y sus hijas se lo instáron tambien; pero Amanda dándoles gracias con la mayor sensibilidad de su cortés ofrecimiento, les dijo que era verdaderamente imposible ceder á sus instancias. Y bien! dijo Macqueen el padre tomándole la mano, si vos no quereis quedaros con nosotros mañana, á vuestra vuelta á lo ménos nos indemnizaréis, sin lo cual os haré detener á vuestro paso. Pero miéntras lo espero, no quiero perder el privilegio que la edad concede á un casado viejo; y hablándola de este modo la atrajo á sí poco á poco, y la besó en una mejilla; ella se sonrió de esta inocente libertad, y procuró retirar su mano. Ahora con toda la gota soy un objeto de envidia para todos estos jóvenes.

Sus hijos añadiéron muchas chanzas á las de su Padre. Lord Mortimer solo guardó silencio apoyada la cabeza sobre su mano, y el codo sobre una mesita de la chimenea. Sus desordenados cabellos hacian mas notable su palidez y abatimiento. Uno de los jóvenes de Macqueen le dirigió una vez la palabra inútilmente, pues no respondió, y á la repeticion de la pregunta salió sobresaltado de su meditacion, y dió algunas escusas de su distraccion.

Mylord, le dijo Macqueen el padre riendo, nosotros adivinamos todos los paises donde se transporta vuestra imaginacion. No es mas allá de estas montañas? Sabemos donde está vuestro tesoro, y de consiguiente donde está vuestro corazon. Vos lo sabeis, dijo Lord Mortimer con un profundo suspiro, un aire y un tono que podian hacer creer que no sabia lo que se decia. Al fin se repuso un poco, y él mismo se chanseó para salvarse de los chistes que le dirigian. La escena era penosa para Amanda, al fin retiró su mano de las de Mr. Macqueen, y deseando á todos una buena noche, siguió á la criada que la esperaba en el corredor, y la condujo á su aposento. A la puerta

de él despidió á la criada, y arrojándose en una silla de brazos iba á aprovechar la soledad para dar curso libre á sus lágrimas, cuando oyó golpear á la puerta poco á poco, y creyendo que era una de las Miss Macqueen enjugó sus ojos y se fué á abrir. En lugar de la que habia creido encontró á una camarera que, hablándole con un modo muy respetuoso, le dijo que su señora Lady Martha Dormer deseaba verla un momento. Verme! dijo Amanda con estrema sorpresa. Es posible? Pero luego detuvo sus espresiones de admiracion, y dijo que iba á trasladarse al cuarto de Mylady. Siguió á la camarera asaltada por una multitud de ideas estrañas. Hiciéronla entrar en un aposento, en donde encontró á Lord Mortimer que caminaba con largos pasos, pareciendo agitado fuertemente. Estaba este de espaldas á la puerta, y cuando entró se volvió, la miró un momento, y llevando la mano á su frente fué á sentarse en un rincon del aposento.

Lady Martha estaba sentada en otra parte del aposento, y se contentó con saludar á Amanda con la cabeza, y la convidó á sentarse. Amanda obedeció gustosa, pues apénas podia tenerse en pié.

Despues de un pequeño rato de silencio, Lady Martha le dijo con mucha gravedad: Señorita, yo no me habria tomado la libertad de suplicaros venir á mi aposento en estas horas, si no hubiese creido que este momento me ofrecia una ocasion favorable que me seria difícil volver á encontrar, para hablaros de un asunto que me interesa vivamente.

El verano pasado, continuó Lady Martha despues de una pausa, habeis recibido de Lord Mortimer algunos presentes. Los acaecimientos sucedidos despues de esta época, dan motivo á creer que no os son de estima ni valor, y aquellos para quienes se disponen los harán útiles. Ella calló, y Amanda no respondió cosa alguna.

Vos sin duda no ignorais, añadió Lady Martha con un tono mas severo, como ofendida del silencio de Amanda, que quiero hablar del anillo y retrato que habeis tenido de Lord Mortimer. Siendo el anillo una joya que he destinado en todo tiempo á la esposa de Mortimer, os la pido en mi nombre. En cuanto al retrato estoy autorizada tambien por Mortimer para recobrarlo; el cual, para convenceros que esta es

su intencion; ha tomado el partido de hallarse presente á nuestra conversacion, si su presencia era en efecto necesaria para persuadiros.

No, señora; este medio de ningun modo era necesario, gritó Amanda; y yo habria.... No pudo ella acabar la frase asaltada por una multitud de sentimientos estraordinarios.

Si vos no podeis volvérmelo ahora, dijo Lady Martha, os daré un conducto por donde podais dirigirlo á Lóndres, puesto que vais allá segun me ha dicho Mistriss Macqueen.

Nada se opone á que os lo vuelva aquí al momento, contestó Amanda que habia recobrado alguna serenidad, animada con el testimonio de una conciencia pura, y con el sentimiento de su ofendida vanidad. Voy á mi aposento, dijo ella adelantándose hácia la puerta, y os lo traeré.

El retrato lo tenia pendiente de su cuello y oculto en su seno, y el anillo estaba en su bolsa dentro de un estuche. El modo con que le habian pedido uno y otro, causándole crueles agonías; le hacia encontrar algun placer en poderlo devolver al instante. Con todo llegada á su aposento, cuando desprendió

el retrato de su cuello para ponerlo en su caja, el dolor tuvo ascendiente sobre todos los otros sentimientos, y corriéron de sus ojos un torrente de lágrimas.

O Mortimer! decia, querido Mortimer! yo debo pues separarme aun de vuestra imágen! no puedo conservar vestigio alguno de los felices momentos que hemos pasado juntos! Pero, por qué esta pasion á un retrato, cuando la realidad no está mas en posesion mia, y que si vuelvo jamas á ver á Lord Mortimer, solo lo veré esposo de Lady Eufrasia?

Ella sin embargo pensó que el tiempo se pasaba, enjugó sus lágrimas y procuró calmar su agitacion. Llamó á su orgullo en su socorro, que le dió en efecto algun ánimo, y volvió á Lady Martha, determinada á no dejar ver, si era posible, flaqueza alguna.

Puede ser que jamas habia parecido mas interesante que en el momento en que volvió á entrar en el aposento de Lady Martha. Sus mejillas estaban coloradas, y los vestigios de las lágrimas que acababan de mojarlas, se mostraban como gotas de rocío sobre las ojas de la rosa, ántes que el sol las haya secado. Sus ojos húmedos tenian un brillo mas dulce; sus cabellos

abandonados á sí mismos (pues se habia quitado el sombrero al entrar en su aposento) y esparciéndose con toda abundancia á su alrededor, realzaban la belleza de su fisonomía, y la alegría de su aire.

Aquí está, Mylady, dijo al entrar, el anillo, y no pudo añadir el retrato, aun que lo presentó al mismo tiempo; pues la voz le faltó, y saltó una lágrima de sus ojos. Determinada á ocultar, si le era posible los sentimientos de que estaba agitada, se apresuraba á alejar de sí esta prenda tan querida, y Lady Martha estendia la mano para recibirla, cuando levantándose de repente Lord Mortimer de donde estaba sentado, lo quitó de la mano trémula de Amanda, lo sacó del cajoncito, y arrojándolo en tierra lo holló con sus pies esclamando: así perezcan todas las memorias de mi pasion por Amanda! O desgraciada muchacha! añadió tomándole la mano con afecto y retirándola en seguida; vos misma os habeis perdido para mí! Al mismo tiempo se salió del aposento. Espantada Amanda de este movimiento y de las palabras que lo habian acompañado, solo tuvo tiempo de dejarse caer sobre una silla, pues no podia sostenerse. Lady Martha herida como de un rayo per-

maneció inmóvil, cuando le llamaron la atencion los gemidos convulsivos de Amanda. Ella se le acercó, le frotó las sienes con agua de alhuzema, y le dió un vaso de agua. Estas atenciones reanimáron á Amanda, y sus lágrimas contribuyéron tambien á aliviarla. Ella quiso volverse á levantar del asiento en que estaba, pero no se halló aun en estado de tenerse en pié.

Pobre muchacha! dijo Lady Martha, vos me inspirais la mayor compasion. Ah! si vuestra alma se hubiese parecido á vuestra figura, qué criatura tan perfecta seriais, y cuán feliz habria sido mi pobre Mortimer con vos!

Este era el momento de la mas dura prueba para la virtud de Amanda, desesperada con el pensamiento que iba á quedar perdida su opinion en el concepto de unas personas que amaba con tanta pasion, y estimaba tan profundamente. Sabia que podia en un momento y en muy pocas palabras esplicar en su favor las apariencias que le habian hecho perder su estimacion, y ganar otra vez plenamente el afecto de Mortimer, y la proteccion y amistad de su respetable tia y de su amable hermana. Tenia la cabeza apoyada en la

mano, y habiéndose disminuido su opresion, esclamó: Yo puedo dar tales pruebas de mi inocencia.... Aquí se detuvo sin decir otra palabra mas, sus lábios se cerráron, y su semblante se cubrió de una palidez mortal. La idea de un suicidio se le presentó con todo su horror. Ella creyó de nuevo la terrible y solemne amenaza que le habia hecho Lord Cherbury de no sobrevivir á la vergüenza de ver descubierto su secreto, y la promesa que le habia hecho de guardárselo inviolable. Ella se veia en el borde de un abismo donde estaba dispuesta á caer arrastrando en su caida á una criatura humana, cuya muerte habria apresurado, y cuyo crímen podia serle reconvenido al tribunal de Dios. En fin se preguntaba á sí misma. ¿Es por una violacion de mi promesa que pretendo volver á ganar la estimacion de Lord Mortimer y de sus parientes? Ah! es una falsa mira. Y suponiendo que por una falta semejante á la promesa pudiese restablecerme en su concepto, qué es su estimacion si pierdo la de mi propio corazon? O! no, se decia á sí misma levantando los ojos al cielo; no, jamas añadiré los remordimientos de mi conciencia á los demas

sufrimientos mios. Lo he prometido al cielo, jamas mereceré mis desgracias por una accion vituperable y voluntaria. Perdonad, mi Dios, á vuestra débil criatura asaltada por tan fuerte tentacion, el haber balanceado un momento á permanecer en el camino de la justicia y de la fidelidad á sus promesas, el solo que puede conducir á la mansion donde la paz y la felicidad eterna serán la recompensa de la virtud.

Amanda en medio de estas grandes conmociones, olvidaba que era observada, y solo pensaba que estaba á los ojos del Ser todopoderoso, á quien ella pedia perdon de su debilidad, y al mismo tiempo la fuerza de seguir la voz de la virtud. Lady Martha habia observado en silencio todos sus movimientos, pero prevenida como estaba contra Amanda, solo creyó ver la espresion de sus remordimientos por su conducta pasada, renacidos por las privaciones y sacrificios que acababan de exigir de ella.

Cuando vió á Amanda en estado de oirla, le dijo: estoy muy afligida por vuestras penas; yo no os repetiré que veo con satisfaccion que son el objeto de vuestro arrepentimiento por vuestras pasadas faltas: un tal arrepentimiento los

espía, y seria menester tener un corazon muy duro para no estar penetrado de compasion y dispuesto á la indulgencia á la vista de los remordimientos que manifestais. A estas palabras Amanda fijó la vista á Lady Martha, y sus mejillas volviéron á tomar sus colores animados.

Puede ser, dijo Lady Martha notando el color de Amanda é imputándolo á resentimiento, que os hablo con demasiada franqueza; pero yo no sé disimular. Yo habia sabido con gusto que os habiais colocado con Mistriss Duncan; pero esta satisfaccion ha sido destruida, cuando me han dicho que ibais á Lóndres para descubrir el paradero de vuestro hermano. Si este es en efecto el motivo de vuestro viage, teniais medios de hacer esta averiguacion sin dar un paso tan imprudente.

Imprudente! repitió Amanda. Sí, dijo Lady Martha, un tal viage tiene muchos peligros, de que con delicadeza una jóven, y debo añadir hermosa, debe amedrantarse. Si realmente vais á buscar á vuestro hermano, y este tiene por vos todos los respetos de amistad que os debe, seguramente preferirá que lo olvideis que veros espuesta, corriendo tras él, á toda especie de insultos. No

hay circunstancia alguna en la vida que deba hacernos violar las leyes de la decencia y de la prudencia. Es una impiedad pretender producir el bien haciendo mal; y es una locura buscar el placer por la imprudencia: estas son acciones que algunas veces prometen sucesos lisongeros, pero que siempre tienen desgraciados y funestos resultados.

Si quereis huir en adelante de la censura de que ya habeis sido el objeto, volveos con Mistriss Duncan, y vos sin duda no vacilaréis cuando yo os noticiaré, si es que vos lo ignorais, que el coronel Belgrave ha pasado por aquí cosa de un mes hace, volviendo de Escocia á Lóndres, donde ahora se halla.

Yo no puedo impedir, dijo Amanda, que se dén malas interpretaciones á mis acciones las mas inocentes; pero yo me consuelo con el testimonio de mi conciencia. En efecto tengo motivos de estar ofendida por las sospechas de que soy el objeto por un miserable que he aborrecido de toda mi alma, desde el momento que he conocido su carácter y sus principios.

Si vuestro viage, dijo Lady Martha, no tiene realmente por motivo la necesidad de ver á vuestro hermano, aña-

deis á vuestras faltas una doblez mui despreciable.

Vos sois mui severa Señora, esclamo Amanda, con el orgullo de la inocencia injustamente condenada.

Si pongo el dedo en la llaga dijo Lady Marta es solo para curarla. Yo no tengo otro deseo que desviaros de cometer otras faltas y salvar de su ruina á una persona que ha sido tan querida de Lord Mortimer, en cuyo nombre os hablo, y á quien yo amo con la mayor ternura. Volved con Mistriss Dúncan, provadnos á lo menos en esta circunstancia de que no mereceis las sospechas de que sois el objeto. Ella es vuestra amiga, y en una situacion como la vuestra una verdadera amiga os es demasiado necesaria y muy preciosa para que podais aventurar á perderla. Como ella vive retirada, correis menos peligro de que vuestra historia y vuestro verdadero nombre sean conocidos en el lugar que habitareis con ella. Cualquiera que sea el motivo que os ha hecho tomar un nombre supuesto es mas sensible para vos que hayais usado de este artificio, pues un engaño hace sospechar otros. Volved, os repito con Mistriss Duncan, y si necesitais que se hagan indagacio-

nes para descubrir á vuestro hermano, decid lo que quereis que hagamos, yo misma me tomaré el cuidado de lá execucion, y os haré saber el exito de mis pasos.

Si Amanda no hubiese tenido otro motivo para hacer su viage á Londres que el deseo de encontrar y ver á su hermano, habria aceptado los ofrecimientos y seguido los consejos de Lady Marta con diligencia feliz de alejar de ella las imputaciones de correr tras de Belgrave, del peligro de encontrarlo á Londres, y los riesgos de tan grande viage; pero el asunto del testamento exigia celeridad y su presencia. Ella no podia confiarlo á otra persona que aquella que debia seguirlo ante los tribunales, y este secreto era aun mas necesario con Lady Marta de la cual podia bien temerse alguna prevencion en favor de la familia Rosline con la cual iba á unir su sobrino, y con esto el testamento despojaba.

Esperaba Amanda que una Ciudad tan grande como Londres, y bajo un nombre supuesto que se determinaba conservar para su mayor seguridad, escaparia de Belgrave. En cuanto á encontrarlo por el camino, ella no tenia temor alguno, pues creia que no habria hecho un tan largo viage, como del interior de

la Escocia á Londres para hacer tan corta mansion en la Capital. El tiempo provará la falsedad de las consecuencias que se sacaban contra ella de su perseverancia en la resolucion de ir á Londres. Ella pues contestó á Lady Marta que le daba gracias por sus obsequiosos ofrecimientos; que la conducta que ella misma se habia trazado, y creia inocencia, se justificaria algun dia, se los hacia inutiles. Siento mucho, dijo Lady Marta, vuestra determinacion; pero aunque no puedo menos de vituperarla, no os puedo dejar partir sin deciros que en cualquier tiempo que tengais necesidad de algunos servicios que no queraís pedir á los estrangeros si que no os podais lisongear de obtener podeis noticiamerlo y contad conmigo. Yo os manifiesto aqui no solo mis intenciones, sino tambien las de Lord Mortimer, y en su nombre tanto como en el mio os hablo asi. Aunque lo que ha pasado entre vosotros, y la nueva situacion en que vá á entrar no le permite intervenir mas en lo que respeta á vos, el no podria sostener el presindir de que la hija del Capitan Fitzalan estubiese en un estado penoso, sin hacer todos los esfuerzos para sacarla de el.

O Señora! esclamó Amanda, conozco los nobles sentimientos de Lord Mortimer, y he sido colmada de sus beneficios. Lady Marta se conmovió de la espresion que Amanda habia dado á estas pocas palabras. Su voz tomó mas dulzura. Las faltas le dijo mi querida hija serian mas reprehensibles en vos que en cualquier otra, pues que no podeis escusaros como otras desgraciadas, en que estan abandonadas de todo el mundo. El arrepentimiento de vuestras faltas pasadas, cualesquiera que ellas hayan podido ser, es suficiente para aseguraros mis socorros y mis cuidados en todas las circunstancias, que tendreis necesidad de ellos, y despues de mi, delegaré á otro este cuidado que lo desempeñará en mi lugar; y en esto no haré mas que satisfacer á las intenciones y sentimientos de Lord Mortimer

Yo os agradezco, Mylady dijo Amanda, levantandose y llamando á su valor el interes que me manifestais. Tiempo vendrá puede ser en que provaré que jamas he sido indigna, y que los buenos oficios que me haceis por compasion á mi situacion, quisieran hacermelos tambien por mi estimacion; entonces la compasion de Lady Marta no me humilla-

rá, y yo aun me honraré con ella por que será el sentimiento generoso de una alma virtuosa que participa de los dolores de la inocencia desgraciada. Y adelantandose acía la puerta oyó que Lady Marta decia: Que triste es ver tanto talento echado á perder por el defecto de su conducta.

Ah Mylady!, esclamó Amanda, deteniendose y volviendose tristemente acia ella, yo os hallo inflexible! Lady Marta, hizo un movimiento de cabeza, y asi como Amanda abria la puerta, Lady Marta le dijo: vos tambien teneis cartas de Mortimer, Amanda hizo señal que sí. Yo creo que es mejor, dijo Lady Marta, que ellas se devuelvan reciprocamente. Enviad las suyas en un paquete cerrado en casa Lord Cherbury á Londres y yo me encargo á haceros remitir las vuestras. Sereis obedecida, dijo Amanda con una voz baja. Lady Marta le dijo que no queria detenerla mas tiempo y se separaron.

Cuando Amanda estubo sola, sus sentimientos que habia contenído tanto tiempo estrellaron con violencia. Su grandeza de animo que le habia sostenido en algunos momentos le llegó á ser de un debil socorro, pues que acordandose de to-

das las circunstancias en que se habia encontrado, no podia menos de conocer que habia habido mas de una que podia autorizar las sospechas de que era el objeto. Ella se veia obligada á perdonar la severidad de Lady Marta, pero las lagrimas que derramaba no eran por ella sola. Lloraba el destino de Mortimer á quien creia tan desgraciado como ella misma. Habia conocido en los accentos y en las miradas del Lord que su pasion por ella era aun toda entera, y tan fuerte y verdadera como siempre. Veia tambien que Lady Eufracia no era suficiente para disipar su tristeza, y borrar de aquel corazon una imágen, que escluiria de el para siempre la paz y la dicha. Agitada por todos los acaecimientos de la noche, no creia poder tomar reposo alguno; pero la naturaleza fatigada lo pedia y cayó en un profundo sueño.

Ella dispertó tarde. Como no habia hecho mas que tirarse sobre su cama vestida, habia tenido frio, y no habia del todo descansado: compuso su vestido y peinado delante de su espejo, y se sorprendió de su palidez. Ella deseaba mucho evitar la sociedad antes de partir, y miraba con inquietud por la ventana si su

silla habia llegado; pero conoció despues, que del apartamento que ocupaba que caia á la parte de otras, y no podia verlo. No oia ruido alguno, y sacó por consecuencia que no se habrian aun levantado los de casa. La ventana de su aposento daba en un jardin espacioso dominado por alturas pintorescas que abrigaban á los jóvenes y hermosos plantados que circuian el jardin de los vientos frios: pero ni estas alturas cubiertas aun de niebla, ni los varios colores que el otoño esparce sobre las campiñas, ni el buen gusto y propiedad del jardin pudieron distraer á Amanda. Su paciencia al fin se cansó y abrió la puerta para ver si oiria algun movimiento en la casa, y en efecto oyó voces y pasos en el patrio; con esto bajó y encontró al joven Macqueen que despues de haberle dado un político y afectuoso buen dia, la conduxo en una sala, donde halló solamente la familia y todos los forasteros que habian pasado la nonoche en la casa, sino tambien otros caballeros de la vecindad. El Doctor Johuson ha celebrado los desayunos escoceses; aquel en que presidia Mistriss Macqueen y sus hermosas hijas no era menos notable que los que el habia visto.

A mas del chocolate, del te, del café y demas anexo, las tortas, las confituras y pastas, de toda especie, cubrian la mesa el jamon y los pollos. Los manteles estaban sembrados de hierbas odoriferas, y de flores campestras cogidas al pie de las Montañas y cada convidado tenia un ramillete de flores con pequeños lemas francesas de amor y amistad que abrian y se leian con grande alegria de toda la sociedad.

Cuando Amanda llegó, Mistriss Macqueen la dijo que en aquel mismo punto iba á embiar una de sus hijas para hacerla bajar; lo que ya habria hecho antes, si no hubiese temido no dejarla tiempo suficiente para descansar de las fatigas del dia anterior.

Amanda le dijo que ya hacia rato que se habia levantado esperando el carruage que debia conducirla: yo tube cuidado ayer de hacer venir vuestro carruage, dijo Mistriss Macqueen, pero no he querido que nos dejaseis antes de haberos desayunado con nosotros. Amanda se halló entre el joven Macqueen que le habia obsequiado el dia anterior y su hermana mayor: ella procuró conversando con el primero, hurtarse de los ojos de Mortimer; pero estaba conmovida tan

fuertemente por su voz como por sus miradas.

Os suplico Lady Marta, dijo una de las Miss Macqueen que salgais garante de la promesa que acabo de conseguir de Lord Mortimer. Querida mia, respondió Lady Marta, es preciso que primero sepa cual es esta promesa.

Mylady puede bien dudar de ello, respondió la jóven Miss, son unos guantes y los pequeños regalos de boda, que me ha prometido, y os juro que contra toda su voluntad Amanda se vió obligada á dejar sobra la mesa la taza que llevaba á sus labios, y arrojó involuntariamente una mirada á Lord Mortimer que apartó luego que se encontró con sus ojos. Y protesto, continuó Miss Macqueen, que los recibiré con mucho gusto y reconocimiento.

A mi solo toca, dijo Lord Mortimer, afectando alegria, lisongearme de ofrecéroslo. Vos podeis estar seguro Mylord, dijo uno de las jovenes Macqueen, que por el favor que la hareis, ella no descuidará de haceros otro igual.

En esto, dijo uno de los convidados, ella se parece á todas las muchachas. Que pensais de esto dijo á Amanda el joven Macqueen que estaba á su lado. Aman-

da muy turbada ocultaba muy mal en agitacion y tartamudeo algunas palabras. Las muchachas respondieron á la pregunta alegremente, y aliviaron á Amanda.

Acabado el desayuno, Amanda estaba impaciente por partir, y sin embargo no tenia valor para levantarse la primera ellá parecia atada por un encanto al lugar en que veia á Lord Mortimer por la última vez, ó á lo menos lo veia por última vez antes que fuese Esposo de otra.

Su temor de hallarse tarde en el camino, pues tenia que hacer mucho antes de llegar donde debia pernoctar, triunfó al fin de su repugnancia á levantarse, y dijo al joven Macqueen que era tiempo de que ella partiese. Al mismo tiempo Lord Mortimer se levantó y propuso á los hijos Macqueen ir á ver con ellos los nuevos plantados que habian hecho detras de la casa, sobre los cuales queria su padre sobre su opinion.

Todos los hombres escepto el joven Macqueen acompañaron á Lord Mortimer, y antes de salir desearon un buen viage á Amanda.

Esta permaneció taciturna y triste sobre la silla algunos minutos despues de haberse marchado todos; y cuando se levantó para salir Mistriss Macqueen se

la llevó á una ventana, y la suplicó de nuevo que pasase aun algunos dias con ellos. Amanda se escusó como habia hecho hasta entonces manifestándole todo su reconocimiento por la acogida que habia recibido Mistris Macqueen la díjo que esperaba tener mas fortuna cuando Amanda volveria á Escocia. Algunos de sus hijos la habrian acompañado algunas millas, si antes de su llegada, no hubiesen prometido acompañar á Lord Mortimer hasta la posada donde iba á detenerse para comer y tambien ellos querian comer con él. Ella se iba á escribir aquel mismo dia á Mistris Duncar para darle gracias de haberle hecho conocer una persona tan amable: conocimiento que era una verdadera adquisicion para su familia. Habiendo Amanda recibido un tierno á Dios de una amable muger y de sus hijas, les hizo su reverencia é igualmente á Lady Marta y Lady Araminta las cuales se la devolvieron con mucha frialdad.

Ella se apresuró á bajar al vestibulo seguida de dos de los Miss Macqueen, pero tuvo mucha pena viendo á Lord Mortimer detenido á la puerta con el joven Macqueen que habia ido á ver si estaba dispuesta la silla de posta, y con

otro de sus hermanos. Ella se habria metido prontamente en el carruage si no la hubiesen detenido los obsequios de los jovenes.

Mylord, preguntaron las Miss Macqueen á Lord Mortimer, que habeis hecho de todos los hombres que os han acompañado? Preguntadlo, respondió Mortimer á vuestro hermano que los ha encerrado en el invernadero. Esta era una travesura de los Jovenes Macqueen que se complacian á jugar estas partidas. Las dos Miss para disfrutar del embarazo de los prisioneros partieron con sus hermanos suplicando á Amanda que no se fuese hasta que habiendo vuelto. Sus suplicas no habrian detenido á Amanda que tenia necesidad de salir de la penosa situacion en que se hallaba, y ella habria montado á la silla, si el postillon no hubiese estado tan lejos ó hubiese podido llamarle. Entonces oyó una voz que tenia gran poder sobre ella, esclamarse: Amanda y Mortimer á su lado que juntando sus manos con espresion repetia: Amanda en que situacion os veo! que escena tan dolorosa la que sufristeis ayer! Yo estoy ahora á la desesperacion, pues á pesar de todo lo que ha pasado no puedo quereros mal alguno. Yo siento to-

das vuestras penas: Os perdono de todo mi corazon la que me habeis causado, y la desgracia en que me habeis precipitado. Yo derramo sobre vos lagrimas de indulgencia y de compasion.

Conmovida Amanda mas ella de toda espresion, cubria su cara para ocultar las lagrimas que la inundaban. Dadme el consuelo de oir, continuó Mortimer, que vos me perdonais la pena que os ha causado la escena de ayer noche. Que yo os perdono! repitió Amanda, Ah! Mylord, y su voz se estinguió en sus labios. Ah! quiera el cielo, añadió Lord Mortimer; quiera el cielo que seais feliz! feliz! replicó Amanda. O! jamas, jamas en este mundo; y levantó al cielo sus ojos inundados de lagrimas.

A este momento los Macqueen volvieron con los prisioneros que habian librado. Amanda hubiera querido partir luego, para esconderse de sus miradas, pero el postillon estaba lejos y su voz era muy debil para hacerse oir de el Lord Mortimer teniendo lastima de su situacion abrió la puerta, y tomando con una mano mal asegurada, la mano tremula de Amanda la conduxo hasta el carruage. Alli habiendo abierto la puerta, apretó la mano de Amanda entre las suyas, la

ayudó á subir llamó al postillon, que al fin llegó, y estaba ya en la silla cuando llegó toda la comitiva. Que contraste entre la juventud, alegre, brillante de salud y regocijo, y en la mas feliz situacion, con el obandono, la soledad y abatimiento de Amanda! Asi como iban llegando, queriendo Mortimer ahorrar á su querida y desgraciada Amanda la pena de ser aun observada en la grande agitacion en que se hallaba, hizo señal al postillon que partiese, y partió.

Asi dejó Amanda la morada de Macqueen, donde raras veces antes de ella habia entrado el dolor sin encontrar algun alivio; donde el estrangero, el pasagero, y el pobre estaban seguros de la acogida, benebolencia y hospitalidad, y unos dueños ofrecian el espectaculo de la felicidad tal como se puede hallar sobre la tierra. Amanda al salir vió los sumtuosos equipages de Lord Mortimer y Lady Marta, pero apartó luego los ojos al pensar que iban á contribuir á la pompa del casamiento de Lady Eufracia. Ella prosiguió su viage sin que le sucediese cosa notoble. Llegó á Londres por la tarde, y se fué apearse en casa Mistriss Caunel en Bond-Street.

CAPÍTULO X.

Habiendose detenido el carruage á la puerta, Amanda bajó de el, y entró en la botica, donde con inesprimible satisfaccion el primer objeto que se le presentó á la vista fue Miss Rusbrook sentada á un tablero en actitud pensativa. Esta se acordó al momento de Amanda y levantandose con diligencia, y tomandola por la mano esclamó: Ah! mi querida Señora; qne agradable sorpresa! cuanto he deseado volveros á encontrar para manifestaros todo mi reconocimiento Esta obsequiosa acogida, y el inesperado encuentro de Miss Rusbrook prometian á Amanda que sus proyectos sobre Rusbrook no encontrarian obstaculos y que el mismo haria conseguir el negocio de que se proponia encargarle. Ella volvió á Miss Rusbrook los testimonios de afecto que recibia, y le preguntó noticias de su Padre. Sus preguntas parecieron dar alguna pena á Emilia que manifestó en sn respusta una turbacion tal que Amanda no se atrevió á repetirlas. Mistriss Caunel no estaba alli, y Amanda pidió permiso para varla si estaba en

casa. Miss Rusbrook fue al momento ó buscarla en una sala detras de la botica y vino con ella. Era esta una Irlandesa pequeña, pero con muchas carnes, que no era muy joven pero gustaba de todos los regocijos de la vida. Mi querida Señora, dijo á Amanda, saludandola que seais bien venida. Yo estoy muy contenta de volveros á ver despues de haber tenido antes una sola vez este gusto; pero desde entonces he oido alabaros sin estar por la boca de esta jovon Amanda le dió gracias; pero estaba demasiado ocupaba eu el objeto de su visita para hablar de ninguna otra cosa. Ella dijo á Mistriss Canuel que venia de un condado lejano, donde habia dejado sus amígos; y que no queriendo ir á vivir en casa de gentes que le fuesen absolutamente estrañas habia desmontado en su casa con la esperanza de encontrar en ella posada.

Mi querida Señora, dijo Mistriss Cannel, yo seria feliz en recibiros, pero mi casa esta toda llena. La pena que hizo á Amanda una denegacion tal la volvió muda por algunos momentos é iba á pedir á Mistriss Cannel que le indicase alguna casa en donde pudiese irse á alojar recomendada por ella, cuando Miss

Rusbrook habiendo dicho una palabra al todo de Mistriss Connel oprobando esta con una señal con la cabeza lo que acábaba de oir añadió. Puesto que vos temeís tanto ir á alojaros en casa de gentes que no os conozcan, lo que prueba vuestra prudencia á todos los que saben cuan malvados son los hombres, Miss Emilia dice que si os dignais aceptar la mitad de su pequeña cama hasta que os podais procurar un alojamiento mas comodo, os recibirá en ella con el mayor placer, é yo haré por vos cuanto dependera de mi para haceros agradable la casa.

O si, yo acepto este ofrecimiento con mucha alegria y reconocimiento, esclamó Amanda. Un pequeño rincon en una casa tan agradable será para mi un asilo mas acomodo que un palacio, donde solo encontraria personas que me serian estrañas. En seguida retiraron su maleta del carruage. Veo Señora dijo Mistriss Connel, leyendo en el sobre el nombre supuesto de Miss Donald, que vos sois Escocesa aunque no tengais el accento de tal. Ah! dijo Emilia, hasta ahora yo habia ignorado vuestro nombre.

Amanda estuba muy contenta de lo que oia, resuelta como estaba de no darse á

conocer bajo su verdadero nombre, hasta que estubiese asegurada que Rusbrook quisiese encargarse de sus negocios. La hicieron pasar á una sala amueblada con propiedad, y que comunicaba con la botica por una puerta con cristales, Mistris Connel atizó el fuego y preguntó á Amanda lo que queria para comer. Si hubieseis llegado la dijo ella dos horas antes os habria dado un escelente pedazo de ternera. Amanda protestó que no tomaria nada hasta la hora del té.

Muy bien, dijo Mistriss Connel, vos tendreis luego una buena taza de té, y una torta bien calienta. Yo tambien gusto mucho del té, aunque el pobre Mr. Connel, que Dios tenga en el cielo, me repetia sin cesar que vaporosa como era no debia jamas tomarlo; pero, añadia riendose el pobre hombre, mi querida Brigitte, vos y todo vuestro sexo os pareceis á vuestra Madre Eva, que no podeis resistir á la tentacion de comer del fruto vedado.

Emilia se retiró, y un momento despues volvió con su sombrero y mantilla diciendo á Amanda que debia salír para ir á ver á su Padre y Madre, y solo una razon semejante podia determinarla á privarse del gusto de estar con ella

Amanda le dió gracias, y la dijo que no gustaba incomodarla en nada.

Despues que hubo salido, Mistriss Connel dijo á Amanda: yo os aseguro que esta muchacha os ama tiernamente. Yo estoy muy contenta de ello, respondió Amanda, pues la encuentro muy amable.

Lo es en efecto, dijo Mistriss Connel su solo defecto es ser demasiado seria para su edad. Es verdad que uno no debe admirarse de ello, atendida le situacion de su Padre. Yo espero, contestó Amanda que no es tan mala como estaba. No tan mala! repitió Mistriss Connel, ella no puede ser peor. El pobre capitan está preso, mas de un año há.

Yo lo siento mucho, dijo Amanda. Se ha hecho algun paso en su favor con Lady Groystock desde que está preso? con Lady Groystock ¡Buen Dios! esclamó Mistris Connel. Uno podria dirigirse con tanta esperanza del exito á alguna de estas feraces bestias que se guardan en la torre. Pobre Señor! sino hubiese tenido otro socorro que el de ella, tiempo ha que seria de carga á nadie. Hace cerca de catorce años que le vi por la primera vez. Mi pobre marido difunto, y yo teniamos una botica en Dublin don-

de se hallaba su regimiento de guarnicion. El se habia alojado en nuestra casa en la que Mistriss Rusbrook parió. Durante su mansion se trabó amistad entre nosotros; y despues nos dejaron pára ir á América. Poco tiempo despues, un pariente de mi Marido propietario de esta casa y tienda, habiendo perdido su muger reducido á si mismo y sin hijos, nos propuso venir á vivir con el, prometiendonos si aceptabamos su proposicion de asociarnos en su comercio, y dejarnos sus bienes despues de su muerte. No se presentan todos los dias ofrecimientos semejantes, de manera que nosotros le tomamos la palabra. Poco tiempo despues que estabamos juntos el pobre hombre murió, y luego le siguió mi Marido; al principio estube muy triste y desconsolada pero pensando que la religion nos prohibe dejarnos abatir demasiado del dolor, tomé animo y procure vivir. En fin para abreviar os diré que ha cosa de seis años que Mistriss Rusbrook y Miss Emilia vinieron á comprar alguna cosa en mi tienda no pensando encontrar en ella una antigua amiga. Este encuentro fue mezclado de alegria y de penas. Nos contamos mutuamente nuestros infortunios. Encontré los asuntos del

pobre capitan en un triste estado. Yo tengo mucho cuidado de él, y su familia cuando le prendieron tomé á Emilia en mi casa para ayudarm en mi comercio. El dinero que gana, sirve para hacer la vida á sus padres, y yo me he convenido en vestirla de valde. Pero no siendo suficiente este socorro para una familia numerosa, he procurado buscar trabajo á Mistriss Rusbrook y á sus hijas. Emilia es muy buena muchacha. Ahora ha salido para ir á ver á su Padre. Pero mientras yo charlo me olvido que el agua hierbe. Acabado su discurso se levantó y llamando á la criada sacó del armario las tazas y todos los utensilios para servir el té. Hecho esto preparadas las tortas y servidas calientes, Mistriss Connel hizo con toda conveniencia una pequeña comida.

Os aseguro Señora, dijo á Amanda que Miss Emilia ha sido muy feliz en colocarse con migo. No lo dudo, contestó Amanda, sabeis pues, continuó Mistriss Connel que vino á alojarse en mi casa, cosa de un mes ha, un caballero que pronto conoci que obsequiaba á Emilia. Sobre esto le emprendó un dia. Mr. Sipthorpe, le dijo veo que mirais con buenos ojos á una de mis muchachas,

pero debo deciros que esta es una joven honesta y bien nacida, de manera que sino teneis miras muy honradas sobre ella, solo teneis que elegir entre estos dos partidos, ó tomar las de Villadiego ó no hablarle mas. Sobre esto el me hizo un hermoso discurso, tan largo como el de un miembro del parlamento sobre una nueva trasa. Dios mio Mr. Sipthorpe, le dijo, entre nosotros no se necesitan tantas palabras. Solo una sirve, vamos al hecho. Instado asi, me respondió que el habia entendido hecho animo de comportarse honradamente siempre con Miss Emilia. Al mismo tiempo me dijo el estado de su fortuna que era considerable y yo suponia lo mismo visto su modo de estar y de vivir. El me aseguró que se proponia no solo casarse con Emilia sino sacar á su Padre de la prision, y hacer bien á toda su familia. Ahora voy á la parte mas sensible de la historia. Un joven ministro qne ha ayudado con algunos socorros á Rusbrook y á su familia al principio de sus apuros, se ha enamorado de Emilia y ella tambien la tiene pasion. Sus Padres habian consentido á su union; lo que era una locura vista la imposibilidad del joven á servirles. Con todo les prometio mucho, y

mas de lo que puede un probre ministro, y sobre todo cuando una vez ha cargado con una muger y sus propios hijos Despues de esto yo pensé que Rusbrook y su muger estarian muy contentos de haberse desembarazado del ministro y de dar su hija á Mr. Sipthorpe. Nada de esto; cuando les propuse este partido, uno me habló de honor y el otro de reconocimiento, y en cuanto á Emilia ya se desvanecia de el. Yo me determine á servirles á pesar suyo, y conociendo el modo de pensar un poco romasesco del joven le escrivi para representarle, cuan cruel seria para Emilia si por motivo de la promesa que le habia dado, la hacia perder asi un establecimiento que debia salvar y hacer feliz á toda su familia; en fin supe tomarle tan bien por los buenos sentimientos que ha escrito, como yo lo esperaba, una carta daclarando á Emilia que renuncia su mano. Esta carta ha desconsolado á Emilia; pero el capitan y su muger creo que han estado muy contentos en el fondo de su corozon, de modo que todo está arreglado con Mr. Sipthorpe, el cual ha hecho ya á su futura Esposa muy hermosos regalos. Ellos deben casarse dentro de pocos dias. Mr.

Sipthorpe solo espera algun dinero de sus arrendatarios para sacar al capitan de la Prision. El mal es que Miss Emilia en lugar de estar alegre y contenta está triste y melancolica, como si fuese á casarse con un hombre viejo y feo.

Ah! dijo Amanda acordaos de lo que me habeis dicho que su corazon está prendado¡ Bueno! una muchacha joven debe mudar de amor como de gorro. Yo espero que Emilia no es capaz de tal ligereza.

Señora, dijo Mistriss Connel con una mirada en la que parecia esperar de Amanda la misma confianza, que huespeda acababa de hacerle, puedopreguntaros de que parage venis?

De una parte de Escocia muy lejos de aqui, respondió Amanda. Ay Dios! y que viage! Dicen que es muy mal pais donde no se ven ni arboles ni matas. Os aseguro, dijo Amanda que no faltan ni verduras ni sombra. Realmente esclamó Mistriss Connel. Ved que mentiras se esparcen! Y de que pais sois. Del pais de Gales, respondió Amanda. Vos debeis haber trepado mas de una vez, dijo Mistris Connel, las montañas, para correr tras de las cabras, que dicen hay muchas en aquella parte del mundo. No

ciertamente contestó Amanda. Permanecereis mucho tiempo á Londres, Señora? Yo no lo se aun. Habeis venido para algunos negocios? Si. No serán de mucha consecuencia pues una persona tan joven no emprederia, dirigidos.

Amanda se sonrió sin replicarle, y al fin se desembarazó de las pesadas preguntas de Mistriss Connel, cuando esta llamó á las muchachas de la tienda para el té. Despues de esto ella lavó las tazas, las puso en el armario, y fué á ocuparse en disponer la cena.

Quedandose Amanda sola consídero que en el estado en que se hallaban los asuntos de Rusbrook, cuando estaba ocupado en el establecimiento de su hija, no podia sin indiscrecion dirigirse á el para encarharle sus propios negocios. Ella se determinó pues á esperar que la agitacion que podia causar un tal suceso se calmase un poco, para dar parte á Rusbrook de sus proyectos; deseando por otra parte con todo su corazon que el nuevo establecimiento de Emilia hiciese la felicidad de toda la familia. Mistriss Connel no estubo mucho tiempo ausente, y casi al mismo tiempo que ella entró Miss Emilia. Mis, dijo Mistriss Connel, sin darle tiempo de decir cosa

alguna á Amanda he dicho á vuestra buena amiga todo lo que era menester decirle de vuestro asunto.

Vos se lo habeis dicho todo, repuso Emilia con una sonrisa forzada y una voz apagada. Amanda la miraba con atencion y veia en su mirar una profunda tristeza. Jusgaba por su propio corazon los sentimientos dolorcsos que debia sufrir Emilia, obligada á renunciar al objeto de su pasion, y á mas sentia por ella una tierna compasion. La charla de Mistriss Connel fatigaba mucho á las dos jovenes Por fortuna se terminó luego con el aviso de ir á cenar. Amanda alegó su cansancio para acostarse temprano, y se retiró con Emilia. El aposento era pequeño, pero aseado y alegre con un buen fuego, delante del cual se sentaron para desnudarse. Emilia aprovechó este primer momento en que se encontraba sola con su benefactora para manifestarle todo su reconocimiento. Amanda se esforzó á hacerla mudas de conversacion. Tiempo ha Señora, le dijo Emilia que de bien que nos habeís hecho con tanta delicadeza, y mis Padres han tenido una tarde feliz cuando les he dicho que podia esprimiros mi reconocimiento y el suyo.

Haciendo Amanda un nuevo esfuerzo, para hacer mudar de discurso á Emilia le dijo: Vos habeis podido creer, por lo que os ha dicho Mistriss Connel, que yo le he preguntado detalles sobre vuestra situacion y vuestros asuntos, pero no me creí capaz de esta indiscrecion á pesar de todo el interés que me habeis inspirado.

Oh! Señora, replicó Emilia, yo no he tenido tal pensamiento y por otra parte vuestra curiosidad sobre este asunto no podia menos de serme agradable, porque ella os conducirá puede ser á oir la relacion de mis penas, y á obtener de vos los consuelos de la piedad que me faltan mucho tiempo ha, y estoy segura que no me reusareis.

Yo me contaré por feliz si puedo aliviar efectivamente vuestras penas, le dijo afectuosamente Amanda.

Oh Señora! continuó Emilia, vuestra sola compasion las aliviará, y derramará el balsamo sobre las llagas de mi corazon. Vos me fortificareis en la observacion de mis deberes; vos me enseñareis la resignacion. Solo temo merecer la reconvencion de personalidad ocupandoos asi de mis asuntos.

No, no, le dijo Amanda tomandole la

mano, vos hareis una cosa que me será estremamente agradable.

Pues bien Señora, mientras os desnudareis os contaré mi triste y corta historia, y principió asi.

CAPÍTULO XI.

"El mas dulce consuelo que puede recibir un corazon afligido es descubrirse á otro compasivo, tal como estoy segura que lo es el vuestro. En el tiempo en que yo tuve la dicha de veros por la primera vez, el credito de mi Padre agotado, y siendo conocida su insolvencia fué arrestado una noche, y sacado de la cama del lado de mi Madre casi moriubnda. No quiero destrozar vuestro sensible corazon pintandoos los horrores de este momento; la desesperacion de un Padre y un Esposo arrancado del seno de su familia á la cual dejaba sin socorro; el mismo enfermo y debil, cubierto de unos vestidos insuficientes contra el rigor de la estacion. Arrojando una mirada de despido á mi Madre, á quien no esperaba ver mas, se conmovió tan vivamente que se vió obligado á apoyarse en el brazo de uno de los Sargentos que lo

conducian. Mi Madre se hallaba mala al momento en que mi Padre salia del aposento, y la fuerza me faltó durante algunos minutos para acercarme á ella, pero volviendo en mí no tenia socorro alguno que darle; mi hermano mayor habia seguido á mi Padre y los mas jovenes espantados de la escena que acababan de ver, lloraban y estaban agazapados en un rincon del aposento. Al fin me acordé de una Señora qne vivia en la vecindad, y de quien esperaba tener algun alivio; solo una necesidad la mas urgente podia resolverme á tal tentativa pues la beneficencia que nos habia mostrado al principio, viniendo algunas veces á nuestra casa, habia cesado desde la muerte de Mr. Heathfield dueño de la casa. Mi orgullo cedió á la necesidad y corrí á su casa. El criado me introduxo en una sala baja, donde la encontré tomando el té con sus hijas y un joven Ministro á quien jamas habia visto. Yo no podia deteaminarme á esponer nuestra situacion en presencia de un estranero, y pedí á la Señora que quisiese oirme á solas; pero ella contextó con dureza, que podia hablar delante de las personas que estaban presentes, Yo le conté à media voz, y esta inter-

rumpida muchas veces por mis suspiros y lagrimas, la desgracia que acababa de sucedernos, y la situacion de mi madre y le pedí algun cordial para ella. Mi admiracion fué estrema cuando declaró altamente lo que acababa de decirle con algun misterio, y que dijo á su hija que me diese una media botella de vino, añadiendo: yo he dicho siempre que las cosas acabarian asi, y que era una locura de Mr. Heathfield teneros en su casa, y haceros gastar tanto. Yo no insistí, y me retiré llevandome el vino, pero mi corazon traspasado.

Apenas habia vuelto, y estaba de rodillas al lado de la cama de mi Madre, que comenzaba á dar señales de vida, cuando oi golpear á la puerta. Yo creí que era mi hermano que volvia, y dije á uno de los niños que fuese á abrir. Cual fué mi sorpresa cuando vi entrar al joven Ministro que acababa de encontrar en casa de aquella Señora. Yo me levanté apresurada, y mis miradas le manifestaron mi admiracion. El se acercó, y con el tono de la beneficencia se escusó de haberse introducido tan precipitadamente, por el deseo y esperanza que tenia de sernos util.

O que consoladoras fueron estas pala-

bras! Que dulce es á los oidos de la desgracia la voz de la sensibilidad, que participa de sus penas! Mis lagrimas que la altivez é indignacion habian detenido empezaron á correr.

Pero yo no quiero deteneros demasiado tiempo sobre el cuadro de lo que he sufrido, bastará deciros que este benefico joven nos tributó todos los cuidados que pudo, para aliviar nuestra miseria y con sus esfuerzos y los mios se recobraron prontamente los sentidos de mi Madre. Sus miradas, sus palabras, sus modales, su ministerio todo contribuyó á calmarla y reanimarla. Ella bendijo á la providencia que nos habia embiado un tan buen amigo. Mi hermano vino de la prision unicamente para saber el estado en que estabamos, y se volvió con su Padre. El estrangero pidió que lo acompañasen allá, y esta demanda nos dió mucho gusto, pues esperabamos que su visita llenaria al corazon de mi pobre Padre los mismos consuelos que nosotros habiamos recibido de el. Apenas habia marchado cuando vimos llevar un canastro lleno de botellas de vino y toda especie de provisiones. Seria abusar de vuestra paciencia citaros todos los rasgos de bondad de este escelente joven:

en fin á beneficio de sus cuidados mi Madre estubo en estado de trasladarse á la prision de mi Padre. Mistriss Connel que á la primera noticia de nuestra desgracia vino á vernos, me tomó á su casa, y me dió un salario que se paga á mis Padres, y sirve para mantenerlos con el resto de su familia. Nuestro amigo nos acompañó; y en el camino me notició que iba á verse obligado á dejar la ciudad, que el solo era vicario de un pueblo, y que la licencia que le habia dado el Cura iba á espiar. Habia cerca de un mes que le conocia y sus atenciones sostenidas habian sido para nosotros un manantial de consuelos. Mi corazon se heló á esta noticia, y desde este momento me parecieron mis penas mas crueles. Al entrar en los jardines me senté sobre un pequeño cerro, pues mis piernas estaban trémulas, y el se sentó á mi lado. Jamas habia sentido tal opresion, y mis lagrimas corrian á pesar de los esfuerzos que hacia para detenerlas. Yo procuré hacerle entender que eran causadas por el recuerdo de los momentos en que habia disfrutado con mis Padres del espectaculo de este hermoso sitio. Quiera el cielo ¡ esclamó el, que yo pudiese volverles el poder disfrutarlo aun!

Ah! le dijo yo, ellos os tienen ya obligaciones que no podrán jamas reconocer bastante, y perdiendoos, añadi involuntoriamente, van á perder su unico apoyo.

Si es verdad, como me lisongeais de ello, que yo pueda serles de algun socorro, permitid que tengan á este socorro un derecho constante y adquirido. O Emilia! que vuestros Padres fuesen los mios como son vuestros; entonces su escrupulosa delicadeza no les detendria mas, y recibirán de mi como en pago de una deuda, lo que miran como un beneficio de mi parte. Yo senti que los colores me salian á la cara. Mi fortuna continuó el, es muy modica; si hubiese sido mas considerable tiempo ha que os hubiera propuesto partirla conmigo; si consentis á esta particion hareis la felicidad de mi vida. El se detubo esperando mi respuesta; pero yo no estaba en estado de darsela.

Ah! Señora¡ ella no le era necesaria; mis miradas mi turbacion hacian traicion á mis sentimientos. El me instó de nuevo, y en fin le confesé que no vacilaria un momento á unir mi destino con el suyo, sino fuese necesaria á mis Padres en la triste situacion en que se

hallan. Ah! no penseis, me dijo el, que yo quiera haceros descuidar un deber tan sagrado; aunque al presente no esté en estado de hacer recobrar la libertad á vuestro Padre, puedo aseguraros, que si consentis á nuestra union, nuestra economia nos proporcionará medios de conseguirselo que no los tengo ahora.

Su peticion y ofrecimientos fueron comunicados á mis Padres, los cuales las recibieron y aprobaron con una estrema satisfaccion, menos por la ventaja que encontraban para si, que por ternura acía mi y por el placer de estar en adelante tranquilos sobre mi suerte, viendome asi colocada. Nosotros debiamos tomar una de mis hermanas con nosotros. Yo podia emplear el tiempo en hacer obras de moda que Mistriss Connel venderia para dar el producto á mis Padres y yo podria venir á visitarlos de tiempo en tiempo, hasta que estubiese en estado de recibirlos en nuestro humilde retrete. Tales eran los proyectos é intenciones del joven ministro: El se vió precisado á partir, pero se dispuso que volveria pronto, y que á su vuelta se acabario de arreglar todo.

Cerca de una semana despues de su marcha una mañana viniendo de hacer

una comision á una Dama de parte de Mistriss Connel, se me acercó en la calle un hombre bien puesto el cual con una libertad algo grosera quiso entrar en conversacion conmigo. Yo hice cuanto pude para desembarazarme de él fin poder consegnirlo y asi apresuré el paso para volverme á casa donde vi que me siguia. Ya no pensaba mas en este encuentro cuando dos dias despues, le vi entrar en la tienda y pedir á Mistriss Connel un cuarto en su casa para alquilar; al momento se lo dió con gran disgusto mio, y luego tomó posesion de él. Yo no podia menos de sospechar que tenia algunas miras sobre mi, y asi resolví si este era en efecto el motívo, de desconcertar su proyecto, evitando con cuidado encontrarme al paso con él; pero por mas que hice su vigilancia era tan sostenida que no podia subir ni bajar la escalera sin encontrarlo. Al fin instruí á Mistriss Connel de la conducta de su inquilino, y la supliqué que correspondiese á la confianza que le habian manifestado mis Padres confiandome á su cuidado haciendo cesar los insultos de Mr. Sipthorpe. Ay! si yo hubiese podido preveer las consecuencias de este paso habria preferido suportar sus insultos en silencio; estas consecuen-

cias os las ha contado ya Mistriss Connel. O Señora! á la llegada de esta carta que rompia una promesa contraida con todo el zelo y ternura, todas mis esperanzas se desvanecieron. Yo resistí mucho tiempo á las instancias que me hacian de casarme con Siptborpe; pero cuando mi Madre me dijo que estaba desconsolada de ver que mis sentimientos fuesen menos nobles y menos delicados, que los del hombre que yo sentia, y que habia tan generosamente renunciado mi mano para salvar á mi Padre del estado horrible en que gemia, esta reconvencion me despedazó el corazon; yo me admiré, y me indigné contra mi misma de haber podido titubear tanto tiempo á tomar un partido que abria á mi Padre las puertas de la prision, y me determiné á sacrificarme; pues oh Miss Donald! el sacrificio es para mi el mas penoso y el mas horrible! Sipthorpe es un hombre á quien no podré amar jamas, aun cuando mi corazon no hubiese contraido ningun otro empeño.

Amanda se penetró de una verdadera lastima por los disgustos de su joven amiga que habia acabado su relacion con las lagrimas, pero ella no hizo como la mayor parte de las jovenes de corazon

sensible y de razon debil, que hacen aun mas vivos los dolores que se les confia, abandonandose ellas tambien á la sensibilidad sin medida. Dió a Emilia pruebas de una amistad mas real, y de una compasion mas grande, procurando reconciliarla con su destino que le parecia fixado para en adelante. Ella le habló de los derechos de un Padre sobre sus hijos y de la dulce satisfaccion que sentiria en llenar tan sagrados deberes. Le pintó la alegria que seguia al triunfo de la razon y de la humanidad, sobre el egoismo y la pasion, y la aprobacion consoladora de la conciencia, tan superior á todos los otros placeres y ventajas esteriores.

Ella hablaba asi despues de la conviccion de sus propios sentimientos, se acordaba del momento en que á la voz de su Padre ella habia renunciado al hombre que amaba y era amada; y era de parecer que colocada en la situacion de Emilia haria sin vacilar el sacrificio al que exortaba á su joven compañera. Ella practicaba las lecciones que daba, bien diferente en esto de aquellos mal humorados moralistas, que pretenden llevarnos al Cielo por caminos dificiles y espinosos, y siembran de flores los que toman para si. La persuasion que corria

de sus labios daba á su lenguage una energía y elocuencia poco comun, pero mientras que ella procuraba animar á su joven amiga, su sensibilidad y la situacion penosa de su propio corazon le hacian participar vivamente las penas de Emilia qne veia huir sus esperanzas y acercarse el momento de una union que temia. Amanda dejar de llorar sobre un destino tan triste que ella casi miraba tan cruel como el suyo; pero la reflexion la volvia á mirarse como mas miserable pues que ella no tenia ninguno de los alivios que Emilia encontraba en sus penas, y que podian ayudarla á suportarlas. Amanda no tenia el consuelo como Emilia de pensar que sus dolores contribuian á llevar algun alivio á los males de la persona que le fue tan querida.

Vuestras palabras, mi querida Señora la dijo Emilia, han calmado mi alma. Estoy resuelta á desterrar en adelante inutiles pesares; os suplico que me perdoneis la indiscrecion que ha conducido á entreteneros tanto tiempo en mis asuntos, y al fin de una jornada que debe haberos fatigado mucho. Amanda en efecto parecia cansada, y se apresuró á meterse en cama. Un sueño interrumpido muchas veces la dió poco descanso, sus

disgustos pesaban en su corazon como en la vispera. Lord Mortimer entraba en sus sueños, y este era su primer pensamiento al dispertarse. Ella encontró su almoada mojada de lagrimas. Emilia estaba ya levantada, pero habiendo Amanda abierto sus cortinas, dejó el libro que leia y corrió acía la cama. La encontró mui debil y achacando esta debilidad á la fatiga del viage la exortó á desayunarse y quedarse en la cama; pero Amanda que sabia hien que su indisposicion era efecto de causas diferentes á las cuales el reposo no podia hacer nada, se levantó y se pusó al tocador. Estando en esta ocupacion Emilia gritó: si quereis ver á Sipthorpe os le voy á enseñar, pues ahora sale de casa. Amanda se fué á la ventana que Emilia le abrió poco á poco; pero quien representará su admiracion cuando en este Sipthorpe conoce al artificioso é infame Belgrave. La sangre se le heló en las venas, y retirando algunos pasos cayó medio desmayada en una silla. Emilia eapantada iba á llamar para socorrer á Amanda, cuando esta hizo la señal con la cabeza que se descubriese. Esto no será nada dixo ella; voy á ponerme encima de la cama un momento, y os suplico que os vayais á desayunar sin mi.

Emilia lo reusaba, y queria hacer llevar el desayuno de las dos al aposento. Amanda la dijo que no tomaria nada en este momento y que solo necesitaba reposo. Emilia al fin la dejó con el mayor disgusto.

Habiendose quedado Amanda sola, procuró juntar y calmar su agitacion, á fin de poder formar un plan que la sacase de la situacion en que se encontraba. El libertinage de Belgrave no permitia á Amanta pensar que el nuevo objeto que tenia á la mira le desviase de perseguirla tambien cuando le encontraria arrojada á su camino de un modo tan inesperado, y faltada de toda proteccion. Ella no podia decir que conocia á Belgrave, ni toda su maldad; pues devia temer mucho que salvando á Emilia no se perdiese á si misma. Una declaracion semejante la venderia; y aun que ella pudiese hacerlo despedir de la casa de Mistriss Connel, sin amigos, sin parientes, no pudiendo encontrar proteccion en Rusbrook, temblaba al pensar en los peligros que corria si se descubria á Belgrave, cuya desverguenza y profundas traiciones la enredarian en los lazos de donde le seria, puede ser, imposible librarse. En consecuencia creyó que la medida mas sabia

que podia tomar era dejar la casa el mismo dia, pero sin decir que no se proponia volver. Ella se acordó de un parage donde creyó que podria encontrar facilmente un alojamiento que le seria al mismo tiempo un retiro seguro y oculto, y resolvió instruir al Capitan Rusbrook con una carta anomina del peligro que corria su hija, embiando al Capitan para asegurarse de la verdad el testimonio de Sir Carlos Bingley. Formado asi su plan se tranquilizó; y cuando Emilia volvió, ella le preguntó con el semblante de que le hacia una pregunta indiferente á que hora comunmente volvia á casa Mr. Sipthorpe.

Esto es íncierto respendió Emilia. Yo necesito salir hoy continuó Amanda, para un asunto que me corre prisa y al momento quiero vestirme para todo el dia. En seguida pidió papel, pluma y lacre, y Emilia se lo trajo. Cuando esta salió, escrivió la carta que se verá, abrió su maletita y sacó alguna ropa blanca, el testamento de Lord Dunreath y el escrito de Lady Dunrech: he aqui su carta al Capitan Rusbrook.

» Una Persona que estima al Capitan
» Rusbrook y la amable sencillez de su
» hija, avisa al Padre que guarde la ino-

» cencia de Emilia, de un gran peligro
» que la amenaza de la parte de un mí-
» serable, que bajo la apariencia de hom-
» bria de bien se propone penetrar unos
» corazones afligidos con un golpe mas
» agudo que el que la adversidad les ha
» herido. El corazon de Sipthorpe estan
» falso como su nombre. El pretendido
» Sipthorpe es el Coronel Belgrave, cuyo
» caracter se ha señalado desde muchos
» años con otros de engaño y traicion,
» no menos horribles que el que pre-
» para para perder la amable muchacha que
» se ocupa en perseguir. La persona que
» da este aviso al Capitan Rusbrook la
» remite para asegurarse de la verdad de
» los hechos á Sir Carlos Bingley Oficial
» del Regimiento 15 donde tendrá la di-
» reccion en la Estafeta de....y el cual
» dará seguramente todas las noticias, y
» hará todos los pasos necesarios para sal-
» var la virtud y la inocencia del peli-
» gro de una proxima destruccion.»

Amanda tan inquieta por su propia situacion como por la de Emilia resolvió llevar ella misma la carta á la prision de Rusbrook, por miedo de algun accidente si la hacia entregar por cualquier otra mano. Tenia muchas ganas de dejar la casa en seguida; pero creyó que valia mas

esperar hasta la tarde en que corria menos riesgo de ser encontrada y reconocida por Belgrave, quien en dicha ocasion se hallaria verosimilmente en algun paraje donde pasaria el resto del dia. Emilia vino despues de una hora de estar ausente, y encontrando libre á Amanda le pidió el permiso de estar con ella. Amanda en la situacion de su alma hubiera deseado mas quedarse sola; pero no podio reusar la compañia de esta muchacha que la amaba, y que conversando con ella procuraba disipar la tristeza que le daba la idea de su proxima union con Sipthorpe. Amanda escuchaba con atencion inquieta si Belgrave entraba, pero no oyó cosa que pudiese hacerle creer que habia vuelto. Al fin las avisaron para comer, pero Amanda no creyó deber ir por temor de ser vista de el. Para evitar este riesgo y no ser tratada de singularidad por su denegacion, se determinó salir, y habiendo hecho saber su intencion á Emilia la instó fueretmente á quedarse á comer, pero ella lo reusó y salió de casa con inquietud sin haber respondido á las preguntas de Emilia que queria saber si volveria pronto. Asi amenazada de nuevos peligros, estaba como una ave espantada que busca un

abrigo contra la tempestad. Ella caminó con mucha presteza hasta Oxfort-Street donde tomó un coche. El cochero se vió casi obligado á llevarla dentro tanta era su debilidad. Ella se fué á la prision donde pidió á un criado del Carcelero y le entregó la carta destinada á Rusbrook, quien se encargó de darla en sus manos. De alli se hizo conducir á Pall-Mall, donde pueden acordarse que habia estado alojada con Lady Greystoks. Esta era la sola casa de tal naturaleza que conocia en Londres; es verdad que alojandose en ella no contaba encontrar otra ventaja que la de estar con seguridad, pues la posadera era una muger de un caracter mui disgustado. Ella habia sido rica en otro tiempo, y esta memoria agriaba su humor, y la hacia incapaz de disfrutar de la comodidad que habia recobrado, ó á lo menos convenirse con ella. Descargaba su mal humor sobre todo lo que tubiese dependencia suya. Su gran pasion era una insaciable curiosidad, y su mayor placer era volver á contar todo lo que habia sabido de bien ó de mal. Sabiendo Amanda que á la puerta, la dueña de la casa estaba en ella, despachó el coche, y fué introducida por una criada en una sala

donde encontró á Mistriss Hansard; la cual al verla, sin levantarse de la silla ni volverle el saludo, le preguntó con una sonrisa altanera desde cuanto estaba de vuelta á Londres y lo que venia á hacer en la Ciudad.

Por este modo impertinente de recibirla, Amanda conoció que era preciso que Mistriss Hansard estuviese instruida de la situacion en que se hallaba, pues esta muger otras veces habia sido humilde con ella hasta tocar en bajeza. Ella suspiró viendose obligada á tener alguna relacion una criatura que tenia la vileza de tratarla mal por este abandono. Temblaba pensando en su triste posicion; enferma, debil, cansada cayó mas bien que no se sentó, sobre una silla, que ni le habian propuesto tomar.

Y bien Miss? repitió Mistriss Hansard con un tono aun mas impertinente, que negocio os conduce á la Ciudad?

Mis negocios Señora, respondió Amanda no pueden interesar á las personas que no tienen conexion alguna conmigo. Mi negocio con vos es unicamente saber si podeis darme posada en vuestra casa.

Realmente! le dijo Mistriss Hansard; pero vos habriais podido darme el gusto de preguntarme como me va. No podeis imaginar cuanto me habria lisonjeado una

atencion semejante de parte de una tan amable joven.

Estas palabras pronunciadas con el tono de la ironía, dispertaron el orgullo de Amanda y la reanimaron. Yo estaria muy contenta Señora dijo ella con un tono mas calmado y mas asegurado de saber, si podiais ó si queriais darme alojamiento en vuestra casa.

Dios mio! querida, no os atormenteis tanto, tomad una taza de té conmigo y en seguida hablaremos vuestro asunto. Estas palabras parecian llevar un consentimiento á la cosa que Amanda deseaba; y por mas desagradable que fuese el asilo que encontraba se creia feliz en tenerlo. El té se hizo pronto y Amanda que no habia comido desde el desayuno lo habria tomado con gusto sino hubiese sido perseguida pòr las preguntas de Mistriss Hansard que le tendió veinte lazos diferentes para hacerle decir el fin de su viage á Londres. Amanda aunque ignoraba todo artificio, una triste esperiencia le habia advertido de tenerse cuenta contra el de otros y no descubrió el secreto. Mistriss Hansard, que gustaba de lo que ella llamaba conversacion del té prolongó su duracion sin medida. Amanda al fin mortificada y alarmada por algunas

espresiones que se escaparon á esta muger la pidió la hiciese canducir á un aposento.

Vuestra demanda es seria? le preguntó Mistriss Honsard. Habia en las palabras y facciones de la huespeda tal espresion de desprecio que Amanda herida á lo vivo, no estuvo en estado de responder al momento, y continuando Mistriss Hansard añadió: si pretendeis seriamente alojaros en mi casa, es preciso querida que tengais un grado de seguridad que no creo en vos, aunque se que estais abundantemente provista de ella. Pensais que yo quiero perder la reputacion de mi casa recibiendoos; yo que no alojo sino personas decentes y de reputacion? Os parece que no sabemos que Lady Greystook, despues de haberos concedido su proteccion por caridad, os la ha quitado por vuestra mala conducta? Pobre Señora! He sabido toda vuestra historia de su propia boca. Ella estava mui embarazada con vos. Yo veia bien lo que era; y no obstante vuestra reserva hipocrita, descubria á maravilla que os comportabais mui mal. Os aseguro que si os recibia en mi casa vos no estariais bien en ella, pues mis aposentos no tienen gabinete donde una joven de vuestro porte pueda ocultar un

joven abispado. Si habeis tenido alguna querella con alguno de vuestros amigos que os obligue á buscar un nuevo alojamiento os aconsejo que os reconcilieis con el; aun que á decir verdad, si no os reconciliais con el, en una Ciudad como Londres encontrareis facilmente otro. Por lo demas, puede ser que estais en camino de arrepentiros de vuestra conducta pasada; pero esto no es un motivo para que os reciba en mi casa, persuadida como estoy, de que mi complacencia dañaria á mi bolsillo tanto como á mi reputacion.

El terror y las inquietas miradas de Amanda al oir este discurso habrian cerrado la boca á toda persona que hubiese tenido en el corazon una chispa de humanidad, y la habria detenido en medio de este torrente de injurias y malignidad, aun suponiendolas dirigidas contra uno verdaderamente culpable. Pero esta muger incapaz de ningun sentimiento humano y generoso triunfaba en su malicia y se alegraba de penetrar el corazon palpitante de la inocente victima con los tiros del insulto y de la reconvencion injusta. Entre las pruebas á que Amanda habia estado sujeta en una vida corta, pero fecunda en tristes acae-

cimientos, esta era una de las mas duras. Pasmada del discurso de Mistriss Hansard estubo algun tiempo sin poder proferir ni una palabra, al fin ella se esclamó justo Dios à quien me dirijo, y que sois mi solo refugio! á que pruebas me someteis? Hasta cuando seré perseguida, insultada y ultrajada? Ah! que dulce, seria para mí un asilo en el Cielo en donde la malicia y la traicion de los hombres no podrian alcanzarme! Yo soy afortunada, continuó ella levantándose y arrojando una mirada noble y fiera á Mistriss Hansard, de que no me hayais recibido en vuestra casa; pues estoy convencida por las disposiciones que veo en vos, que no habria encontrado en vuestra casa la seguridad que busco. Al mismo tiempo salió del aposento; pero cuando estubo en el vestibulo todo su valor la abandonó por la idea terrible de que saliendo de esta casa no tenia donde poder encontrar un refugio. Horrorizada á este pensamiento se habia dejado caer sobre una silla cuando una criada que probablemente habria oido la conversacion que se aca-

baba de contar y que no temia ser oida de su Ama, pues Miss Hansard habia cerrado la puerta de la sala donde se habia quedado, le dijo: Miss por que os afligis tanto? ¡ay buen Dios! que os importa lo que os ha dicho esta malvada vieja? yo os aseguro que si nosotras haciamos el menor caso, tendríamos los ojos encarnados toda la semana. Pero decidme Miss si puedo haceros algun servicio.

Amanda le dió gracias con una voz débil, y se puso á considerar el buscar un alojamiento, á esta hora era esponerse á los peligros que habia querido evitar. La casa de Mistriss Connel vino á su imaginacion, por causa de la imposibilidad de encontrar otra en aquel momento. Ella comenzó á pensar que no corria en ella tanto riesgo como se habria imaginado al principio. Verosilmente seria ya Belgrave despedido de la casa cuando volveria allá, pues la carta tenia ya tiempo de haber producido su efecto. Si él estuviese aun, podia tener la fortuna de no ser descubierta: y si la descubria Mistriss Connel la pondria al abrigo

de los insultos manifiestos, mientras que se lisonjeaba que sus precauciones, junto con la ayuda del Cielo la salvarian de los ocultos lázos. Ella se determinó pues, ó mas bien fué forzada por la necesidad á volver á casa Mistriss Connel. En consecuencia de esta determinacion suplicó á la buena criada que fuese á buscar un coche y la pagó de su trabajo. Al volver á casa Mistriss Connel, se esforzó á calmar su agitacion, y alejar sus temores. Cuando el coche se hubo detenido á la puerta, y que habia bajado estubo fuertemente tentada á preguntar á la muchacha que le habrió si habia algun estraño en la casa. Sin embargo pensando que esta pregunta podia escitar sospechas y que estas sospechas podian dar lugar á investigaciones contuvo su curiosidad, y volvió á entrar temblando aun en una casa de la que habia huido pocas horas antes con tan grande terror.

FIN DEL TOMO V.